EL CRITICÓN

Segunda Parte

Baltasar Gracián

Freeditorial

SEGUNDA PARTE

CRISI PRIMERA

Reforma universal

Renuncia el hombre inclinaciones de siete en siete años: ¡cuánto más alternará genios en cada una de sus cuatro edades! Comienza a medio vivir quien poco o nada percibe: ociosas pasan las potencias en la niñez, aun las vulgares (que las nobles, sepultadas yacen en una puerilidad insensible), punto menos que bruto, aumentándose con las plantas y vegetándose con las flores. Pero llega el tiempo en que también el alma sale de mantillas, ejerce ya la vida sensitiva, entra en la jovial juventud, que de allí tomó apellido: ¡Qué sensual, qué delicioso! no atiende sino a holgarse el que nada entiende, no vaca al noble ingenio, sino al delicioso genio: Sigue sus gustos, cuando tan malo le tiene. Llega al fin, pues siempre tarde, a la vida racional y muy de hombre, ya discurre y se desvela; y porque se reconoce hombre, trata de ser persona, estima el ser estimado, anhela al valer, abraza la virtud, logra la amistad, solicita el saber, atesora noticias y atiende a todo sublime empleo.

Acertadamente discurría quien comparaba el vivir del hombre al correr del agua, cuando todos morimos y como ella nos vamos deslizando. Es la niñez fuente risueña: nace entre menudas arenas, que de los polvos de la nada salen los lodos del cuerpo, brolla tan clara como sencilla, ríe lo que no murmura, bulle entre campanillas de viento, arrúllase entre pucheros y cíñese de verduras que la fajan. Precipítase ya la mocedad en un impetuoso torrente, corre, salta, se arroja y se despeña, tropezando con las guijas, rifando con las flores, va echando espumas, se enturbia y se enfurece. Sosiégase, ya río, en la varonil edad. Va pasando tan callado cuan profundo, caudalosamente vagoroso, todo es fondo, sin ruido; dilátase espaciosamente grave, fertiliza los campos, fortalece las ciudades, enriquece las provincias y de todas maneras aprovecha. Mas ¡ay!, que al cabo viene a parar en el amargo mar de la vejez, abismo de achaques, sin que le falte una gota; allí pierden los ríos sus bríos, su nombre y su dulzura; va a orza el carcomido bajel, haciendo agua por cien partes y a cada instante zozobrando entre borrascas tan deshechas que le deshacen, hasta dar al través con dolor y con

dolores en el abismo de un sepulcro, quedando encallado en perpetuo olvido.

Hallábanse ya nuestros dos peregrinos del vivir, Critilo y Andrenio, en Aragón, que los extranjeros llaman la buena España, empeñados en el mayor reventón de la vida. Acababan de pasar sin sentir, cuando con mayor sentimiento, los alegres prados de la juventud, lo ameno de sus verduras, lo florido de sus lozanías, y iban subiendo la trabajosa cuesta de la edad varonil, llena de asperezas, si no malezas: emprendían una montaña de dificultades. Hacíasele muy cuesta arriba a Andrenio, como a todos los que suben a la virtud, que nunca hubo altura sin cuesta; iba acezando y aun sudando; animábale Critilo con prudentes recuerdos y consolábale en aquella esterilidad de flores con la gran copia de frutos, de que se veían cargados los árboles, pues tenían más que hojas, contando las de los libros. Subían tan altos que les pareció señoreaban cuanto contiene el mundo, muy superiores a todo.

—¿Qué te parece desta nueva región? —dijo Critilo—. ¿No percibes qué aires éstos tan puros?

—Así es —respondió Andrenio—. Paréceme que ya llevamos otros aires. ¡Qué buen puesto éste para tomar aliento y asiento!

—Sí, que ya es tiempo de tenerle.

Pusiéronse a contemplar lo que habían caminado hasta hoy.

—¿No atiendes qué de verduras dejamos atrás, tan pisadas como pasadas? ¡Cuán bajo y cuán vil parece todo lo que habemos andado hasta aquí! Todo es niñería respecto de la gran provincia que emprendemos. ¡Qué humildes y qué bajas se reconocen todas las cosas pasadas! ¡Qué profundidad tan notable se advierte de aqui allá! Despeño sería querer volver a ellas. ¡Qué pasos tan sin provecho cuantos habemos dado hasta hoy!

Esto estaban filosofando, cuando descubrieron un hombre muy otro de cuantos habían topado hasta aquí, pues se estaba haciendo ojos para notarlos, que ya poco es ver. Fuese acercando, y ellos advirtiendo que realmente venía todo rebutido de ojos de pies a cabeza, y todos suyos y muy despiertos.

—¡Qué gran mirón éste! —dijo Andrenio.

—No, sino prodigio de atenciones —respondió Critilo—. Si él es hombre, no es destos tiempos; y si lo es, no es marido ni aun

pastor, ni trae cetro ni cayado. Mas ¿si sería Argos? Pero no, que ése fue del tiempo antiguo, y ya no se usan semejantes desvelos.

—Antes sí —respondió el mismo—, que estamos en tiempos que es menester abrir el ojo, y aun no basta, sino andar con cien ojos; nunca fueron menester más atenciones que cuando hay tantas intenciones, que ya ninguno obra de primera. Y advertid que de aquí adelante ha de ser el andar despabilados, que hasta ahora todos habéis vivido a ciegas, y aun a dormidas.

—Dinos por tu vida, tú que ves por ciento y vives por otros tantos, ¿guardas aún bellezas?

—¡Qué vulgaridad tan rancia! —respondió él—. ¿Y quién me mete a mí en imposibles? Antes me guardo yo dellas y guardo a otros bien entendidos.

Estaba atónito Andrenio, haciéndose ojos también, o en desquite o en imitación; y reparando en ello Argos, le dijo:

—¿Ves o miras?, que no todos miran lo que ven.

—Estoy —respondió— pensando de qué te pueden servir tantos ojos; porque en la cara están en su lugar, para ver lo que pasa, y aun en el colodrillo para ver lo que pasó; pero en los hombros ¿a qué propósito?

—¡Qué bien lo entiendes! —dijo Argos—. Éstos son más importantes, los que más estimaba don Fadrique de Toledo.

—¿Pues para qué valen?

—Para mirar un hombre la carga que se echa a cuestas, y más si se casa o se arrasa, al acetar el cargo y entrar en el empleo: ahí es el ver y tantear la carga, mirando y remirando, midiéndola con sus fuerzas, viendo lo que pueden sus hombros; que el que no es un Atlante, ¿para qué se ha de meter a sostener las estrellas? Y el otro, que no es un Hércules, ¿para qué se entremete a sustituto del peso de un mundo? Él dará con todo en tierra. ¡Oh!, si todos los mortales tuviesen destos ojos, yo sé que no se echarían tan a carga cerrada las obligaciones que después no pueden cumplir. Y así andan toda la vida gimiendo so la carga incomportable: el uno, de un matrimonio sin patrimonio; el otro, del demasiado punto sin coma; éste, con el empeño en que se despeña; y aquél, con el honor que es horror. Estos ojos humerales abro yo primero muy bien antes de echarme la carga a cuestas, que el abrirlos después no sirve sino para la desesperación o para el llanto.

—¡Oh!, cómo tomaría yo otros dos —dijo Critilio—, no sólo para no cargar de obligaciones, pero ni aun encargarme de cosa alguna que abrume la vida y haga sudar la conciencia.

—Yo confieso que tienes razón —dijo Andrenio—, y que están bien los ojos en los hombros, pues todo hombre nació para la carga Pero dime: esos que llevas en las espaldas, ¿para qué pueden ser buenos? Si ellas de ordinario están arrimadas, ¿de qué sirven?

Y aun por eso —respondió Argos—, para que miren bien dónde se arriman. ¿No sabes tú que casi todos los arrimos del mundo son falsos, chimeneas tras tapiz, que hasta los parientes falsean y se halla peligro en los mismos hermanos? Maldito el hombre que confía en otro, y sea quien fuere. ¿Qué digo, amigos y hermanos?: de los mismos hijos no hay que asegurarse, y necio del padre que en vida se despoja. No decía del todo mal quien decía que vale más tener que dejar en muerte a los enemigos que pedir en vida a mis amigos. Ni aun en los mismos padres hay que confiar, que algunos han echado dado falso a los hijos; ¡y cuántas madres hoy venden las hijas! Hay gran cogida de falsos amigos y poca acogida en ellos, ni hay otra amistad que dependencia: a lo mejor falsean y dejan a un hombre en el lodo en que ellos le metieron. ¿Qué importa que el otro os haga espaldas en el delito, si no os hace cuello después en el degüello?

—Buen remedio —dijo Critilo— no arrimarse a cabo alguno, estarse solo, vivir a lo filósofo y a lo feliz.

Rióse Argos y dijo:

—Si un hombre no se busca algún arrimo, todos le dejarán estar, y no vivir. Ningunos más arrimados hoy que los que no se arriman: aunque sea un gigante en méritos, le echarán a un rincón; así puede ser más benemérito que nuestro obispo de Barbastro, más hombre de bien que el mismo de Patriarca, más valiente que Domingo de Eguía, más docto que el cardenal de Lugo, nadie se acordará dél. Y aun por eso, toda conclusión se arrima a buen poste y todo jubileo a buena esquina. Creedme que importan mucho estas atenciones respaldares.

—Ésos sean los míos —dijo Andrenio—, y no los de las rodillas; desde ahora los renuncio allí: ¿y para qué sino para cegarse con el polvo y quedar estrujados en el suelo?

—¡Qué mal lo discurres! —respondió Argos—. Ésos son hoy los más pláticos, porque más políticos. ¿Es poco mirar un hombre a

quien se dobla, a quien hinca la rodilla, que numen adora, quien ha de hacer el milagro? Que hay imágenes viejas, de adoración pasada, que no se les hace ya fiesta, figuras del descarte barajadas de la fortuna. Estos ojos son para brujulear quién triunfa, para hacerse hombre, ver quién vale y ha de valer.

—De verdad que no me desagradan —dijo Critilo—, y que en las Cortes me dicen se estiman harto. Por no tener ya otros como ellos, voy siempre rodando; hasta mi entereza me pierde. —Una cosa no me puedes negar —replicó Andrenio—, que los ojos en las espinillas no sirven sino para lastimarse. Señor, en los países están en su lugar, para ver un hombre donde los tiene, dónde entra y sale, en qué pasos anda; pero en las piernas ¿para qué?

—¡Oh, sí!, para no echarlas ni hacerlas con el poderoso, con el superior. Atienda el sagaz con quién se toma, mira con quien las ha, y en reconociéndole la cuesta, no parta peras con él, cuanto menos piedras. Si éstos hubiera tenido aquel hijo del polvo, no se hubiera metido entre los brazos de Hércules, nunca hubiera luchado con él, ni los rebeldes titanes se hubieran atrevido a descomponerse con el Júpiter de España; que estas necias ternillas tienen abrumados a muchos. Prométoos que para poder vivir es menester armarse un hombre de pie a cabeza, no de ojetes, sino de ojazos muy despiertos: ojos en las orejas, para descubrir tanta falsedad y mentira; ojos en las manos, para ver lo que da y mucho más lo que toma; ojos en los brazos, para no abarcar mucho y apretar poco; ojos en la misma lengua, para mirar muchas veces lo que ha de decir una; ojos en el pecho, para ver en qué lo ha de tener; ojos en el corazón, atendiendo a quién le tira o le hace tiro; ojos en los mismos ojos, para mirar cómo miran; ojos y más ojos y reojos, procurando ser elmirante en un siglo tan adelantado.

—¿Qué hará —ponderaba Critilo— quien no tiene sino dos, y esos nunca bien abiertos, llenos de légañas y mirando aniñadamente con dos niñas? ¿No nos venderías (ya que nadie da, si no es el señor don Juan de Austria) un par de esos que te sobran?

—¿Qué es sobrar? —dijo Argos—. De mirar nunca hay harto. A más de que no hay precio para ellos: sólo uno, y ése es un ojo de la cara.

—Pues ¿que ganaría yo en eso? —replicó Critilo.

—Mucho —respondió Argos—, el mirar con ojos ajenos, que es una gran ventaja, sin pasión y sin engaño, que es el verdadero mirar.

Pero vamos, que yo os ofrezco que antes que nos dividamos habéis de lograr otros tantos como yo; que también se pegan, como el entendimiento cuando se trata con quien le tiene.

—¿Dónde nos quieres llevar —preguntó Critilo—, y qué haces aquí en esta plaga del mundo?, que todo él se compone de plagas.

—Soy guarda —respondió— en este puerto de la vida tan dificultoso cuan realzado, pues comenzándote todos a pasar mozos, se hallan al cabo hombres, aunque no lo sienten tanto como las hembras, con que de mozas que antes eran, se hallan después dueñas; mas ellas reniegan de tanta autoridad, y ya que no tienen remedio buscan consuelo en negar; y es tal su pertinacia, que estarán muchas canas de la otra parte y porfían que comienzan ahora a vivir. Pero callemos, que lo han hecho crimen de descortesía y dicen: «Más querríamos nos desafiasen que desengañasen.»

—¿De modo —dijo Critilo— que eres guarda de hombres?

—Sí, y muy hombres, de los viandantes, porque ninguno pase mercaderías de contra bando de la una provincia a la otra. Hay muchas cosas prohibidas que no se pueden pasar de la juventud a la virilidad; permítense en aquélla, y en ésta están vedadas so graves penas. A más de ser toda mala mercadería y perdida por ser mala hacienda, cuéstales a algunos muy cara la niñería, porque hay pena de infamia y tal vez de la vida, especialmente si pasan deleites y mocedades. Para oviar este daño tan pernicioso al género humano, hay guardas muy atentas que corren todos estos parajes cogiendo los que andan descaminados. Yo soy sobre todos, y así os aviso que miréis si lleváis alguna cosa que no sea muy de hombres y la depongáis, porque como digo, a más de ser cosa perdida, quedaréis afrentados cuando seáis reconocidos; y advertid que por más escondida que la llevéis, os la han de hallar: que del mismo corazón redundará luego a la boca, y los colores al rostro.

Demudóse Andrenio, mas Critilo, por desmentir indicios, mudó de plática y dijo:

—En verdad que no es tan áspera la subida como habíamos concebido: Siempre se adelanta la imaginación a la realidad. ¡Qué sazonados están todos estos frutos!

—Sí —respondió Argos—, que aquí todo es madurez; no tienen aquella acedia de la juventud, aquel desabrimiento de la ignorancia, lo insulso de su conversación, lo crudo de su mal gusto. Aquí ya

están en su punto, ni tan pasados como en la vejez ni tan crudos como en la mocedad, sino en un buen medio.

Topaban muchos descansos con sus asientos bajo de frondosos morales muy copados, cuyas hojas, según decía Argos, hacen sombra saludable y de gran virtud para las cabezas, quitándoles a muchos el dolor de ella; y aseguraba haberlos plantado algunos célebres sabios para alivio en el cansado viaje de la vida. Pero lo más importante era que a trechos hallaban algún refresco de saber, confortativos de valor, que se decía haberlos fundado allí a costa de su sudor algunos varones singulares, dotándolos de renta de doctrina. Y así, en una parte les brindaron quintas esencias de Séneca, en otra divinidades de Platón, néctares de Epicuro, y ambrosías de Demócrito y de otros muchos autores sacros y profanos, con que cobraban, no sólo aliento, pero mucho ser de personas, adelantándose a todos los demás.

Al sublime centro habían llegado de aquellas eminencias, cuando descubrieron una gran casa labrada, más de provecho que de artificio, y aunque muy capaz, nada suntuosa; de profundos cimientos, asegurando con firmes estribos las fuertes paredes; mas no por eso se empinaba, ni poblaba el aire de castillos ni de torres; no brillaban chapiteles, ni andaban rodando las giraldas. Todo era a lo macizo, de piedras sólidas y cuadradas, muy a macha martillo. Y aunque tenía muchas vistas con ventanas y claraboyas a todas luces, pero no tenía reja alguna ni balcón: porque entre hierros, aunque dorados, se suelen forjar los mayores y aun ablandarse los pechos más de bronce. El sitio era muy exento, señoreando cuanto hay a todas partes y participando de todas luces, que ninguna aborrece. Lo que más la ilustraba eran dos puertas grandes y siempre patentes: la una al oriente, de donde se viene, y la otra al ocaso, de donde se va. Y aunque ésta parecía falsa, era la más verdadera y la principal. Por aquélla entraban todos, y por ésta salían algunos.

Causóles aquí extraña admiración ver cuán mudados salían los pasajeros y cuán otros de lo que entraban, pues totalmente diferentes de sí mismos. Así lo confesó uno a la que le decía: «Yo soy aquélla», respondiéndole: «Yo soy aquél.» Los que entraban risueños salían muy pensativos; los alegres, melancólicos; ninguno se reía, todo era autoridad. Y así, los muy ligeros antes, agora procedían graves; los bulliciosos, pausados; los flacos, que en cada ocasión daban de ojos, ahora en la cuenta, pisando firme los que

antes de pie quebrado; los livianos, muy substanciales. Estaba atónito Andrenio viendo tal novedad y tan impensada mudanza.

—Aguarda —dijo—, aquel que sale hecho un Catón, ¿no era poco ha un chisgarabís?

—El mismo.

—¿Hay tal transformación?

—¿No veis aquel que entraba saltando y bailando a la francesa cómo sale muy tétrico y muy grave a la española? Pues aquel otro, sencillo, ¿no notáis qué doblado y qué cauto se muestra?

—Aquí —dijo Andrenio— alguna Circe habita que así transforma las gentes. ¿Qué tienen que ver con éstas todas las metarmorfosis que celebra Ovidio? Mirad aquel que entró echo un Claudio emperador cuál sale hecho un Ulises. Todos se movían antes con ligera facilidad, y ahora proceden con maduro juicio. Hasta el color sacan, no sólo alterado, pero mudado.

Y realmente era así, porque vieron entrar un boquirrubio, y salió luego barbinegro; los colorados, pálidos, convertidas las rosas en retamas; y en una palabra, todos trocados de pie a cabeza, pues ya no movían ésta con ligereza a un lado ni a otro, sino que la tenían tan quieta, que parecía haberles echado a cada uno una libra de plomo en ella; los ojos altaneros, muy mesurados; asentaban el pie, no jugando del brazo, la capa sobre los hombros, muy a lo chapado.

—No es posible sino que aquí hay algún encanto —repetía Andrenio—; aquí algún misterio hay, o esos hombres se han casado, según salen pensativos.

—¿Qué mayor encanto —dijo Argos— que treinta años a cuestas? Esta es la transformación de la edad. Advertid que en tan poca distancia como hay de una puerta a la otra, hay treinta leguas de diferencia, no menos que de ser mozo a ser hombre. Éste es el pasadizo de la juventud a la varonil edad. En aquella primera puerta deja la locura, la liviandad, la ligereza, la facilidad, la inquietud, la risa, la desatención, el descuido, con la mocedad; y en esta otra cobran el seso, la gravedad, la severidad, el sosiego, la pausa, la espera, la atención y los cuidados, con la virilidad. Y así veréis que aquél que hablaba de taravilla, ahora tan espacio que parece que da audiencia. Pues aquel otro, que le iba chapeando el seso, mirad qué chapado que sale; el otro con sus cascos de corcho, qué substancial se muestra. ¿No atendéis a aquél tan medido en sus

acciones, tan comedido en sus palabras? Éste era aquel casquilucio. Tené cuenta cuál entra aquél con sus pies de pluma; veréis luego cuál saldrá con pies de plomo. ¿No veis cuántos valencianos entran y qué aragoneses salen? Al fin, todos muy otros de sí mismos, cuando más vuelven en sí: su andar pausado, su hablar grave, su mirar compuesto y que compone, y su proceder concertado, que cada uno parece un Chumacero.

Dábales ya prisa Argos que entrasen, y ellos:

—Dinos primero qué casa es ésta tan rara.

—Ésta es —respondió— la aduana general de las edades y aquí manifiestan la mercadería que pasan: averiguase de dónde vienen y dónde van a parar.

Entraron dentro y hallaron un aerópago, porque era presidente el Juicio, un gran sujeto, asistiéndole el Consejo, muy hombre, el Modo, muy bien hablado, el Tiempo, de grande autoridad, el Concierto, de mucha cuenta, el Valor, muy ejecutivo, y así otros grandes personajes. Tenía delante un libro abierto de cuenta y razón, cosa que se le hizo muy nueva a Andrenio, como a todos los de su edad y que pasan a ser gente de veras. Llegaron a tiempo que actualmente estaban examinando a unos viandantes de qué tierra venían.

—Con razón —dijo Critilo—, porque della venimos y a ella volvemos.

—Sí —dijo otro—, que sabiendo de dónde venimos, sabremos mejor dónde vamos.

Muchos no atinaban a responder, que los más no daban razón de sí mismos. Y así, preguntándole a uno dónde caminaba, respondió que a donde le llevaba el tiempo, sin cuidarse más que de pasar y hacer tiempo.

—Vos le hacéis y él os deshace —dijo el presidente.

Y remitióle a la reforma de los que hacen número en el mundo. Respondió otro que él pasaba adelante por no poder volver atrás. Los más decían que porque los otros habían echado, con harto dolor de su corazón, de los floridos países de su mocedad; que si eso no fuera, toda la vida se estuvieran con gusto, dándose verdes de mocedades. Y a éstos los remitieron a la reforma de añadidos. Estábase lamentando un príncipe de verse así tan adelante y, a su antecedente tan atrás, porque hasta entonces, divertido con los

pasatiempos de la mocedad, no había pensado en ser algo; pero aquéllos ya acabados, le daba gran pena ver que le sobraban años y le faltaban empleos. Remetiéronle la reforma de la espera, si no quería reinar por salto, que era despeñarse. En busca de la honra dijeron algunos que iban; muchos tras el interés, y muy pocos los que a ser personas, aunque fueron oídos de todos con aplauso y de Critilo con observación.

Llegaron en esto las guardas con una gran tropa de pasajeros, que los habían cogido descaminados. Mandaron fuesen luego reconocidos por la Atención y el Recato, y que les escudriñasen cuanto llevaban. Topáronle al primero no sé qué libros, y algunos muy metidos en los senos. Leyeron los títulos y dijeron ser todos prohibidos por el Juicio, contra las premáticas de la prudente Gravedad, pues eran de novelas y comedias. Condenáronlos a la reforma de los que sueñan despiertos, y los libros mandaron se les quitasen a hombres que lo son y se relajasen a los pajes y doncellas de labor; y generalmente todo género de poesía en lengua vulgar, especialmente burlesca y amorosa, letrillas, jácaras, entremeses, follaje de primavera, se entregaron a los pisaverdes. Lo que más admiró a todos, fue que la misma Gravedad en persona ordenó seriamente que de treinta años arriba ninguno leyese ni recitase coplas ajenas, mucho menos propias o como suyas, so pena de ser tenidos por ligeros, desatentos o versificantes. Lo que es leer algún poeta sentencioso, heroico, moral y aun satírico en verso grave, se les permitió a algunos de mejor gusto que autoridad, y esto en sus retretes, sin testigos, haciendo el descomedido de tales niñerías; pero allá a escondidas chupándose los dedos. El que quedó muy corrido fue uno a quien le hallaron un libro de caballerías.

—Trasto viejo —dijo la Atención— de alguna barbería.

Afeáronsele mucho y le constriñeron lo restituyese a los escuderos y boticarios; mas los autores de semejantes disparates, a locos estampados. Replicaron algunos que para pasar el tiempo se les diese facultad de leer las obras de algunos otros autores que habían escrito contra estos primeros, burlándose de su quimérico trabajo. Y respondióles la Cordura que de ningún modo, porque era dar del lodo en el cieno, y había sido querer sacar del mundo una necedad con otra mayor. En lugar de tanto libro inútil (¡Dios se lo perdone al inventor de la estampa!), ripio de tiendas y ocupación de

legos, les entregaron algunos Sénecas, Plutarcos, Epictetos y otros, que supieron hermanar la utilidad con la dulzura.

Acusaron éstos a otros que no menos ociosos, y más perniciosos, se habían jugado el sol y quedado a la luna diciendo que para pasar el tiempo, como si él no los pasase a ellos y como si el perderlo fuera pasarlo: de hecho, le hallaron a uno una baraja. Mandaron al punto quemar las cartas por el peligro del contagio, sabiendo que barajas ocasionan barajas y de todas maneras empeños, barajando la atención, la reputación, la modestia, la gravedad y tal vez la alma. Mas al que se los hallaron, con todos los tahúres, hasta los cuartos, que es la cuarta generación, les barajaron las haciendas, las casas, la honra, el sosiego para toda la vida.

En medio de esta suspensión y silencio se le oyó silbar a uno, cosa que escandalizó mucho a todos los circunstantes, y más a los españoles. Y averiguada la desatención, hallaron había sido un francés, y le condenaron a nunca estar entre personas. Mas les ofendió un sonsonete como de guitarra, instrumento vedado so graves penas de la Cordura, y así refieren que dijo el Juicio en sintiendo las cuerdas:

—¿Qué locura es ésta? ¿Estamos entre hombres o entre barberos?

Hízose averiguación de quién la tañía, y hallaron era un portugués; y cuando creyeron todos le mandarían dar un trato de cuerda, oyeron que le rogaban (que a los tales se les ruega) tañese algún son moderno y lo acompañase con alguna tonadilla. Con harta dificultad lo recabaron, y con mayor después que cesase Gustaron mucho, aun los más serios ministros de la reforma humana, y generalmente se les mandó a todos los que pasaban de mozos a hombres que de allí adelante ninguno tañese instrumento ni cantase, pero que bien podían oír tañer y cantar, que es más gusto y más decoro.

Iban con tanto rigor en esto de reconocer los humanos pasajeros, que llegaron las guardas a desnudar algunos de los sospechosos. Cogiéronle a uno un retrato de una dama, ahorcado de un dogal de nácar. Quedó él tan perdido cuan escandalizados todos los cuerdos, que aun de mirar el retrato no se dignaron sino lo que bastó para dudar cuál era la pintada, ésta o aquélla. Reparó una de las guardas y dijo:

—Éste ya yo le he quitado a otro y no ha muchos días.

Mandáronlo sacar y hallaron una docena de ellos.

—Basta —dijo el presidente—, que una loca hace ciento. Recójanlos como moneda falsa, doblones de muchas caras.

Y a él le intimaron que, o menos barbas, o menos figurerías; y que esto de trillar la calle, dar vueltas, comer hierros, apuntalar esquinas, deshollinar balcones, lo dejasen para los Adonis boquirrubios. El que causó mucha risa fue uno que llegó con un ramo en la mano, y averiguado que no era médico ni valenciano, sino pisaverde, le atropello la Atención, diciéndole era ramo de locura, tablilla de mesón, vacío de seso. Vieron uno que no miraba a los otros, y sin ser tosco, tenía fijos los ojos en el sombrero.

—Pues no será de corrido —dijo la Sagacidad.

Y en sospechas de liviandad, llegaron a reconocerle y le hallaron un espejillo clavado en la copa del sombrero. Y por cosa cierta averiguaron era primo loco, sucesor de Narciso. No se admiraron tanto déstos cuanto de un otro que repetía para Catón en la severidad y aun se emperdigaba para repúblico. Miráronle de pie a cabeza y brujuleáronle una faldilla de un jubón verde: color muy mal visto de la Autoridad.

—¡Oh qué bien merecía otro! —votaron todos.

Pero por no escandalizar el populacho, muy a lo callado le remitieron al Nuncio de Toledo, que le absolviese de juicio. A otro que debajo una sotanilla negra traía un calzón acuchillado le condenaron a que terciase la falda prendiéndola de la pretina, para que todo el mundo viese su desgarro. Intimaron a otros seriamente que en adelante ninguno llevase arremangada la falda del sombrero a la copa, sino es yendo a caballo, cuando ninguno es cuerdo; ni decantado el sombrero a un lado de la cabeza, dejando desabrigado el seso del otro; que no se vayan mirando a sí mismos ni por sombra, so pena de mal vistos, ni los pies, que no es bien pavonearse. Plumas y cintas de colores, se les vedaron, si no a los soldados bisoños mientras van o vuelven de la campaña; que todos los anillos se entregasen a los médicos y abades; a éstos porque entierran los que aquéllos destierran.

Pasaron ya los ministros de aquella gran aduana del Tiempo a la reforma general de todos cuantos pasan de pajes de la juventud a gentileshombres de la virilidad. Y lo primero que se ejecutó fue desnudarles a todos la librea de la mocedad, el pelo rubio y dorado, y cubrirles de pelo negro, luto en lo melancólico y lo largo, pues

cerrando las sienes llega a ser pelo en pecho. Ordenáronles seriamente que nunca más peinasen pelo rubio, y menos hacia la boca y los labios, color profano y mal visto en adelante: vedándoles todo género de bozo y de guedejas rizadas, para excusar las risadas de los cuerdos. Toda color material, que no la formal, les prohibieron, no permitiéndoles aun el volverse colorados, sino pálidos, en señal de sus cuidados. Convirtiéronles las rosas de las mejillas en espinas de la barba. De suerte que de pies a cabeza los reformaban. Echábanles a todos un candado en la boca, un ojo en cada mano y otra cara janual, pierna de grulla, pie de buey, oreja de gato, ojo de lince, espalda de camello, nariz de rinoceronte y de culebra el pellejo.

Hasta el material gusto les reformaban, ordenándoles que en adelante no mostrasen apetecer las cosas dulces, so pena de niños, sino las picantes y agrias y algunas saladas. Y porque a uno le hallaron unos confites, le fue intimado se pusiese el babador, siempre que los hubiese de comer; y así, todos se guardaban de trocar el cardo por las pasas y todos comían la ensalada. Cogieron a otro comiendo unas cerezas y volvióse de su color: saltáronle a la cara. Mandáronle que las trocase en guindas. De modo que aquí no está vedada la pimienta, antes se estima más que el azúcar; mercadería muy acreditada, que algunos hasta en el entendimiento la usan, y más si se junta con la naranja. La sal también está muy valida y hay quien la come a puñados, pero sin lo útil no entra en provecho: salan muchos los cuerpos de sus obras porque nunca se corrompan: ni hay tales aromas para embalsamar libros, libres de los gusanos roedores, como los picantes y las sales. Están tan desacreditados los dulces, que aun la misma *Panegiri* de Plinio, a cuatro bocados enfada, ni hay hartazgo de zanahorias como unos cuantos sonetos del Petrarca y otros tantos de Boscán; que aun a Tito Livio hay quien le llama tocino gordo, y de nuestro Zurita no le falta quien luego se empalaga.

—Tenga ya gusto y voto, no siempre viva del ajeno; que los más en el mundo gustan de lo que ven gustar a otros y alaban lo que oyeron alabar; y si les preguntáis en qué está lo bueno de lo que celebran, no saben decirlo; de modo que viven por otros y se guían por entendimientos ajenos. Tenga, pues, juicio propio y tendrá voto en su censura; guste de tratar con hombres, que no todos los que lo parecen lo son; razone más que hable, converse con los varones

noticiosos, y podrá tal vez contar algún chiste encaminando a la gustosa enseñanza, pero con tal moderación, que no sea tenido por masecuentos, el licenciado del chiste y truhán de balde. Podrá tal vez acompañado de sí mismo pasearse, pensando, no hablando. Sea hombre de museo, aunque ciña espada, y tenga delecto con los libros, que son amigos manuales; no embuta de borra los estantes, que no está bien un picaro al lado de un noble ingenio, y si ha de preferir, sean los juiciosos a los ingeniosos. Muestre ser persona en todo, en sus dichos y en sus hechos, procediendo con gravedad apacible, hablando con madurez tratable, obrando con entereza cortés, viviendo con atención en todo y apreciándose más de tener buena testa que talle. Advierta que el proporcional Euclides dio el punto a los niños, a los muchachos la línea, a los mozos la superficie y a los varones la profundidad y el centro.

Éste fue el arancel de preceptos de ser hombres, la tarifa de la estimación, los estatutos de ser personas, que en voz ni muy alta ni muy caída les leyó la Atención, a instancia del Juicio.

Después, Argos, con un extraordinario licor alambicado de ojos de águilas y de linces, de corazones grandes y de celebros, les dio un baño tan eficaz, que a más de fortalecer mucho, haciéndolos más impenetrables por la cordura que un Roldán por el encanto, al mismo punto se les fueron abriendo muchos y varios ojos por todo el cuerpo, de cabeza a pies; que habían estado ciegos con las lagañas de la niñez y con las inadvertidas pasiones de la mocedad; y todos ellos tan perspicaces y tan despiertos, que ya nada se les pasaba por alto: todo lo advertían y lo notaban.

Con esto, les dieron la licencia de pasar adelante a ser personas, y fueron saliendo todos de sí mismos, lo primero para más volver en sí. Fuelos, no guiando, que de aquí adelante ni se llama médico ni se busca guía, sino conduciéndolos Argos a lo más alto de aquel puerto, puerta ya de un otro mundo, donde hicieron alto para lograr la mayor vista que se topa en el viaje de toda la vida. Los muchos y maravillosos objetos que desde aquí vieron, todos ellos grandes y plausibles, referirá la siguiente crisi.

CRISI SEGUNDA

Los prodigios de Salastano

Tres soles, digo tres Gracias, en fe de su belleza, discreción y garbo (contaba un cortesano verídico, ya prodigio), intentaron entrar en el palacio de un gran príncipe, y aun de todos. Coronába[se] la primera, brillantemente gallarda, de fragantes flores, rubias trenzas y recamaba su verde ropaje de líquidos aljófares, tan risueña, que alegraba un mundo entero. Pero en injuria de su gran belleza, la cerraron tan anticipadamente las puertas y ventanas, que aunque se probó a entrar por cien partes, no pudo: que teniéndola por entretenida, hasta los más sutiles resquicios la habían entredicho, y así hubo de pasar adelante, convirtiendo su risa en llanto. Fuese acercando la segunda, tan hermosa cuan discreta, y chanceándose con la primera a lo Zapata, la decía:

—Anda tú, que no tienes arte ni la conoces. Verás cómo yo, en fe de mi buen modo, tengo de hallar entrada.

Comenzó a introducirse, buscando medios y inventando trazas; pero ninguna la salía, pues al mismo punto que brujuleaban su buena cara, todos se la hacían muy mala. Y ya, no solas las puertas y ventanas la cerraban, pero aun los ojos por no verla y los oídos por no sentirla.

—¡Eh, que no tenéis dicha! —dijo la tercera, agradablemente linda—. Atendé cómo yo por la puerta del favor me introduzgo en Palacio, que ya no se entra por otras.

Fuese entremetiendo con mucho agrado; mas aunque a los principios halló cabida, fue engañosa y de apariencia, y al cabo hubo de retirarse mucho más desairada. Estaban tripuladas todas tres, ponderando, como se usa, sus muchos méritos y su poca dicha, cuando llevado de su curiosidad el cortesano, se fue acercando lisonjero; y habiéndolas celebrado, significó su deseo de leer quiénes eran, que lo que es el palacio bien conocido lo tenía, como tan pateado.

—Yo soy —dijo la primera— la que voy dando a todos los buenos días, mas ellos se los toman malos y los dan peores; yo, la que hago abrir los ojos, y a todo hombre que recuerde; yo la deseada de los enfermos y temida de los malos, la madre de la vividora

alegría; yo aquella tan decantada esposa de Titón, que en este punto dejo el carmín de nácar.

—Pues, señora Aurora —dijo el cortesano—, ahora no me espanto de que no tengáis cabida en los palacios, donde no hay hora de oro con ser todas tan pesadas. Ahí no hay mañana, todo es tarde: díganlo las esperanzas. Y con ser así, nada es hoy, todo mañana. Así, que no os canséis, que ahí nunca amanece, aun para vos, por tan clara.

Volvióse a la segunda, que ya decía:

—¿Nunca oíste nombrar aquella buena madre de un mal hijo? Pues yo soy, y él es Odio: yo, la que siendo tan buena, todos me quieren mal: cuando niños, me babean, y como no les entro de los dientes adentro, me escupen cuando grandes. Tan esclarecida soy como la misma luz; que si no miente Luciano, hija soy, no ya del tiempo, sino del mismo Dios.

—Pues, señora mía —dijo el cortesano—, si vos sois la Verdad, ¿cómo prentendéis imposibles? ¿Vos en los palacios? ¡Ni de mil leguas! ¿De qué pensáis que sirven tanta afilada cuchilla? Que no aseguran tanto de traiciones no por cierto, cuanto de… de… Bien podéis por ahora, y aun para siempre, desistir de la empresa.

Ya en esto, la tercera, dulcísimamente linda, robando corazones dijo:

—Aquélla soy sin quien no hay felicidad en el mundo, y con quien toda infelicidad se pasa. En las demás dichas de la vida se hallan muy divididas las ventajas del bien, pero en mí, todas concurren: la honra, el gusto y el provecho. No tengo lugar sino entre los buenos; que entre los malos, como dice Séneca, ni soy verdadera ni constante. Denomínome del amor, y así a mí no me han de buscar en el vientre, sino en el corazón, centro de la benevolencia.

—Ahora digo que eres la amistad —aclamó el cortesano—, tan dulce tú cuan amarga la Verdad. Pero aunque lisonjera, no te conocen los príncipes, que sus amigos todos son del rey y ninguno de Alejandro: así lo decía él mismo. Tú haces de dos uno, y es imposible poder ajustar el amor a la majestad. Paréceme, mis señoras, que todas tres podéis pasar adelante: tú, Aurora, a los trabajadores; tú Amistad, a los semejantes, y tú, Verdad, yo no sé adónde.

Este crítico suceso les iba contando el noticioso Argos a nuestros dos peregrinos del mundo, y les aseguró habérselo oído ponderar al mismo cortesano:

—Aquí, en este puesto —decía—, que por eso me he acordado.

Hallábanse ya en lo más eminente de aquel puerto de la varonil edad, corona de la vida, tan superior, que pudieron señorear desde allí toda la humana: espectáculo tan importante cuan agradable, porque descubrían países nunca andados, regiones nunca vistas, como la del Valor y del Saber, las dos grandes provincias de la Virtud y la Honra, los países del Tener y del Poder, con el dilatado reino de la Fortuna y del Mando; estancias todas muy de hombres y que a Andrenio se le hicieron bien extrañas. Mucho les valieron aquí sus cien ojos, que todos los emplearon. Vieron ya muchas personas, que es la mejor vista de cuantas hay, perdóneme hoy la belleza. Pero, cosa rara, que lo que a unos parecía blanco, a otros negro, tal es la variedad de los juicios y gustos; ni hay antojos de colores, que así alteren los ojetos como los afectos.

—Veamos de una cuanto hay —decía Critilo—, que todo se ha de ver y en lo más raro reparar.

Y comenzando por lo más lejos, que como digo se descubría no sólo desde el un cabo del mundo al otro, pero desde el primer siglo hasta éste:

—¿Qué insanos edificios son aquéllos (hablando con la propiedad mariana) que acullá lejos apenas se divisan y a glorias campean?

—Aquéllas —respondió Argos, que de todo daba razón en desengaños—, son las siete maravillas del orbe.

—¿Aquéllas —replicó Andrenio—, maravillas? ¿Cómo es posible? Una estatua, que se ve entre ellas, ¿pudo serlo?

—¡Oh, sí!, que fue coloso de un sol.

—Aunque sea el sol mismo, si es una estatua a mí no me maravilla.

—No fue tan estatua, que no fuese una bien política atención adorando el sol que sale y levantando estatua al poder que amanece.

—Desde ahora la venero. Aquel otro parece sepulcro:

—Y bien extraña.

—¿Cómo puede, siendo sepultura de un mortal?

—¡Oh!, que fue de mármoles y jaspes.

—Aunque fuera el mismo Panteón.

—¿No veis que lo erigió una mujer a su marido?

—¡Oh qué bueno! A trueque de enterrarle, no digo yo de pórfidos, pero diamantes, de perlas, sino lágrimas, habría mujer que le construyese pira.

—Sí, pero aquello de ser Mausolo, que dice permanecer sola, convertida en tortolilla, creedme que fue un prodigio de fe.

—¡Eh!, dejemos maravillas que caducan —dijo Andrenio—. ¿No hay alguna moderna? ¿No hace ya milagros el mundo?

—Sin duda que así como dicen que van degenerando los hombres y siendo más pequeños cuanto más va (de suerte que cada siglo merman un dedo, y a este paso vendrán a parar en títeres y figurillas, que ya poco les falta a algunos), sospecho que también los corazones se les van achicando; y así, se halla tanta falta de aquellos grandes sujetos que conquistaban mundos, que fundaban ciudades, dándolas sus nombres, que era su real *faciebat*.

—¿Ya no hay Rómulos, ni Alejandros, ni Constantinos?

—También se hallan algunas maravillas flamantes —respondió Argos—, sino que como se miran de cerca, no parecen.

—Antes, habían de verse más, que cuanto más de cerca se miran las cosas mucho mayores parecen.

—¡Oh no! —dijo Argos—, que la vista de la estimación es muy diferente de la de los ojos en esto del aprecio. Con todo eso, atención a aquellas sublimes agujas que campean en la gran cabeza del orbe.

—Aguarda —dijo Critilo—, ¿aquélla tan señalada es la cabeza del mundo? ¿Cómo puede ser si está entre pies de Europa, a pierna tendida de Italia por medio del Mediterráneo, y Napoles su pie?

—Ésa que te parece a ti andar entre pies de la tierra, es el cielo, la coronada cabeza del mundo y muy señora de todo él, la sacra y triunfante Roma, por su valor, saber, grandeza, mando y religión; corte de personas, oficina de hombres, pues restituyéndolos a todo el mundo, todas las demás ciudades la son colonias de policía. Aquellos empinados obeliscos, que en sus plazas majestuosamente se ostentan, son plausibles maravillas modernas. Y advertí una cosa, que con ser tan gigantes, aun no llegan con mucho a la superioridad de prendas de sus santísimos dueños.

—Ora ¿no me dirás una verdad?: ¿qué pretendieron estos sacros héroes con estas agujas tan excelsas?, que aquí algún misterio apuntan digno de su piadosa grandeza.

—¡Oh, sí! —respondió Argos—, lo que pretendieron fue coser la tierra con el cielo, empresa que pareció imposible a los mismos Césares, y éstos la consiguieron. ¿Qué estás mirando tú con tan juicioso reparo?

—Miro —dijo Andrenio—, que en cada provincia hay que notar aquel murciélago de ciudades, anfibia corte, que ni bien está en el mar ni bien en tierra y siempre a dos vertientes.

—¡Oh qué política —exclamó Argos—, que tan de sus principios le viene, tan fundamentalmente comienza! Y deste su raro modo de estar, celebraba el bravo duque de Osuna la razón de su estado. Aquélla es la nombrada canal con que el mismo mar saben traer acanalado a su con Venecia.

—¿No hay maravillas en España? —dijo Critilo, volviendo la mira a su centro—. ¿Qué ciudad es aquélla que tan en punta parece que amenaza al cielo?

—Será Toledo, que a fianzas de sus discreciones, aspira a taladrar las estrellas, si bien ahora no la tiene.

—¿Qué edificio tan raro es aquél que desde el Tajo sube escalando su alcázar, encaramando cristales?

—Ése es el tan celebrado artificio de Juanelo, una de las maravillas modernas.

—No sé yo por qué —replicó Andrenio—, si al uso de las cosas muy artificiosas tuvo más de gasto que de provecho.

—No discurría así —dijo Argos—, cuando lo vio, el eminentemente discreto cardenal Tribulcio, pues dijo que no había habido en el mundo artificio de más utilidad.

—¿Cómo pudo decir eso quien tan al caso discurría?

—Ahí veréis —dijo Argos—, enseñando a traer el agua a su molino desde sus principios, haciendo venir de un cauce en otro al palacio del Católico Monarca el mismo río de la plata, las pesquerías de las perlas, el uno y otro mar, con la inmensa riqueza de ambas Indias.

—¿Qué palacio será aquel —preguntó Critilo—, que entre todos los de la Francia se corona de las flores de oro?

—Gran casa y gran cosa —respondió Argos—. Ése es el trono real, ése la más brillante esfera, ése el primer palacio del Rey Christianísimo en su gran corte de París, y se llama el Lobero.

—¿El Lobero? ¡Qué nombre tan poco cortesano, qué sonsonete de grosería! Por cualquier parte que le busquéis la denominación, suena poco y nada bien. Llamárase el jardín de los más fragantes lilios, el quinto cielo de tanto christanísimo Marte, la popa de los soplos de la fortuna; pero el Lobero no es nombre decente a tanta majestad.

—¡Eh!, que no lo entendéis —dijo Argos—. Creedme que dice más de lo que suena y que encierra gran profundidad. Llámase el Lobero (y no voy con vuestra malicia) porque ahí se les ha armado siempre la trampa a los rebeldes lobos con piel de ovejas; digo, aquellas horribles fieras hugonotas.

—¡Oh qué brillante alcázar aquel otro —dijo Andrenio—, corona de los demás edificios, fuente del lucimiento, comunicándoles a todos las luces de su permanente esplendor! ¿Si sería del augusto Ferdinando Tercero, aquel gran César que está hoy esparciendo por todo el orbe el resplandor de sus ejemplos? También podría ser de aquel tan valerosamente religioso monarca, Juan Casimiro de Polonia, vitorioso primero de sí mismo y triunfante después de tanto monstruo rebelde. ¡Oh qué claridad de alcázar y qué rayos está esparciendo a todas partes! Merece serlo del mismo sol.

—Y lo es —respondió Argos—, digo de aquella sola reina entre cuantas hay, la inmortal Virtelia. Mas por allí habéis de encaminaros para bien ir.

—Yo allá voy, desde luego —dijo Critilo.

—Y allí veréis —añadió Argos— que aunque es tan majestuoso y brillante, aún no es digno epiciclo de tanta belleza.

Estando en esta divertida fruición de grandezas, vieron venir hacia sí cierta maravilla corriente: era un criado pronto. Y lo que más les admiró fue que decía bien de su amo. Preguntó, en llegando, cuál era el Argos verdadero, cuando todos por industria lo parecían.

—¿Qué me quieres? —respondió el mismo.

—A ti me envía un caballero, cuyo nombre, ya fama, es Salastano, cuya casa es un teatro de prodigios, cuyo discreto empleo es lograr todas las maravillas, no sólo de la naturaleza y arte, pero

más las de la fama, no olvidando las de la fortuna. Y con tener hoy atesoradas todas las más plausibles, así antiguas como modernas, nada le satisface hasta tener alguno de tus muchos ojos, para la admiración y para la enseñanza.

—Toma éste de mi mano —dijo Argos— y llévaselo depositado en este cofrecillo de cristal; y dirásle que lo emplee en tocar con ocular mano todas las cosas antes de creerlas.

Partíase tan diligente como gustoso, cuando dijo Andrenio:

—Aguarda, que me ha salteado una curiosa pasión de ver esa casa de Salastano y lograr tanto prodigio.

—Y a mí, de procurar su amistad —añadió Critilo—, ventajosa felicidad de la vida.

—Id —confirmó Argos—, y en tan buena hora, que no os pesará en toda la vida.

Fue el viaje peregrino oyéndole referir cosas bien raras.

—Solas las que yo le he diligenciado —decía— pudieran admirar al mismo Plinio, a Gesnero y Aldobrando. Y dejando los materiales portentos de la naturaleza, allí veréis en fieles retratos todas las personas insignes de los siglos, así hombres como mujeres, que de verdad las hay; los sabios y los valerosos, los césares y las emperatrices, no ya en oro, que ésa es curiosidad ordinaria, sino en piedras preciosas y en camafeos.

—Ésa —dijo Critilo—, con vuestra licencia, la tengo por una diligencia inútil, porque yo más querría ver retratados sus relevantes espíritus que el material gesto, que comúnmente en los grandes hombres carece de belleza.

—Uno y otro lograréis en caracteres de sus hazañas, en libros de su doctrina, y sus retratos también; que suele decir mi amo que, después de la noticia de los ánimos, es parte del gusto ver el gesto, que de ordinario suele corresponder con los hechos. Y si por ver un hombre eminente, un duque de Alba los entendidos, un Lope de Vega los vulgares, caminaban muchas leguas, apreciando las eminencias, aquí se caminan siglos.

—Primor fue siempre de acertada política —ponderó Critilo— eternizar los varones insignes en estatuas, en sellos y en medallas, ya para ideas a los venideros, ya para premio a los pasados: véase que fueron hombres y que no son imposibles sus ejemplos.

—Al fin —dijo el criado—, háselos entregado la antigüedad a mi amo, que ya que no los pudo eternizar en sí mismos, se consuela de conservarlos en imágenes. Pero las que muchos celebran y las miran y aun llegan a tocarlas con las manos son las mismas cadenillas de Hércules, que procediéndole a él de la lengua, aprisionaban a los demás de los oídos; y quieren decir las hubo de Antonio Pérez.

—Ésa es una gran curiosidad —ponderó Critilo—, garabato para llevarse el mundo tras sí. ¡Oh gran gracia la de las gentes!

—¿Y de qué son? —preguntó Andrenio—, porque de hierro, cierto es que no serán.

—En el sonido parecen de plata y en la estimación de perlas de una muy cortesana elocuencia.

A este modo les fue refiriendo raras curiosidades, cuando descubrieron desde un puesto bien picante, en el centro de un gran llano, una ciudad siempre vitoriosa.

—Aquel ostentoso edificio con rumbos de palacio —dijo— es la noble casa de Salastano, y éstos que ya gozamos sus jardines.

Fuelos introduciendo por un tan delicioso cuan dilatado parque que coronaban frondosas plantas de Alcides, prometiéndole en sus hojas, por símbolos de los días, eternidades de fama. Comenzaron a registrar fragantes maravillas, toparon luego con el mismo laberinto de azares, cárcel del secreto, amenazando riesgos al que le halla y evidentes al que le descubre. Más adelante se veía un estanque, gran espejo, del cielo, surcado de canoros cisnes y aislado en medio de él un florido peñón, ya culto Pindo. Paseábase la vista por aquellas calles entapizadas de rosas y mosquetas, alfombradas de amaranto, la yerba de los héroes, cuya propiedad es inmortalizarlos. Admiraron el lotos, planta también ilustre, que de raíces amargas de la virtud rinde los sabrosos frutos del honor. Gozaron flores a toda variedad, y todas raras, unas para la vista, otras para el olfato, y otras hermosamente fragantes, acordando misteriosas transformaciones. No registraban cosa que no fuese rara, hasta las sabandijas, tan comunes en otras huertas, aquí eran extraordinarias, porque estaban los camaleones en alcándaras de laureles, dándose hartazgos de vanidad. Volaban sin parar las efímeras, traídas del Bósforo, con sus cuatro alas, solicitando la comodidad para siglos, no habiendo de vivir sino un día: viva imagen de la necia codicia. Aquí se oían cantar, y las más veces gemir, las pintadas avecillas del

paraíso con picos de marfil, pero sin pies, porque no le han de hacer en cosa terrena. Sintieron un ruido como de campanilla, y al mismo instante apretó a huir el criado, voceándoles su riesgo al ver el venenoso ceraste, que él mismo cecea para que todo entendido huya de su lascivo aliento.

Entraron con esto dentro de la casa, donde parecía haber desembarcado la de Noé, teatro de prodigios tan a sazón, que estaba actualmente el discreto Salastano haciendo ostentación de maravillas a la curiosidad de ciertos caballeros, de los muchos que frecuentan sus camarines. Hallábase allí don Juan de Balboa, teniente de maese de campo general, y don Alonso de Mercado, capitán de corazas españolas, ambos muy bien hablados, tan alumnos de Minerva como de Belona, con otros de su discreción bizarra. Tenía uno en la mano, celebrando con lindo gusto una redomilla llena de las lágrimas y suspiros de aquel filósofo llorón, que más abría los ojos para llorar que para ver, cuando de todo se lamentaba.

—¡Qué hiciera éste si hubiera alcanzado estos nuestros tiempos! —ponderaba don Francisco de Araujo, capitán también de corazas, basta decir portugués para galante y entendido—. Si él hubiera visto lo que nosotros pasado, tal fatalidad de sucesos y tan conjuración de monstruosidades, sin duda que hubiera llenado cien redomas, o se hubiera podrido de todo punto.

—Yo —dijo Balboa— más estimara un otro frasquillo de las carcajadas de aquel otro socarrón su antípoda, que de todo se reía.

—Ése, señor mío, de la risa —respondió Salastano— yo le gasto, y el otro le guardo.

—¡Oh!, cómo llegamos a buen punto —dijo el criado, presentándoles el nuevo ocular portento— para que se desengañe Critilo, que no acaba de creer haya en el mundo muchas de las cosas raras que ha de ver esta tarde. Suplícote, me desempeñes a excesos.

—Pues ¿en qué dudáis? —dijo Salastano, después de haber hecho la salva a su venida—. ¿Qué os puede ya parecer imposible, viendo lo que pasa? ¿Qué queda ya que dudar en los ensanches de la fortuna que ya los prodigios de la naturaleza y arte no suponen?

—Yo os confieso —dijo Critilo— que he tenido siempre por un ingenioso embeleco el basilisco, y no soy tan solo que sea necio; porque aquello de matar en viendo parece una exageración repugnante, en que el lecho está desmintiendo el testigo de vista.

—¿En eso ponéis duda? —replicó Salastano—. Pues advertid que ése no le tengo yo por prodigio, sino por un mal cotidiano. ¡Pluguiera al cielo no fuera tanta verdad! Y si no, decime; un médico en viendo un enfermo, ¿no le mata? ¿Qué veneno como el de su tinta en un récipe?, ¿qué basilisco más criminal y pagado que un Hermócrates, que aun soñando mató a Andrágoras? Dígoos que dejan atrás a los mismos basiliscos, pues aquéllos poniéndoles un cristal delante, ellos se matan a sí mismos; y éstos, poniéndoles un vidrio que trajeron de un enfermo, con sólo mirarle, le echaban en la sepultura estando cien leguas distante. «Déjenme ver el proceso, dice el abogado, quiero ver el testamento, veamos papeles», y tal es el ver, que acaba con la hacienda y con la substancia del desdichado litigante, que en ir a él ya fue mal aconsejado. Pues qué, un príncipe, con sólo decir: «Yo lo veré», ¿no deja consumido a un pretendiente? ¿No es basilisco mortal una belleza, que si la miráis, mal, y si ella os mira, peor? ¡Con cuántos ha acabado aquel vulgar *veremos,* el pesado *veámonos,* el prolijo *verse ha y* el necio *ya lo tengo visto!* Y todo, malmirado, ¿no mata? Creedme, señores, que está el mundo lleno de basiliscos del ver y aun del no ver, por no ver y no mirar. Así estuvieran todos como éste.

Y mostróles uno embalsamado.

—Yo también —prosiguió Andrenio—, siempre he tenido por un encarecimiento ingenioso el unicornio, aquello de que en bañando él su punta, al punto purifica las emponzoñadas aguas, está bien inventado, mas no experimentado.

—Más dificultoso es eso —respondió Salastano—, porque hacer bien, más raro es en el mundo que hacer mal; más usado el matar que el dar vida. Con todo, veneramos algunos destos prodigios salutíferos que con la eficacia de su buen celo, han ahuyentado los pestilenciales venenos y purificado las aguas populosas. Y si no, decidme, aquel nuestro inmortal héroe el rey católico don Fernando, ¿no purificó a España de los moros y de judíos, siendo hoy el reino más católico que reconoce la Iglesia? El rey don Felipe el Dichoso, porque bueno, ¿no purgó otra vez a España del veneno de los moriscos en nuestros días? ¿No fueron éstos, salutíferos unicornios? Bien es verdad que en otras provincias no se hallan así frecuentes ni tan eficaces como en ésta; que si eso fuera, no hubiera ya ateísmos donde yo sé, ni herejías donde yo callo, cismas, gentilismos, perfidias, sodomías y otros mil géneros de monstruosidades.

—¡Oh!, señor Salastano —replicó Critilo—, que ya hemos visto algunos déstos en otras partes, que han procurado con christianísimo valor debelar las oficinas del veneno rebelde a Dios y al rey, donde se habían hecho fuertes estas ponzoñozas sabandijas!

—Yo lo confieso —dijo Salastano—, pero temo no fuese más por razón de Estado; digo, no tanto por ser rebeldes al cielo cuanto a la tierra. Y si no, decidme, ¿a qué otros reinos extraños los desterraron? ¿Qué Áfricas poblaron de herejes, como Filipo de moriscos? ¿Qué tributos a millones perdieron, como Fernando? ¿Qué Ginebras han arrasado, que Moravias despoblado, como hoy día el piadoso Ferdinando?

—No os canséis, que esa pureza de fe —ponderó Balboa—, sin consentir mezcla, sin sufrir un átomo de veneno infiel, creedme que es felicidad de los Estados de la casa de España y de Austria, debida a sus coronados unicornios.

—A cuyo real ejemplo —prosiguió Salastano—, vemos sus cristianos generales y virreyes limpiar las provincias que gobiernan y los ejércitos que conducen del veneno de los vicios. Don Álvaro de Sande, tan religioso como valiente, ¿no desterró los juramentos de la católica milicia, condenándolos a infamia? Don Gonzalo de Córdoba, ¿no purificó los ejércitos de insultos y de torpezas? El duque de Alburquerque en Cataluña y el conde de Oropesa en Valencia, ¿no libraron aquellos dos reinos, siendo justicieros presidentes, del veneno sanguinario y bandolero? ¿Qué tóxico de vicios no ha ahuyentado desde nuestro reino de Aragón con su ejemplo y con su celo el inmortal conde de Lemos? Llegaos a este camarín, que os quiero franquear los muchos preservativos y contravenenos que yo guardo. En este rico vaso de unicornio han brindado la pureza de la fe los Católicos Reyes de España. Estas arracadas, también de unicornio, traía la señora reina doña Isabel para guardar el oído de la ponzoña de las informaciones malévolas. Con este anillo confortaba su invicto corazón el emperador Carlos Quinto. En esta caja, conficionada de aromas, llegaos y percibid su fragancia, han conservado siempre el buen nombre de su honestidad y recato las señoras reinas de España.

Fueles mostrando otras muchas piezas muy preciosas, haciendo la prueba y confesando todos su virtud eficaz.

—¿Qué dos puñales son aquellos que están en el suelo? —preguntó Araujo—, que aunque van por tierra, no carecen de misterio.

—Ésos fueron —respondió Salastano— los puñales de ambos Brutos.

Y dándoles del pie, sin quererlos tocar con su leal mano.

—Éste —dijo— fue de Junio, y este otro de Marco.

—Con razón los tenéis en tan despreciable lugar, que no merecen otro las traiciones, y más contra su rey y señor, aunque sea el monstruo Tarquinado.

—Decís bien —respondió Salastano—, pero no es ésa la razón principal por que los he arrojado en el suelo.

—Pues ¿cuál?, que será juiciosa.

—Porque ya no admiran. En otro tiempo, por singulares se podían guardar. Mas ya no suponen, no espantan ya; antes son niñería después que un cuchillo infame en la mano de un verdugo, mandado de la mal ajustada justicia, llegó a la real garganta. Pero no me atrevo yo a referir lo que ellos ejecutar; erizáronseles los cabellos a cuantos lo oyeron, oyen y oirán; único, no ejemplar, sino monstruo: sólo digo que ya los brutos se han quedado muy atrás.

—Algunas cosas tenéis aquí, señor Salastano, que no merecen estar entre las demás —dijo Critilo—. Mucha desigualdad hay; porque ¿de qué sirve aquel retorcido caracol que allí tenéis?, una alhaja tan vil que anda ya en bocas de villanos para recoger bestias. ¡Eh, sacadle de ahí, que no vale un caracol!

Aquí, suspirando, Salastano dijo:

—¡Oh tiempos, oh costumbres! Este mismo, ahora tan profanado, en aquel dorado siglo resonaba por todo el orbe en la boca de un Tritón pregonando las hazañas, llamando a ser personas y convocando los hombres a ser héroes. Mas si eso os parece civil reparo, quiero mostraros el prodigio que yo más estimo: hoy habéis de ver los bizarrísimos airones, los encrespados penachos de la misma fénix.

Aquí, sonriéndose todos:

—¿Qué otro ingenioso imposible es ése? —dijeron.

Pero Salastano:

—Ya sé que muchos la niegan y los más la dudan, y que no lo habéis de creer; mas yo quedaré satisfecho con mi verdad. Yo, también, a los principios la dudé, y más que en nuestro siglo la hubiese. Con esta curiosidad, no perdoné ni a diligencia ni a dinero. Y como éste dé alcance a cuanto hay, aun los mismos imposibles, haciendo reales los entes de razón, hallé que verdaderamente las hay y las ha habido: bien que raras y una sola en cada siglo. Y si no, decidme, ¿cuántos Alejandros Magnos ha habido en el mundo, cuántos Julios en tantos Agostos, qué Teodosios, qué Trajanos? En cada familia, si bien lo censuráis, no hallaréis sino una Fénix. Y si no, pregunto, ¿cuántos don Hernandos de Toledo ha habido, duques de Alba? ¿Cuántos Anas de Memoransi? ¿Cuántos Álvaros Bazanes, marqueses de Santa Cruz? Un solo marqués del Valle admiramos, un Gran Capitán, duque de Sessa, aplaudimos, un Vasco de Gama y un Alburquerque celebramos. Hasta de un nombre no oiréis dos famosos: sólo un don Manuel rey de Portugal; un solo Carlos Quinto y un Francisco Primero de Francia. En cada linaje no suele haber sino un hombre docto, un valiente y un rico; y éste yo lo creo, que las riquezas no envejecen. En cada siglo no se ha conocido sino un orador perfecto, confiesa el mismo Tulio, un filósofo, un gran poeta. Una sola Fénix ha habido en muchas provincias, como un Carlos en Borgoña, Castrioto en Chipre, Cosme en Florencia y don Alfonso el Magnánimo en Nápoles. Y aunque este nuestro siglo ha sido tan pobre de eminencias en la realidad, con todo esto, quiero ostentar las plumas de algunos inmortales fénix. Ésta es (y sacó una bellísimamente coronada) la pluma de la fama de la reina nuestra señora doña Isabel de Borbón, que siempre lo han sido las Isabeles en España, con excepción de la singularidad. Con esta otra voló a la esfera de la inmortalidad la más preciosa y más fecunda Margarita. Con éstas coronaban sus celadas el marqués Espinóla, Galaso, Picolomini, don Felipe de Silva y hoy el de Mortara. Con estas otras escribieron Baronio, Belarmino, Borbosa, Lugo y Diana y con ésta el marqués Virgilio Malveci.

Confesaron todos la enterísima verdad y convirtieron sus incredulidades en aplausos.

—Todo eso está bien —replicó Critilo—. Sólo una cosa yo no puedo acabar de creer, aunque muchos la afirman.

—¿Y qué es? —preguntó Salastano.

—No hay que tratar, que yo no la he de conceder: ¡Eh, que no es posible! Nos os canséis, que no lleva camino.

—¿Es acaso aquel pescadillo tan vil y tan sin jugo, sin sabor y sin ser, que en fe de su flaqueza ha detenido tantas veces los navios de alto bordo, las mismas capitanas reales, que iban viento en popa al puerto de su fama? Porque éste aquí le tengo yo acecinado.

—No es sino aquel prodigio de la mentira, aquel superlativo embeleco, aquel mayor imposible: el pelicano. Yo confieso que hay basilisco, yo creo el unicornio, yo celebro la fénix; yo paso por todo, pero el pelicano no le puedo tragar.

—Pues ¿en qué reparáis? ¿Por ventura, en el picarse el pecho, alimentando con sus entrañas los polluelos?

—No, por cierto, ya yo veo que es padre y que el amor obra tales excesos.

—¿Dudáis acaso en que, ahogados de la envidia, los resucite?

—Menos, que si la sangre hierve, obra milagros.

—Pues ¿en qué reparáis?

—Yo os lo diré, en que haya en el mundo quien no sea entremetido, que se halle uno que no guste de hablar, que no mienta, no murmure, no enrede, que viva sin embeleco: eso yo no lo he de creer.

—Pues advertid que ese pájaro solitario, en nuestros días lo vimos en el Retiro entre otras aladas maravillas.

—Si eso es así —dijo Critilo—, él dejó de ser ermitaño y se puso a entremetido.

—¿Qué arma tan extraordinaria es aquélla? —preguntó, como tan soldado, don Alonso.

—Estorea —respondió Salastano—, y fue de la reina de las amazonas, trofeos de Hércules, con el Balteo, que pudo entrar en docena.

—¿Y es preciso —replicó Mercado— creer que hubo amazonas?

—No sólo que las hubo, sino que las hay de hecho y en hechos. ¿Y qué, no lo es hoy la serenísima señora doña Ana de Austria, florida reina de Francia, así como lo fueron siempre todas las señoras infantas de España que coronaron de felicidades y de sucesión aquel reino? ¿Qué es sino una valerosa amazona la esclarecida reina Polona, Belona digo christiana, siempre al lado de

su valeroso Marte en las campañas? Y la excelentísima duquesa de Cardona, ¿no se portó muy como tal, encarcelada donde había sido virreina? Pero venerando, que no olvidando tantos plausibles prodigios, quiero que veáis otro género dellos tenidos por increíbles.

Y al mismo punto les fue mostrando con el dedo un hombre de bien en estos tiempos, un oidor sin manos, pero con palmas, y lo que más es, su mujer; un grande de España desempeñado, un príncipe en esta era dichoso, una reina fea, un príncipe oyendo verdades, un letrado pobre, un poeta rico, una persona real que murió sin que se dijese que de veneno, un español humilde, un francés grave y quieto, un alemán agudo (y juró Balboa era el Barón de Sabac), un privado no murmurado, un príncipe christiano en paz, un docto premiado, una viuda de Zaragoza flaca, un necio descontento, un casamiento sin mentiras, un indiano liberal, una mujer sin enredo, uno de Calatayud en el limbo, un portugués necio, un real de a ocho en Castilla, Francia pacífica, el septentrión sin herejes, el mar constante, la tierra igual, y el mundo mundo.

En medio de esta folla de maravillas, entró un otro criado que en aquel punto llegaba de muy lejos, y recibióle Salastano con extraordinarias demostraciones de gusto.

—Seas tan bien llegado como esperado. ¿Hallaste, dime, aquel portento tan dudado?

—Señor, sí.

—¿Y tú le viste?

—Y le hablé.

—¡Que tal preciosidad se halla en la tierra, que es verdad! Ahora digo, señores, que es nada cuanto habéis visto; ciegue el basilisco, retírese la fénix, enmudezca el pelicano.

Estaban tan atónitos cuan atentos los discretos huéspedes oyendo tales exageraciones, muy deseosos de saber cuál fuese el objeto de tan grande aplauso.

—Dinos presto lo que viste —instó Salastano—, no nos atormentes con suspensiones.

—Oíd, señores —comenzó el criado—, la más portentosa maravilla de cuantas habéis visto ni oído.

Pero lo que él les refirió diremos fielmente después de haber contado lo que le pasó a la Fortuna con los Bragados y Comados.

CRISI TERCERA

La cárcel de oro y calabozos de plata

Cuentan, y yo lo creo, que una vez, entre otras, tumultuaron los franceses y con la ligereza que suelen se presentaron delante de la Fortuna, tragando saliva y vomitando saña.

—¿Qué murmuráis de mí —dijo ella misma—, que me he vuelto española? Sed vosotros cuerdos, que nunca para mi rueda; por eso lo es; ni a vosotros os para cosa en las manos; todo se os rueda dellas. Será, sin duda, algún antojo (y por lo envidioso, de larga vista) de la felicidad de España.

—¡Oh madrastra nuestra —respondieron ellos— y madre de los españoles, cómo te sangras en salud! ¿Es posible que siendo la Francia la flor de los reinos por haber florecido siempre en todo lo bueno, desde el primer siglo hasta hoy, coronada de reyes santos, sabios y valerosos, silla un tiempo de los romanos pontífices, trono de la tetrarquía, teatro de las verdaderas hazañas, escuela de la sabiduría, engaste de la nobleza y centro de toda virtud, méritos todos dignos de los primeros favores y de inmortales premios: es posible que, dejándonos a nosotros con las flores, les des a los españoles los frutos? ¿Qué mucho hagamos extremos de sentimiento contigo, si tú con ellos haces excesos de favor? Dísteles las unas y las otras Indias, cuando a nosotros una Florida en el nombre, que en la realidad muy seca. Y como cuando tú comienzas a perseguir a unos y favorecer a otros, no paras hasta que apuras, has llegado a verificar con ellos los que antes se tenían por entes de quimera, haciendo plásticos los mismos imposibles, como son ríos de plata, montes de oro, golfos de perlas, bosques de aromas, islas de ámbares; y sobre todo, los has hecho señores de aquella verdadera cucaña donde los ríos son de miel, los peñascos de azúcar, los terrones de bizcochos: y con tantos y tan sabrosos dulces, dicen que es el Brasil un paraíso confitado. Todo para ellos y nada para nosotros. ¿Cómo se puede tolerar?

—¡No digo yo —exclamó la Fortuna— que vosotros sois unos ingratos, sobre necios! ¿Cómo que no os he dado las Indias, eso podéis negar con verdad? Indias os he dado y bien baratas, y aun de mogollón, como dicen, pues sin costaros nada. Y si no, decidme, ¿qué Indias para Francia como la misma España? Venid acá: lo que

los españoles ejecutan con los indios, ¿no lo desquitáis vosotros con los españoles? Si ellos los engañan con espejillos, cascabeles y alfileres, sacándoles con cuentas los tesoros sin cuento, vosotros con lo mismo, con peines, con estuchitos y con trompas de París, ¿no les volvéis a chupar a los españoles toda la plata y todo el oro? Y esto, sin gastos de flotas, sin disparar una bala, sin derramar una gota de sangre, sin labrar minas, sin penetrar abismos, sin despoblar vuestros reinos, sin atravesar mares. Anda y acaba de conocer esta certísima verdad y estimadme este favor. Creedme que los españoles son vuestros indios y aun más desatentos, pues que con sus flotas os traen a vuestras casas la plata ya acendrada y ya acuñada, quedándose ellos con el vellón cuando más trasquilados.

No pudieron negar esta verdad tan clara. Con todo eso, no parecían quedar satisfechos, antes andaban murmurando allá entre dientes.

—¿Qué es eso? —dijo la Fortuna—. Hablad claro, acabá, decí.

—Quisiéramos, madama, que ese favor fuera cumplido y que así como nos has dado el provecho, nos dieses también la honra, para que no trajésemos a casa la plata, sirviendo a los españoles con la vileza que sabemos y la esclavitud que callamos.

—¡Oh qué lindo —alzó la voz de la Fortuna—, bueno por mi vida! Mosiures, honra y doblones no caben en un saco. ¿No sabéis que allá, cuando se repartieron los bienes, a los españoles les cupo la honra, a los franceses el provecho, a los ingleses el gusto y a los italianos el mando?

Cuán incurable sea esta hidropesía del oro, intenta ponderar esta crisi después de haberse desempeñado de aquel plausible portento que el criado de Salastano, con gran gusto de todos, refirió desta suerte:

—Partí, señor, en virtud de un precepto, en busca de aquel raro Prodigio: el amigo verdadero. Fui preguntando por él a unos y a otros, y todos me respondían con más risa que palabras; a unos se les hacía nuevo, a otros inaudito, y a todos imposible:

—Amigo fiel y verdadero, ¿y cómo ha de ser, y en estos tiempos y en este país?

Mas lo extrañaban que el fénix.

—Amigos de la mesa, del coche, de la comedia, de la merienda, de la huelga, del paseo, el día de la boda, en la privanza y en la

prosperidad —me respondió Timón el de Luciano—: de ésos bien hallaréis hartos, y más cuando más hartos, que a la hora del comer son sabañones y a la de ayunar son callos.

—Amigos, mientras me duró el valimiento, bien tenía yo —dijo un caído—. No tenían número por muchos, ni agora por ninguno.

Pasé adelante, y díjome un discreto:

—¿Cómo es eso? ¿De modo que buscáis un otro yo? Ese misterio sólo en el cielo se halla.

—Yo he visto cerca de cien vendimias —me respondió uno, y diría verdad, porque parecía del buen tiempo—, y conque toda la vida he buscado un amigo verdadero, no he podido hallar sino medio, y ése a prueba.

—Allá en tiempo que rabiaban los reyes, digo, cuando se enojaban, oí contar —dijo una vieja— de un cierto Pilades y Orestes una cosa como ésa. Pero a fe, fijo, yo siempre lo he tenido más por conseja que por consejo.

—No os canséis en eso —me juró y votó un soldado español—, porque yo he rodeado y aun rodado todo el mundo, y siempre por tierras de mi rey, y con que he visto cosas bien raras, como los gigantes en la tierra del fuego, los pigmeos en el aire, las amazonas en el agua de su río, los que no tienen cabeza, que son muchos, y los de sólo un ojo y ése en el estómago, los de un solo pie a lo grullo sirviéndoles de tejado, los sátiros y los faunos, batuecos y chichimecos, sabandijas todas que caben en la gran monarquía española, yo no he topado ese gran prodigio que ahora oigo. Sola dejé de ver la isla Atlántida, por incógnita: podría ser que allí estuviese, como otras cien mil cosas buenas, que no se hallan.

—Que no está tan lejos como eso —le dije—, antes me aseguran le he de hallar dentro de España.

—Eso no creeré yo —replicó un crítico—, porque primeramente él no estará donde hincan el clavo por la cabeza, nunca cediendo al ajeno dictamen aun del más acertado amigo. Menos donde, de cuatro partes, las cinco son palabras: y amistad es obras, y obras son amores. Pues donde no se dejan falar, sino por serviles farautes, tampoco, que aun de sí mesmos no se dignan aquellos señores fidalgos. En tierra corta, donde todo es poca cosa, yo lo dudo: y hablemos quedo, no nos oigan, que harán punto de esto mismo.

Pues donde todo se va en flor, sin fruto, es cosa de risa y allí todos los hidalgos, aunque muchos, corren a lo de Guadalajara.

—¿Y en Cataluña?, señor mío —repliqué yo.

—Ahí aún podría ser, que los catalanes saben ser amigos de sus amigos.

—También son malos para enemigos.

—Bien se ve, piénsanlo mucho antes de comenzar una amistad, pero una vez confirmada, hasta las aras.

—¿Cómo puede ser eso —instó un forastero—, si allí se hereda la enemistad y llega más allá del caducar la venganza, siendo fruta de la tierra la bandolina?

—Y aun por eso —respondió—, que quien no tiene enemigos tampoco suele tener amigos.

Con estas noticias me fui empeñando la Cataluña adentro; corríla toda, que bien poco me faltaba, cuando me sentí atraer el corazón de los imanes de una agradable estancia, antigua casa, pero no caduca. Fuime entrando por ella, como Pedro por ésta, y notando a toda observación cuanto veía: que de las alhajas de una casa se colige el genio de su dueño. No encontré en toda ella ni con niños ni con mujeres; hombres, sí, y mucho, aunque no muchos, que a prueba me introdujeron allá; criados, pocos, que de los enemigos, los menos. Estaban cubiertas las paredes de retratos, en memoria de los ausentes, alternados con unos grandes espejos, y ninguno de cristal, por excusar toda quiebra; de acero, sí, y de plata, tan tersos y tan claros como fieles. Todas las ventanas, con sus cortinillas, no tanto defensivo contra el calor, cuanto contra las moscas, que aquí no se toleran ni enfadosos ni entremetidos. Penetramos al corazón de la casa, al último retrete, donde estaba un prodigio triplicado, un hombre compuesto de tres, digo tres que hacían uno, porque tenía tres cabezas, seis brazos y seis pies. Luego que me brujuleó, me dijo:

—¿Búscasme a mí o a ti mismo? ¿Vienes al uso de todos, que es buscarse a sí mismos cuando más parece que buscan un amigo? Y si no se advierte antes, se experimenta después que no los trae otro que su provecho o su honra o su deleite.

—¿Quién eres tú —le dije—, para saber si te busco?; aunque por lo raro ya podría.

—Yo soy —me respondió— el de tres uno, aquel otro yo, idea de la amistad, norma de cómo han de ser los amigos; yo soy el tan

nombrado Gerión. Tres somos y un solo corazón tenemos, que el que tiene amigos buenos y verdaderos, tantos entendimientos logra: Sabe por muchos, obra por todos, conoce y discurre con los entendimientos de todos, ve por tantos ojos, oye por tantos oídos, obra por tantas manos y diligencia con tantos pies; tantos pasos da en su conveniencia como dan todos los otros; mas entre todos, sólo un querer tenemos, que la amistad es un alma en muchos cuerpos.

El que no tiene amigos no tiene pies ni manos, manco vive, a ciegas camina. Y ¡ay del solo!, que si cayere no tendrá quien le ayude a levantar.

Luego que le oí, exclamé:

—¡Oh gran prodigio de la amistad verdadera, aquella gran felicidad de la vida, empleo digno de la edad varonil, ventaja única del ya hombre!: a ti te busco, criado soy de quien tan bien te estima cuan bien te conoce y hoy solicita tu correspondencia, porque dice que sin amigos del genio y del ingenio no vive un entendido, ni se logran las felicidades, que hasta el saber es nada si los demás no saben que tú sabes.

—Ahora digo —me respondió el Gerión— que es bueno para mi amigo Salastano. Buen gusto tiene en tenerlos, que lo demás es envidiarse los bienes con necia infelicidad. ¡Oh qué bien decía aquel grande amigo de sus amigos y que tan bien lo sabía ser, el duque de Nochera!: «No me habéis de preguntar qué quiero comer hoy, sino con quién», que del convivir se llamó convite.

Desta suerte fue celebrando las excelencias de la amistad, y a lo último:

—Quiero —dijo— que resgistres mis tesoros, que para los amigos siempre están patentes y aun ellos son los mayores.

Mostróme lo primero la granada de Dario, ponderando que los tesoros del sabio no son los rubíes ni los zafiros, sino los Zopiros.

—Mira bien esta sortija, que el amigo ha de venir como anillo en dedo: ni tan apretado que lastime, ni tan holgado que no ajuste, con riesgo de perderse. Atiende mucho a este diamante, no falso, sí al tope cuando conviene y aun haciendo punta, otras veces cuadrado y en almohada del consejo, con muchos fondos y quilates de fineza, tan firme que ni en el ayunque quiebra expuesto a los golpes de la fortuna, ni con las llamas de la cólera falta, ni con el

unto de la lisonja ni del soborno se ablanda: sólo el veneno de la sospecha le puede hacer mella.

Fue haciendo erudito alarde de preciosísimos símbolos de la amistad. A lo último, sacó una bugetilla de olor que despedía confortativa fragancia; y cuando yo creí ser alguna quinta esencia de ámbar realzado del almizcle, me dijo:

—No es sino de un rancio néctar de un vino, aunque viejo más jubilante que jubilado; bueno para amigo, que conforte el corazón, que le alivie y le alegre y juntamente sane las morales llagas.

Entregóme al despedirme esta lámina preciosa con este su retrato dedicado a la amigable fineza.

Miráronle todos con admiración y aun repararon en que aquellos rostros eran sus verdaderos retratos, ocasión de quedar declarada y confirmada la amistad entre todos muy a la enseñanza del Gerión: feliz empleo de la varonil edad.

Despidiéronse ya, sin partirse, los soldados para sus alojamientos, que en esta vida no hay cosa propia. Nuestros dos peregrinos del mundo, no pudiendo hacer alto en el viaje de vivir, salieron a proseguirle por la Francia.

Vencieron las asperezas del hipócrita Pirineo, desmentidor de su nombre a tanta nieve, donde muy temprano el invierno tiende sus blancas sábanas y se acuesta. Admiraron con observación aquellas gigantes murallas con que la atenta naturaleza afectó dividir estas dos primeras provincias de la Europa, a España de la Francia, fortificando la una contra la otra con murallas de rigores, dejándolas tan distantes en lo político cuando tan confinantes en lo material. Y ahora conocieron con cuánto fundamento de verdad aquel otro cosmógrafo había delineado en un mapa estas dos provincias en los dos extremos del orbe; caso bien reído de todos: de unos, por no entendido, y de otros por aplaudido. Al mismo punto que metieron el pie en Francia conocieron sensiblemente la diferencia en todo, en el temple, clima, aire, cielo y tierra, pero mucho más la total oposición de sus moradores en genios, ingenios, costumbres, inclinaciones, naturales, lengua y trajes.

—¿Qué te ha parecido de España? —dijo Andrenio—. Murmuremos un rato della aquí donde no nos oyen.

—Y aunque nos oyeran —ponderó Critilo—, son tan galantes los españoles, que no hicieran crimen de nuestra civilidad. No son

tan sospechosos como los franceses; más generosos corazones tienen.

—Pues, dime, ¿qué concepto has hecho de España?

—No malo.

—¿Luego bueno?

—Tampoco.

—Según eso, ¿ni bueno ni malo?

—No digo eso.

—¿Pues qué?

—Agridulce.

—¿No te parece muy seca, y que de ahí les viene a los españoles aquella su sequedad de condición y melancólica gravedad?

—Sí, pero también es sazonada en sus frutos y todas sus cosas son muy substanciales. De tres cosas dicen se han de guardar mucho en ella, y más los extranjeros.

—¿De tres solas? ¿Y qué son?

—De sus vinos, que dementan; de sus soles, que abrasan; y de sus femeniles lunas, que enloquecen.

—¿No te parece que es muy montuosa, y aun por eso poco fértil?

—Así es, pero muy sana y templada; que si fuera llana, los veranos fuera inhabitable.

—Está muy despoblada.

—También vale uno de ella por ciento de otras naciones.

—Es poco amena.

—No la faltan vegas muy deliciosas.

—Está aislada entre ambos mares.

—También está defendida y coronada de capaces puertos y muy regalada de pescados.

—Parece que está muy apartada del comercio de las demás provincias y al cabo del mundo.

—Aún había de estarlo más, pues todos la buscan y la chupan lo mejor que tiene: sus generosos vinos Inglaterra, sus finas lanas Holanda, su vidrio Venecia, su azafrán Alemania, sus sedas Nápoles, sus azúcares Génova, sus caballos Francia, y sus patacones todo el mundo.

—Dime, y de sus naturales ¿qué juicio has hecho?

—Ahí hay más que decir, que tienen tales virtudes como si no tuviesen vicios, y tienen tales vicios como si no tuviesen tan relevantes virtudes.

—No me puedes negar que son los españoles muy bizarros. —Sí, pero de ahí les nace el ser altivos. Son muy juiciosos, no tan ingeniosos. Son valientes, pero tardos; son leones, mas con cuartana. Muy generosos, y aun perdidos, parcos en el comer y sobrios en el beber, pero superfluos en el vestir. Abrazan todos los extranjeros, pero no estiman los propios. No son muy crecidos de cuerpo, pero de grande ánimo. Son poco apasionados por su patria, y trasplantados son mejores; son muy allegados a la sazón, pero arrimados a su dictamen. No son muy devotos, pero tenaces de su religión. Y absolutamente es la primer nación de Europa: odiada, porque envidiada.

Más dijeran si no les interrumpiera su vulgar murmuración un otro pasajero, que con serlo y tan de priesa, tomaba muy de veras el vivir. Veníase encaminando hacia ellos. Y Critilo:

—Éste —dijo— es el primer francés que topamos. Notemos bien su genio, su hablar y su proceder, para saber cómo nos habemos de portar con los otros.

—¿Pues qué, visto uno, estarán vistos todos?

—Sí, que hay genio común en las naciones, y más en ésta. Y la primera treta del trato es no vivir en Roma a lo húngaro, como algunos, que en todas partes viven al revés.

La primera pregunta que el francés les hizo, aun antes de saludarlos, viendo que iban de España, fue si había llegado la flota. Respondiéronle que sí, y muy rica. Y cuando creyeron se había de desazonar mucho con la nueva, fue tan al contrario que comenzó a dar saltos de placer, haciéndose son a sí mismo. Admirado Andrenio, le preguntó:

—Pues, ¿de eso te alegras tú, siendo francés?

Y él:

—¿Por qué no, cuando las más remotas naciones la festejan?

—¿Pues de qué provecho le es a Francia que enriquezca España y se le aumente su potencia?

—¡Oh, qué bueno está eso! —dijo el mosiur—. ¿No sabéis vosotros que un año que no vino la flota por cierto incidente, no le

pudieran hacer guerra al Rey Católico ninguno de sus enemigos? Y ahora frescamente, cuando se ha alterado algo la plata del Pirú, ¿no se han turbado todos los príncipes de Europa, y todos sus reinos con ellos? Creedme que los españoles brindan flotas de oro y plata a la sed de todo el mundo. Y pues venís de España, muchos doblones trairéis.

—No, por cierto —respondió Critilo—, de lo que menos nos habemos curado.

—¡Pobres de vosotros, qué perdidos venís! —exclamó el francés—. Basta que aun no sabéis vivir con ir tan adelante, que hay muchos que aun a la vejez no han comenzado a vivir. ¿No sabéis que el hombre da principio a la vida por el deleite cuando mozo, pasa al provecho ya hombre, y acaba viejo por la honra?

—Venimos —le dijeron— en busca de una reina que si por gran dicha nuestra la topamos, nos han asegurado que con ella hallaremos cuanto bien se puede desear. Y aun decía uno que todos los bienes le habían entrado a la par con ella.

—¿Cómo decís que se nombra?

—Sí, que bien nombrada es: la plausible Sofisbella.

—Ya sé quién decís. Ésa, en otro tiempo, bien estimada era en todo el mundo por su mucha discreción y prendas; mas ya, por pobre, no hay quien haga caso ni casa della: en viéndola sin dote en oro y plata, muchos la tienen por necia y todos por infeliz. Es cosa de cuento todo lo que no es de cuenta. Entended una cosa, que no hay otro saber como el tener, y el que tiene es sabio, es galán, valiente, noble, discreto y poderoso: es príncipe, es rey y será cuanto él quisiere. Lástima me hacéis de veros tan hombres y tan poco personas. Ora venid conmigo, echaremos por el atajo del valer, que aún tendréis remedio.

—¿Dónde nos piensas llevar?

—Donde halléis, hombres, lo que mozos desperdiciastes. ¡Cómo se echa de ver que no sabéis vosotros en qué siglo vivís! Vamos andando, que yo os lo diré.

Y preguntó:

—¿En cuál pensáis vivir?, ¿en el del oro o en el del lodo?

—Yo diría —respondió Critilo— que en el de hierro: con tantos, todo anda errado en el mundo y todo al revés; si ya no es el de bronce, que es peor, con tanto cañón y bombarda, todo ardiendo en

guerras; no se oye otro que sitios, asaltos, batallas, degüellos, que hasta las mismas entrañas parece se han vuelto de bronce.

—No faltará quien diga —respondió Andrenio— que es el siglo de cobre, y no de pague. Mas yo digo que el de lodo cuando todo lo veo puesto dél: tanta inmundicia de costumbres, todo lo bueno por tierra, la virtud dio en el suelo con su letrero *¡Aquí yace!*, la basura a caballo, los muladares dorados, y al cabo al cabo, todo hombre es barro.

—No decís cosa —replicó el francés—. Asegúroos que no es sino el siglo de oro.

—¡Mira, quién tal creyera!

—Sólo el oro es el estimado, el buscado, el adorado y querido. No se hace caso de otro, todo va a parar en él y por él; y así dice bien, cuando más mal, aquel público maldiciente: *Tuti tiramo a questo diavolo di argento.*

Relucía ya, de muy lejos, uno como palacio grande, pero no magnífico, y tan lindo como un oro. Reparó luego Andrenio y dijo:

—¡Qué rica cosa y casa! Parece una ascua de oro: así luce y así quema.

—¿Qué mucho, si lo es? —respondió el mosiur, bailando de contento, que como al dar llaman ellos bailar siempre andan bailando.

—¿Todo el palacio es de oro? —preguntó Critilo.

—Todo, desde el plinto hasta la cima, por dentro y fuera, y cuanto hay en él todo es oro y todo plata.

—Muy sospechoso se me hace —dijo Critilo—, que la riqueza es gran comadre del vicio, y aun se dice vive mal con él. Pero, ¿de dónde han podido juntar tanto oro y tanta plata?, que parece imposible.

—¿Cómo de dónde? Pues si España no hubiera tenido los desaguaderos de Flandes, las sangrías de Italia, los sumideros de Francia, la sanguisuelas de Génova, ¿no estuvieran hoy todas sus ciudades enladrilladas de oro y muradas de plata? ¿Qué duda hay en eso? A más de que el poderoso dueño que en este palacio mora tiene tal virtud, no sé yo si dada del cielo o tomada de la tierra, que todo cuanto toca, si con la mano izquierda, lo convierte en plata, y si con la derecha en oro.

—¡Eh, mosiur! —dijo Critilo—, que ésa fue una novela, tan antigua como necia, de cierto rey llamado Midas, tan sin medida ni casa en su codicia que al cabo, como suelen todos los ricos, murió de hambre, si enfermó de ahito.

—¿Cómo que es fábula? —dijo el francés—. No es sino verdad tan cierta como platicada hoy en el mundo. ¿Pues que, es nuevo convertir un hombre en oro cuanto toca? Con un palmada que da un letrado en un Bártulo, cuyo eco resuena allá en el bartolómico del pleiteante, ¿no hace saltar los ciento y los docientos al punto, y no de la dificultad? Advertid que jamás da palmada en vacío y aunque estudia en Baldo, no es de balde su ciencia. Un médico, pulsando, ¿no se hace él de oro, y a los otros de tierra? ¿Hay vara de virtudes como la del alguacil, y la pluma del escribano, y más de un secretario, que por encantado que esté el tesoro, por más guardado, lo sacan bajo tierra? Las vanas Venus de la belleza, cuando más tocadas y prendidas, ¿no convierten en oro la inmundicia de su torpeza? Hombre hay que con sola una pulgarada que da convierte en el oro más pesado el hierro mal pesado. Al tocar de las cejas, ¿no anda la milicia más a la rebatiña que al rebato? Las pulgaradas del mercader, ¿no convierten en oro la seda y la holanda? Creedme que hay muchos Midas en el mundo; así los llama él cuando más desmedidos andan, que todo se ha de entender al contrario. El interés es el rey de los vicios, a quien todos sirven y le obedecen. Y así, no os admiréis que yo diga que el príncipe que allí vive convierte en oro cuanto toca; y una de las causas por que yo voy allá es para que me toque también y me haga de oro.

—Mosiur —instó Andrenio—, ¿cómo puede vivir de ese modo?

—Muy bien.

—Pues, dime, ¿no se le convierte en oro el manjar así como le toca?

—Buen remedio calzarse unos buenos guantes, que muchos hoy comen de ellos y con ellos.

—Sí, pero en llegando a la boca el manjar, en comenzándole a mascar, ¿no se le ha de volver todo oro, sin poderlo tragar?

—¡Oh qué mal discurres! —dijo el francés—. Ese melindre fue allá en otro tiempo; no se embarazan tanto ya las gentes. Ya se ha hallado traza como hacer el oro potable y comestible, ya dél se confecionan bebidas que confortan el corazón y alegran grandemente; ni falta quien ha inventado el hacer caldo de

doblones, y dicen es tan substancial que basta a resucitar un muerto: que eso de alargar la vida es niñería. Demás de que hoy viven millares de miserables de no querer comer: todo lo que no comen ni beben ni visten, dicen que lo convierten en oro; ahorran porque no se aforran, mátense de hambre a sí y a sus familias, y de matarse viven.

Con esto, se fueron acercando y descubrieron a las puertas muchas guardas que, a más de estar armadas todas con espaldares castellanos contra los petos gallegos, eran inexorables que no dejaban llegar a ninguno ni de cien leguas; y si alguno porfiaba en querer entrar, arrojábanle un *¡no!* salido de una cara de hierro, que no hay bala que así atraviese y deje sin habla al más osado.

—¿Cómo haremos para entrar? —dijo Andrenio—; que cada guarda de éstas parece un Nerón sincopado, y aun más cruel.

—No os embarace eso —dijo el francés—, que esta guarda sólo guarda de la juventud; no dejan entrar los mozos.

Y asi era, que por ningún caso los dejaban entrar en la hacienda: a todos se les vinculaban hasta ser hombres, pero de treinta años arriba las franqueaban a todo hombre, si ya no fuese algún jugador, descuidado, gastador o castellano, gente toda de la cofadría del hijo pródigo. Mas a los viejos, a los franceses y catalanes, puerta franca y aun les convidaban con el manejo. Con esto, viéndolos ya tan hombres y tan a la francesa, sin dificultad alguna los dejaron pasar. Pero luego hubo otro tope, y mayor: que a más de ser las puertas de bronce y más duras que las entrañas de un rico, de un cómitre, de una madrastra, de un genovés, que es más que todo, estaban cerradas y muy atrancadas con barras catalanas y condados vizcaínos. Y aunque llegaban unos y otros a llamar, nadie respondía, ni a propósito mucho menos correspondía.

—Mira —decía uno— que soy tu pariente.

Y respondía el de adentro:

—Más quiero mis dientes que mis parientes. Cuando yo era pobre no tenía parientes ni conocidos, que quien no tiene sangre no tiene consanguíneos, y ahora me nacen como hongos y se pegan como lapa.

—¿No me conoces que soy tu amigo? —gritaba otro.

Y respondíanle:

—En tiempo de higos, higas.

Con mucha cortesía rogaba un gentilhombre, y respondía un villano:

—Ahora que tengo, todos me dicen: «Norabuena estéis, Pedro.» —¿Pues a tu padre? —decía un buen viejo.

Y el hijo respondía:

—En esta casa no se tiene ley con nadie.

Al contrario, rogaba a su padre un hijo le dejase entrar, y él respondía:

—Eso no, mientras yo viva.

Ninguno se ahorraba con el otro, ni hermanos con hermanos, ni padres con hijos; pues ¡qué sería suegras con nueras! Oyendo esto, desconfiaron de todo punto de poder entrar. Trataban de tomarse la honra, si no el provecho, cuando el francés les dijo:

—¡Qué presto desmayáis! ¿No entraron los que están dentro?

Pues no nos faltará traza a nosotros. Dinero no falte y trampa adelante.

Mostróle una valiente maza que estaba pendiente de una dorada cencerra:

—Miradla bien —dijo—, que en ella consiste nuestro remedio. ¿Cúya pensáis que es?

—Si fuera de hierro y con sus puntas aceradas —dijo Critilo—, aun creyera yo era la clava de Hércules.

—¿Cómo de Hércules? —dijo el francés—. Fue juguete aquélla, fue un melindre respecto désta, y todo cuanto el entenado de Juno obró con ella fue niñería.

—¿Cómo hablas así, monsiur, de una tan famosa y tan celebrada clava?

—Dígote que no valió un clavo respeto désta, ni supo Hércules lo que se hizo, ni supo vivir, ni entendió el modo de hacer la guerra.

—¿Cómo no, si con aquélla triunfó de todos los monstruos del mundo, con ser tantos?

—Pues con ésta se vencen los mismos imposibles. Creedme que es mucho más ejecutiva, y sería nunca acabar querer yo relataros los portentos de dificultades que se han allanado con ésta.

—Será encantada —dijo Andrenio—, no es posible otra cosa, obra grande de algún poderoso nigromántico.

—Que no está encantada —dijo el francés—, aunque sí hechiza a todos. Más os digo, que aquélla sólo en la diestra de Hércules valía algo; mas ésta en cualquier mano, aunque sea en la de un enano, de una mujer, de un niño, obra prodigios.

—¡Eh, mosiur —dijo Andrenio—, no tanto encarecimiento! ¿Cómo puede ser eso?

—¿Cómo? Yo os lo diré: porque es toda ella de oro macizo, aquel poderoso metal que todo lo riñe y todo lo rinde. ¿Qué, pensáis vosotros que los reyes hacen la guerra con el bronce de las bombardas, con el hierro de los mosquetes y con el plomo de las balas? Que no, por cierto, sino con *dinari, y dinarie più dinari.* Mal año para la tizona del Cid y para la encantada de Roldán, respeto de una maza preñada de doblones. Y porque lo veáis, aguarda.

Descolgóla y pegó con ella en las puertas un ligerísimo golpecillo, pero tan eficaz, que al punto se abrieron de par en par, quedando atónitos ambos peregrinos y blasonando del mosiur:

—¡Aunque fueran las de la torre de Dánae! Pero son de Dame, que es más.

Cuando todo estuvo llano, ya no lo estaba la voluntad de Critilo; antes, dudaba mucho en entrar, porque dudaba el poder salir. Hallaba como prudente grandes dificultades, mas al retintín de un dinero que oyó contar, que por eso se llamó moneda *a monendo,* porque todo lo persuade y recaba y a todos convence, se dejó vencer: atrájole el reclamo del oro y de la plata, que no hay armonía de Orfeo que así arrebate. En estando dentro, se volvieron a cerrar las puertas con otror tantos cerrojos de diamante. Mas ¡oh espectáculo tan raro como increíble!, donde creyeron hallar un palacio, centro de libertades, hallaron una cárcel, llena de prisiones, pues a cuantos entraban los aherrojaban, y es lo bueno que a título de hacerles muchos favores. Estaban persuadiendo a una hermosa mujer que la enriquecían y engalanaban, y echábanla al cuello una cadena de una esclavitud de por vida y aun por muerte, la argolla de rico collar, las esposas de unos preciosos brazaletes, que paran en ajorcas, el apretador de sus obligaciones, el esmaltado lazo de un ñudo ciego, la gargantilla de un ahogo: ello fue casa y miento, y cárcel verdadera. Echáronle a un cortesano unos pesados grillos de oro que no le dejaban mover, y persuadíanle que podía cuanto quería. Los que imaginaron salones, eran calabozos poblados de cautivos voluntarios, y todos ellos cargados de prisiones, argollas y

cadenas de oro, pero todos tan contentos como engañados. Toparon entre otros un cierto sujeto rodeado de gatos, poniendo toda su fruición en oírlos maullar.

—¿Hay tan mal gusto en el mundo como el tuyo? —dijo Andrenio—. ¿No fueran mejores algunos pajarillos enjaulados que con sus dulces cantos te aliviaran las prisiones? ¿Pero gatos, y vivos, y que gustes de oír sus enfadosos maullidos, que a todos los demás atormentan?

—Quita, que no lo entiendes —respondió él—. Para mí es la más regalada música de cuantas hay, éstas las voces más dulces y más suaves del mundo: ¿qué tienen que ver los gorjeos del pintado jilguerillo, los quiebros del canario, las melodías del dulce ruiseñor, con los maullidos de un gato? Cada vez que los oigo, se regocija mi corazón y se albozora mi espíritu. Mal año para Orfeo y su lira, para el gustoso Correa y su destreza. ¿Qué tiene que ver toda la armonía de los instrumentos músicos con el maullido de mis gatos?

—Si fueran muertos —replicó Andrenio—, aun me tentara, ¡pero vivos!

—Sí, vivos, y después muertos; y vuelvo a decir que no hay más regalada voz en cuantas hay.

—Pues, dinos, ¿qué hallas de suavidad en ella?

—¿Qué? Aquel decir *mío, mío y* todo es *mío y* siempre *mío* y nada para vos; ésa es la voz más dulce para mí de cuantas hay.

Hallaron cosas a este tono bien notables. Mostráronles algunos, y aun los más, que se decía no tener corazones ni entrañas, no sólo para con los otros, pero ni aun para consigo mismos; y con todo eso vivían.

—¿Cómo se sabe? —preguntó Andrenio— que estén descorazonados?

—Muy bien —le respondieron—, en no dar fruto alguno; a más de que buscándoseles a algunos, se les han hallado enterrados en sepulcros de oro y amortajados en sus talegos.

—¡Desdichada suerte —exclamó Critilo— la de un avaro, que nadie se alegra con su vida ni se entristece en su muerte! Todos bailan en ella al son de las campanas: la viuda rica con un ojo llora y con el otro repica; la hija, desmintiendo sus ojos hechos fuentes, dice: «Río de las lágrimas que lloro»; el hijo, porque hereda, el pariente, porque se va acercando a la herencia, el criado, por la

manda y por lo que se desmanda, el médico, por su paga y no por su pago, el sacristán, porque dobla, el mercader, porque vende sus bayetas, el oficial, porque las cose, el pobre, porque las arrastra. Miserable suerte la del miserable: mal si vive y peor si muere.

En un gran salón vieron un grande personaje; quedaron espantados de cosa tan nueva y tan extraña en semejantes puestos.

—¿Qué hace aquí este señor? —preguntó Critilo a uno de sus enemigos, no excusados.

Y él:

—¿Qué? Adorar.

—¿Pues qué, es gentil?

—Lo que menos tiene es de gentil y de hombre.

—¿Pues qué adora?

—Dora y adora una arca.

—¿Qué, sería judío?

—En la condición ya podría, pero en la sangre no, que es muy noble, de los ricos hombres de España.

—Y con todo eso, ¿no es hidalgo?

—Antes, porque no lo es, es hombre rico.

—¿Qué arca es ésta que adora?

—La de su testamento.

—¿Y es de oro?

—Dentro sí, mas por fuera de hierro, pues no sabe qué, ni por qué, ni para qué, ni para quién.

Aquí vieron ejecutada aquella exagerada crueldad que cuentan de las víboras (cómo la hembra al concebir corta la cabeza al macho, y después los hijuelos vengan la muerte de su padre agujereándola el vientre y rasgándola las entrañas por salir y campear), cuando vieron que la mujer, por quedar rica y desahogada, ahoga al marido; luego el heredero, pareciéndole vive sobrado la madre y él no vive sobrado, la mata a pesares; a él, por heredarle su otro hermano segundo le despacha. De suerte que unos a otros como víboras crueles se emponzoñan y se matan. El hijo procura la muerte del padre y de la madre, pareciéndole que viven mucho y que él se hará *senior* antes de llegar a ser señor; el padre teme al hijo, y cuando todos festejan el nacimiento del heredero, él enluta su corazón,

temiéndole como a su más cercano enemigo; pero el abuelo se alegra y dice: «¡Seáis bien venido, oh, enemigo de mi enemigo!»

Fueles materia de risa, entre las muchachas de pena, lo que le aconteció a uno destos guardadores: que un ladrón de otro ladrón, que hay ladrones de ladrones, con tal sutileza le engañó, que le persuadió se robase a si mismo; de modo que le ayudó a quitarse cuanto tenía; él mismo llevó a cuestas toda la ropa, el oro y plata de su casa, transportándola y escondiéndola donde jamás la vio ni la gozó. Lamentábase después doblando el sentimiento de ver que él había sido el ladrón de sí mismo, el robador y el robado.

—¡Oh lo que puede el interés! —ponderaba Critilo—; que le persuada a un desdichado que él se robe, que esconda su dinero, que atesore para ingratos, jugadores y perdidos, y que él ni coma ni beba, ni vista, ni duerma, ni descanse, ni goce de su hacienda ni de su vida: ladrón de sí mismo, merece muy bien los ciento, contados al revés, y que le destierre el discreto Horacio a par de un Tántalo necio.

Habían dado una vuelta entera a todo aquel palacio de calabozos sin haber podido descubrir el coronado necio, su dueño, cuando a lo último, imaginándole en algún salón dorado ocupando rico trono a toda majestad, vestido de brocados rozagantes, con su ropón imperial, le hallaron muy al contrario metido en el más estrecho calabozo, que aun luz no gastaba por no gastar ni aun de día, por no ser visto para dar ni prestar. Con todo, brujulearon su mala catadura, cara de pocos amigos y menos parientes, aborreciendo por igual deudos y deudas, la barba crecidamente descompuesta, que aun el regalo de quitársela se envidiaba; mostraba unas grandes ojeras de rico trasnochado. Siendo tan horrible en su aspecto, nada se ayudaba con el vestido, que de viejo la mitad era ido y la otra se iba aborreciendo todo lo que cuesta. Estaba solo quien de nadie se fiaba, y todos le dejaban estar, rodeado de gatos con almas de doblones, propias de desalmados, que aun muertos no olvidan las mañas del agarro. Parecía en lo crudo un Radamanto.

Así como entraron, con que a nadie puede ver, fue a abrazarlos, que los quisiera de oro, mas ellos, temiendo tanta preciosidad, se retiraron buscando ya por dónde salir de aquella dorada cárcel, palacio de Plutón, que toda casa de avaro es infierno en lo penoso y limbo en lo necio. Con este deseo, apelándose al desengaño de todo

vicio, en especial de la tiranía codiciosa, buscaban a toda priesa por dónde escapar. Mas como en casa de desdichado se tropieza con los azares yendo en fuga cayeron en una disimulada trampa cubierta con las limaduras de oro de la misma cadena, tan apretado lazo, que cuanto más forcejeaban por librarse más le añudaban. Lamentaba Critilo su inconsiderada ceguera, suspiraba Andrenio su mal vendida libertad. Cómo la consiguieron, contará la otra crisi.

CRISI CUARTA

El museo del Discreto

Solicitaba un entendido por todo un ciudadano emporio, y aun dicen Corte, una casa que fuese de personas; mas en vano, porque aunque entró en muchas curioso, de todas salió desagradado, por hallarlas cuanto más llenas de ricas alhajas tanto más vacías de las preciosas virtudes. Guióle ya su dicha a entrar en una, y aun única; y al punto, volviéndose a sus discretos, les dijo;

—Ya estamos entre personas: esta casa huele a hombres.

—¿En qué lo conoces? —le preguntaron.

Y él:

—¿No veis aquellos vestigios de discreción?

Y mostróles algunos libros que estaban a mano:

—Éstas —ponderaba— son las preciosas alhajas de los entendidos. ¿Qué jardín del Abril, qué Aranjuez del Mayo como una librería selecta? ¿Qué convite más delicioso para el gusto de un discreto como un culto museo donde se recrea el entendimiento, se enriquece la memoria, se alimenta la voluntad, se dilata el corazón y el espíritu se satisface? No hay lisonja, no hay fullería para un ingenio, como un libro nuevo cada día. Las pirámides de Egipto ya acabaron, las torres de Babilonia cayeron, el romano coliseo pereció, los palacios dorados de Nerón caducaron, todos los milagros del mundo desaparecieron, y solos permanecen los inmortales escritos de los sabios que entonces florecieron y los insignes varones que celebraron. ¡Oh! gran gusto el leer, empleo de personas que si no las halla, las hace. Poco vale la riqueza sin la sabiduría, y de ordinario andan reñidas; los que más tienen menos saben, y los que más saben menos tienen, que siempre conduce la ignorancia borregos con vellocino de oro.

Esto les estaba ponderando, ya para consuelo, ya para enseñanza, a los dos presos en la cárcel del interés, en el brete de su codicia, un hombre, y aun más, pues en vez de brazos, batía alas, tan volantes que se remontaba a las estrellas y en un instante se hallaba donde quería. Fue cosa notable que cuando a otros, en llegando, les amarraban fuertemente, sin dejarles libertad ni para dar un paso, cargándoles de grillos y de cadenas, a éste al punto que llegó le

jubilaron de una que al pie arrastraba y le apesgaba de modo que no le permitía echar un vuelo. Admirado Andrenio, le dijo:

—Hombre o prodigio, ¿quién eres?

Y él prontamente:

—Ayer nada, hoy poco más, y mañana menos.

—¿Cómo menos?

—Sí, que a veces más valiera no haber sido.

—¿De dónde vienes?

—De la nada.

—¿Y dónde vas?

—Al todo.

—¿Cómo vienes tan solo?

—Aun la mitad me sobra.

—Ahora digo que eres sabio.

—Sabio, no; deseoso de saber, sí.

—¿Pues con qué ocasión viniste acá?

—Vino a tomar el vuelo, que pudiendo levantarme a las más altas regiones en alas de mi ingenio, la envidiosa pobreza me tenía apesgado.

—Según eso, ¿no piensas en quedarte aquí?

—De ningún modo, que no se permuta bien un adarme de libertad por todo el oro del mundo; antes, en tomando lo preciso de lo precioso, volaré.

—¿Y podrás?

—Siempre que quiera.

—¿Podríasnos librar a nosotros?

—Todo es que queráis.

—¡Pues no habíamos de querer!

—No sé, que es tal el encanto de los mortales, que están con gusto en sus cárceles y muy hallados cuando más perdidos. Ésta, con ser un encanto, es la que más aprisionados les tiene, porque más apasionados.

—¿Cómo es eso de encanto? —dijo Andrenio—. Pues ¿no es éste que vemos tesoro verdadero?

—De ningún modo, sino fantástico.

—Éste que reluce, ¿no es oro?

—Dígole lodo.

—¿Y tanta riqueza?

—Vileza.

—¿Éstos no son montones de reales?

—No hay una realidad en todos ellos.

—Pues estos que tocamos ¿no son doblones?

—Sí, en lo doblado.

—¿Y tanto aparador?

—No es sino parador, pues al cabo para en nada. Y porque os desengañéis que todo esto es apariencia, advertid que en boqueando cualquiere, el más rico, el más poderoso, en nombrando «¡Cielo!», en diciendo «¡Dios, valme!», al mismo punto desaparece todo y se convierte en carbones y aun cenizas.

Así fue, que en diciendo uno «¡Jesús!», dando la última boqueada, se desvaneció toda su pompa, como si fuera sueño, tanto, que despertando los varones de las riquezas y mirándose a las manos, las hallaron vacias: todo paró en sombra y en asombro. Y fue un espectáculo bien horrible ver que los que antes eran estimados por reyes, ahora fueron reídos; los monarcas arrastrando púrpuras, las reinas y las damas rozando galas, los señores recamados, todos se quedaron en blanco, y no por haber dado en él; no ya ocupaban tronos de marfil, sino tumbas de luto; de sus joyas sólo quedó el eco en hoyas y sepulcros, las sedas y damascos fueron ascos, las piedras finas se trocaron en losas frías, las sartas de perlas en lágrimas, los cabellos tan rizados ya erizados, los olores hedores, los perfumes humos. Todo aquel encanto paró en canto y en responso, y los ecos de la vida en huecos de la muerte, las alegrías fueron pésames, porque no les pesa más la herencia a los que quedan; y toda aquella máquina de viento, en un cerrar y abrir de ojos se resolvió en nada.

Quedaron nuestros dos peregrinos más vivos cuando más muertos, pues desengañados. Preguntáronle a su remediador alado dónde estaban, y él les dijo que muy hallados, pues en sí mismos. Propúsoles si les querían seguir al palacio de la discreta Sofisbella, donde él iba y donde hallarían la perfecta libertad. Ellos, que no deseaban otro, le rogaron que pues había sido su libertador, les fuese guía. Preguntáronle si conocía aquella sabia reina.

—Luego que me vi con alas —respondió—, y vamos caminando, determiné ser suyo. Son pocos los que la buscaban y menos los que la hallaban. Discurrí por todas las más celebres Universidades sin poder descubrirla, que aunque muchos son sabios en latín, suelen ser grandes necios en romance. Pasé por las casas de algunos que el vulgo llama letrados, pero como me veían sin dinero decíanme leyes; hablé con muchos tenidos por sabios, mas entre muchos doctores no hallé un docto. Finalmente conocí que iba perdido y me desengañé que de sabiduría y de bondad no hay sino la mitad de la mitad, y aun de todo lo bueno. Mas como voy volando por todas partes, he descubierto un palacio fabricado de cristales, bañado de resplandores, cambiando luces. Si en alguna estancia se ha de hallar esta gran reina, ha de ser en este centro, porque ya acabó la docta Atenas y pereció la culta Corinto.

Oyóse en esto una confusa vocería, vulgar aplauso de una insolente turba que asomaba. Pararon al punto y repararon en un chabacano monstruo que venía atrancando sendas, seguido de innumerable turba: extraña catadura, la primera metad de hombre y la otra de serpiente; de modo que de medio arriba miraba al cielo y de medio abajo iba rastrando por tierra. Conocióle luego el varón alado y previno a sus camaradas le dejasen pasar sin hacer caso ni preguntar cosa. Mas Andrenio no pudo contenerse que no preguntase a uno del gran séquito quién era aquel serpihombre.

—¿Quién ha de ser —le respondió— sino quien sabe más que las culebras? Éste es el sabio de todos, el milagro del vulgo, y éste es el pozo de ciencia.

—Tú te engañas y le engañas —replicó el alado—, que no es sino uno que sabe al uso del mundo; que todo su saber es estulticia del cielo. Éste es de aquellos que saben para todos y no para sí, pues siempre andan arrastrados; éste es el que habla más y sabe menos, y éste es el necio que sabe todas las cosas mal sabidas.

—¿Y dónde os lleva? —preguntó Andrenio.

—¿Dónde? A ser sabios de fortuna.

Extrañó mucho el término y replicóle:

—¿Qué cosa es ser sabio de ventura?

—Uno que sin haber estudiado es tenido por docto, sin cansarse es sabio, sin haberse quemado las cejas trae barba autorizada, sin haber sacudido el polvo a los libros levanta polvaredas, sin haberse

desvelado es muy lucido, sin haber trasnochado ni madrugado ha cobrado buena fama; al fin, él es un oráculo del vulgo y que todos han dado en decir que sabe sin saberlo. ¿Nunca has oído decir: «Ventura te dé Dios, hijo…?» Pues éste es el mismo, y nosotros lo pensamos también ser.

Mucho le contentó a Andrenio aquello de saber sin estudiar, letras sin sangre, fama sin sudor, atajo sin trabajo, valer de balde. Y atraído del gran séquito que el plausible sabio arrastraba, hasta de carrozas, literas y caballos, ceñándole todos y brindándole con el descanso, volviéndose a sus compañeros les dijo:

—¡Amigos, vivir un poco más y saber un poco menos!

Y metióse entre sus tropas, que al punto desaparecieron.

—Basta —dijo el varón alado al atónito Critilo— que el verdadero saber es de pocos. Consuélate, que más presto le hallarás tú a él que él a ti, con que tú serás el hallado y él el perdido.

Quisiera ir en busca suya Critilo, mas viendo ya brillar el gran palacio que buscaban, olvidado aun de sí mismo y sin poder apartar los ojos del camino allá embelesado. Campeaba, sin poder esconderse, en una clarísima eminencia, señoreando cuanto hay. Era su arquitectura extremo del artificio de la belleza, engolfado en luces y a todas ellas, que para recibirlas bien, a más de ser diáfanas sus paredes y toda su materia transparente, tenía muchas claraboyas, balcones rasgados y ventanas patentes: todo era luz y todo claridad. Cuando llegaron cerca, vieron algunos hombres que lo eran, que estaban como adorando y besando sus paredes; pero, mirándolo mejor, advirtieron que las lamían y sacando algunas cortezas las mascaban y se paladeaban con ellas.

—¿De qué provecho puede ser eso? —dijo Critilo.

Y uno de ellos:

—Por lo menos es de sumo gusto.

Y convidóle con un terrón limpio y transparente que, en llegándole a la boca, conoció era sal y muy sabrosa, y los que imaginaron cristales no lo eran, sino sales gustosísimas. Estaba la puerta siempre patente, con que no entraban sino personas, y ésas bien raras; vestíanla yedras y coronábanla laureles, con muchas inscripciones ingeniosas por toda la majestuosa fachada. Entraron dentro y admiraron un espacioso patio muy a lo señor, coronado de columnas tan firmes y tan eternas que les aseguró el varón alado

podían sustentar el mundo, y algunas de ellas el cielo, siendo cada una un *non plus ultra* de su siglo. Percibieron luego una armonía tan dulce que tiranizaba no sólo los ánimos, pero las mismas cosas inanimadas, atrayendo a sí los peñascos y las fieras. Dudaron si sería su autor el mismo Orfeo, y con esa curiosidad fueron entrando por un majestuoso salón y muy capaz, en quien los copos de la nieve en marfiles y las ascuas de oro en piñas maravillosamente se atemperaban para construir su belleza. Aquí los recibieron y aun cortejaron el buen gusto y el buen genio, con el agrado que suelen los condujeron a la agradable presencia de un sol humano que parecía mujer divina. Estaba animando un tan suave plectro, que les aseguraron no sólo hacía inmortales los vivos, pero que daba vida a los muertos, componía los ánimos, sosegaba los espíritus, aunque tal vez los encendía en el furor bélico, que no hiciera más el mismo Homero. Llegaron ya a saludarla entre fruiciones de verla, pero más de oírla, y ella en honra de sus peregrinos huéspedes hizo alarde de armonía. Estaba rodeada de varios instrumentos, todos ellos muy sonoros, mas suspendiendo los antiguos, aunque tan suaves, fue echando mano de los modernos. El primero que pulsó fue una culta cítara, haciendo extremada armonía, aunque la percibían pocos, que no era para muchos; con todo, notaron en ella una desproporción harto considerable, que aunque sus cuerdas eran de oro finísimo y muy sutiles, la materia de que se componía, debiendo ser de un marfil terso, de un ébano bruñido, era de haya y aun más común. Advirtió el reparo la concentuosa ninfa y con un regalado suspiro, les dijo:

—Si en este culto plectro cordobés hubiera correspondido la moral enseñanza a la heroica composición, los asuntos graves a la cultura de su estilo, la materia a la bizarría del verso, a la sutileza de sus conceptos, no digo yo de marfil, pero de un finísimo diamante merecía formarse su concha.

Tomó ya un italiano rabelejo, tan dulce, que al pasar el arco pareció suspender la misma armonía de los cielos, si bien para ser pastoril y tan fido pareció sobradamente conceptuoso. Tenía muy a mano dos laúdes tan igualmente acordes que parecían hermanos.

—Éstos —dijo— son graves por lo aragoneses, puédelos oír el más severo Catón sin nota de liviandad. En el metro tercero son los primeros del mundo, pero en el cuarto, ni aun quintos.

Vieron una arquicítara de extremada composición, de maravillosa traza, y aunque estaba bajo de otra, pero en el material artificio ni ésta la cedía, ni aquélla en la invención la excedía; y así, dijo el alma de los instrumentos:

—Si el Ariosto hubiera atendido a las morales alegorías como Homero, de verdad que no le fuera inferior.

Resonaba mucho y embarazaba a muchos un instrumento que unieron cáñamo y cera. Parecía órgano por lo desigual y era compuesto de las cañas de Siringa cogidas en la más fértil vega; llenábanse de viento popular, mas con todo este aplauso, no les satisfizo y dijo entonces la poética belleza:

—Pues sabed que éste, en aquel tiempo desaliñado, fue bien oído y llenó por lo plausible todos los teatros de España.

Descolgó una vihuela, tan de marfil, que afrentaba la misma nieve, pero tan fría, que al punto se le helaron los dedos y hubo de dejarla, diciendo:

—En estas rimas del Petrarca se ven unidos dos extremos, que son su mucha frialdad con el amoroso fuego.

Colgóla junto a otras dos muy sus semejantes, de quienes dijo:

—Éstas más se suspenden que suspenden.

Y en secreto confesóles eran del Dante Alígero y del español Boscán. Pero entre tan graves plectros, vinieron unas tejuelas picariles, de que se escandalizaron mucho.

—No las extrañéis —les dijo—, que son muy donosas; con éstas espantaba sus dolores Marica en el hospital.

Tañó con indecible melodía unas folias a una lira conceptuosa, que todos celebraron mucho y con razón:

—Bástele —dijo— ser plectro portugués, tiernamente regalado, que él mismo se está diciendo: «El que amo es.»

Gustaron no poco de ver una gaita, y aun ella la animó con lindo gusto, aunque descompuso algo qué su gran belleza, y dijo:

—Pues es verdad que fue de una musa princesa, a cuyo son solía bailar Gila en la noche de aquel santo.

Grande asco les causó ver una tiorba italiana llena de suciedad y que frescamente parecía haber caído en algún cieno, y sin osarla tocar, cuanto menos tañer, la recatada ninfa dijo:

—Lástima es que este cuito plectro del Marino haya dado en tanta inmundicia lasciva.

Estaba un laúd real artificiosamente fabricado en un puesto oscuro; con todo, despedía gran resplandor de sí y de muchas piedras preciosas de que estaba todo él esmaltado:

—Este —ponderó— solía hacer un tan regalado son, que los mismos reyes se dignaban de escucharle, y aunque no ha salido a la luz en estampa, luce tanto, que de él se puede decir: «¡El alba es que sale!»

Allí vieron un culto instrumento coronado del mismo laurel de Apolo aunque algunos no lo creían. Oyeron una muy gustosa zampoña, mas por tener cáncer la musa que la tocaba, a cada concento se le equivocaban las voces. Hacíase bien de sentir una lira, aunque mediana, mas en lo satírico superior, y dábase a entender latinizando. Otro oyeron de feliz arte, mas dudaron si su prosa era verso y si su verso prosa. Vinieron en un rincón muchos otros instrumentos que, con ser nuevos y acabados de hacer, estaban ya acabados y cubiertos de polvo. Admirado, Critilo dijo:

—¿Por qué, ¡oh gran reina del Parnaso!, éstos tan presto los arrimas?

Y ella:

—Porque rimas, todos se arriman a ellas, como más fáciles; pocos imitan a Homero y a Virgilio en los graves y heroicos poemas.

—Para mí tengo —dijo Critilo— que Horacio los perdió cuando más los quiso ganar, desanimándolos con sus rigurosos preceptos.

—Aun no es eso —respondió la gloria de los cisnes—, que son tan romancistas algunos, que no entienden el arte, sino que para las obras grandes son menester ingenios agigantados. Aquí está el Tasso, que es un otro Virgilio christiano, y tanto, que siempre se desempeña con ángeles y con milagros.

Había un vacío en buen lugar, y notándolo, Critilo dijo:

—De aquí algún gran plectro han robado.

—No será eso, sino que estará destinado para algún moderno.

—¿Si sería —dijo Critilo— uno que yo conozco y estimo por bueno, no por ser mi amigo, antes mi amigo por ser bueno?

No pudieron detenerse más, porque la Edad les daba priesa, y así hubieron de dejar esta primera estancia de un tan culto Parnaso, si en lo fragante paraíso. Llamóles el Tiempo a un otro salón más

dilatado, pues no se le veía fin. Introdújoles en él la Memoria, y aquí hallaron otra bien extremada ninfa, que tenía la metad del rostro arrugado, muy de vieja, y la otra metad fresco, muy de joven. Estaba mirando a dos haces, a lo presente y a lo pasado, que lo porvenir remitíalo a la providencia. En viéndola, dijo Critilo:

—Ésta es la gustosa Historia.

Mas el varón alado:

—No es sino la maestra de la vida, la vida de la fama, la fama de la verdad y la verdad de los hechos.

Estaba rodeada de varones y mujeres, señalados unos por insignes y otros por ruines, grandes y pequeños valerosos y cobardes, políticos y temerarios, sabios y ignorantes, héroes y viles, gigantes y enanos, sin olvidar ningún extremo. Tenía en la mano algunas plumas, no muchas, pero tan prodigiosas, que con una sola que entregó a uno le hizo volar y remontarse hasta los dos coluros; no sólo daba vida con el licor que destilaban, sino que eternizaba, ni dejando envejecer jamás los famosos hechos. Íbalas repartiendo con notable atención, porque a ninguno daba la que él quería, y esto a petición de la Verdad y de la Entereza. Y así, notaron que llegó un gran personaje, ofreciendo por una gran suma de dinero, y no sólo no se la concedió, sino que le cargó la mano, diciéndole que estos libros para ser buenos han de ser libres, ni se vuela a la eternidad en plumas alquiladas. Replicaron otros se la diese, que antes sería para más ignominia suya.

—Eso, no —respondió la eterna Historia—, no conviene, porque aunque agora sería reída, de aquí a cien años será creída.

Con esta misma atención a ninguno daba pluma que no fuese después de cincuenta años de muerto, y a todo muerto pluma viva; con lo cual ni Tiberio el astuto, ni Nerón el inhumano pudieron escaparse de lo Cornelio de Tácito. Fue a sacar una buena para que un escritor grande escribiese de un gran príncipe, y porque la vio algo qué untada de oro la arrojó con desaire, con que había escrito aquella misma otras cosas harto plausiblemente, y dijo:

—Creedme que toda pluma de oro escribe yerros.

Solicitaba un otro a grandes diligencias alguna que escribiese bien dél. Informóse la ninfa si era benemérito, averiguó que no; replicó él que para serlo; no se la quiso conceder, aunque alabó su honrado deseo, diciéndole que las palabras ajenas no pueden hacer

insignes los hombres, sino sus hechos propios, bien ejecutados primero y bien escritos después. Al contrario, un otro famoso varón pidió le mejorase, porque la que le había dado era llana y sencilla; y consolóle con que sus grandes hechos campeaban más en aquel mal estilo que los de otros, no tales, entre mucha elocuencia. Quejáronse algunos célebres modernos de que sus inmortales hechos se pasaban en silencio, habiendo habido elogios plausibles del Jovio para otros no tan esclarecidos. Aquí se enojó mucho la noticiosa ninfa, y aun con escandescencia dijo:

—Si vosotros los despreciáis, los perseguís y tal vez los encarceláis a mis dilectísimos escritores, no haciendo caso de ellos, ¿cómo queréis que os celebren? La pluma, príncipes míos, no ha de ser apreciada, pero sí preciada.

Daban en rostro las demás naciones a la española el no haberse hallado en ella una pluma latina que con satisfación la ilustrase. Respondía que los españoles más atendían a manejar la espada que la pluma, a obrar las hazañas que a placearlas, y que aquello de tanto cacarearlas más parecía de gallinas. No le valió, antes la arguyeron de poco política y muy bárbara, poniéndola por ejemplo los romanos, que en todo florecieron, y un César cabal pluma y espada rige. Oyendo esto y viéndose señora del mundo, determinó llegar a pedir pluma. Juzgó la reina de los tiempos tenía razón, mas reparó en cuál la daría que la desempeñase bien después de tanto silencio, y aunque tiene por ley general no dar jamás a provincia alguna escritor natural, so pena de no ser creído, con todo, viéndola tan odiada de todas las demás naciones, se resolvió en darla una pluma propia. Comenzaron luego a murmurarlo las demás naciones y a mostrar sentimiento, mas la verdadera ninfa las procuró quietar, diciendo:

—Dejad, que el Mariana, aunque es español de cuatro cuartos, si bien algunos lo han afectado dudar, pero él es tan tétrico y escribirá con tanto rigor que los mismos españoles han de ser los que queden menos contentos de su entereza.

Esto no le fiaron a la Francia, y así entregó la pluma de sus últimos sucesos y de sus reyes a un italiano; y no contenta aún con esto, le mandó salir de aquel reino y que se fuese a Italia a escribir libremente; y así ha historiado tan acertadamente Henrico Catarino, que ha escurecido al Guicciardino y aun causado recelo a Tácito. Con esto, cada uno llevaba la que menos pensaba y quisiera: las que

parecían de unas aves, eran de otras, como la que pasó plaza del Conestagio en *La unión de Portugal con Castilla,* que bien mirada se halló no ser suya, sino del conde de Portalegre, para deslumbrar la más eterna prudencia. Pidió uno las de la fénix para escribir della, y encargósele seriamente no las gastase sino en las de la fama. La que se conoció con toda realidad ser de fénix fue la de aquella princesa excepción de la hermosura, no ya necia, aunque sí desgraciada, la inestimable Margarita de Valois, a quien y al César solos se les permitió escribir con acierto de sí mismos. Pidió un príncipe soldado una pluma, la más bien cortada de todas; por el mismo caso se la dio sin cortar, diciéndole:

—Vuestra misma espada le ha de dar el corte, que si ella cortare bien, la pluma escribirá mejor.

Otro gran príncipe, y aun monarca, pretendió la mejor de todas por lo menos la más plausible, porque él quería inmortalizarse con ella. Y viendo que realmente la merecía, escogió entre todas y diole una entresacada de las alas de un cuervo. No quedó contento, antes murmuraba que cuando pensó le daría la de alguna águila real, que levantase el vuelo hasta el sol, le daba aquella tan infausta.

—¡Eh, señor, que no lo entendéis! —dijo la Historia— [que éstas] son de cuervo en el picar, en el adevinar las intenciones, en desentrañar los más profundos secretos. Ésta del Comines es la más plausible de todas.

Trataba un gran personaje de mandar quemar una déstas. Desengañáronle no lo intentase, porque son como las de la fénix, que en el fuego se eternizan, y en prohibiéndolas vuelan por todo el mundo. La que celebró mucho, y por eso la dio a Aragón, fue una cortada de un girasol.

—Ésta —dijo— siempre mirará a los rayos de la verdad.

Admirándose mucho de ver que, habiendo tanta copia de historiadores modernos, no tenía sus plumas la inmortal ninfa en su mano, ni las ostentaba, sino cual y cual, la de Pedro Mateo, del Santoro, Babia, del conde de la Roca, Fuenmayor y otros. Mas desgañáronse cuando advirtieron eran de simplicísimas palomas, sin la hiél de Tácito, sin la sal de Curcio, sin el picante de Suetonio, sin la atención de Justino, sin la mordacidad del Platina.

—Que no todas las naciones —decía la gran reina de la verdad— tienen un numen para la historia: aquéllos por ligeros fingen, estos otros porque llanos descaecen, y así las más destas

plumas modernas son chabacanas, insulsas, y en nada eminentes. Veréis muchas maneras de historiadores: unos gramaticales, que no atienden sino al vocablo y a la colocación de las palabras, olvidándose del alma de la historia; otros cuestionarios, todo se les va en disputar y averiguar puntos y tiempos; hay anticuarios, gaceteros y relacioneros, todos materiaies y mecánicos, sin fondo de juicio ni altanería de ingenio.

Topó una pluma de caña dulce distilando néctar, y al punto la sacudió de sí, diciendo:

—Estas no tanto eternizan las hazañas cuanto confitan los desaciertos.

Aborrecía sumamente toda pluma teñida, por apasionada, decantándose siempre ya al lado del odio, ya de la afición. Fue a sacar una y reparó:

—Ésta ya ha salido otra vez, ya la di a otro primero, y si mal no me acuerdo fue a Illescas, a quien le traslada capítulos enteros el Sandoval: basta que yo me he equivocado.

Mucho se detuvieron aquí, y aun se estuvieran: tan entretenida es la mansión de la Historia.

Pasaron ya, cortejados del Ingenio, por la de la Humanidad. Lograron muchas y fragantes flores, delicias de la Agudeza, que aquí asistía tan aliñada cuan hermosa, leyéndolas en latín Erasmo, el Evorense y otros, y escogiéndolas en romance las florestas españolas, las facecias italianas, las recreaciones del Guicciardino, hechos y dichos modernos del Botero, de solo Rufo seiscientas flores, los gustosos Palmirenos, las librerías del Doni, sentencias, dichos y hechos de varios, elogios, teatros, plazas, silvas, oficinas, jeroglíficos, empresas, geniales, polianteas y fárragos.

No fue menos de admirar la ninfa Anticuaría, de más curiosidad que sutileza. Tenía por estancia un erario enriquecido de estatuas, piedras, inscripciones, sellos, monedas, medallas, insignias, urnas, barros, láminas, con todos los libros que tratan desta noticiosa antigüedad, tan acreditada con los eruditos diálogos de don Antonio Agustín, ilustrada de los Golzios y últimamente enriquecida con las noticias de las monedas antiguas españolas del Lastanosa.

Al lado déste hallaron otro tan embarazado de materialidades, que a la primera vista creyeron sería algún obrador mecánico; mas

cuando vieron globos celestes y terrestres, esferas, astrolabios, brújulas, dioptras, cilindros, compases y pantómetras, conocieron ser los desvanes del entendimiento y el taller de las matemáticas, sirviendo de alma muchos libros de todas estas artes y aun de las vulgares, pero de la noble pintura y arquitectura había tratados superiores.

Fueron registrando todos estos nichos de paso, lo que basta para no ignorar, así como el de la indagadora Natural Filosofía, levantando mil testimonios a la naturaleza. Servían de estantes a sus curiosos tratados los cuatro elementos, y en cada uno los libros que tratan de sus pobladores, como de las aves, peces, brutos, plantas, flores, piedras preciosas, minerales; y en el fuego, de sus meteoros, fenómenos y de la artillería. Pero enfadados de tan desabrida materialidad, los sacó de allí el Juicio para meterlos en sí. Veneraron ya una semideidad en lo grave y lo sereno, que en la más profunda estancia y más compuesta estaba entresacando las saludables hojas de algunas plantas, para conficionar medicinas y distilar quintas esencias con que curar el ánimo y en que conocieron luego era la Moral Filosofía. Cortejaron de propósito, y ella les dio asiento entre sus venerables sujetos. Sacó en primer lugar unas hojas, que parecían del díctamo, gran contra veneno, y mostró estimarlas mucho, si bien a algunos les parecieron algo secas y aun frías, de más provecho que de gusto; pero de verdad muy eficaces. Y aseguró haberlas cogido por su mano de los huertos de Séneca. En un plato, que pudo ser fuente de doctrina, puso otras, diciendo:

—Éstas, aunque más desabridas, son divinas.

Allí vieron el ruibarbaro de Epicteto y otras purgativas de todo exceso de humor para aliviar el ánimo. Para apetito y regalo, hizo una ensalada de los diálogos de Luciano, tan sabrosa, que a los más descomidos les abrió el gusto no sólo de comer, pero de rumiar los grandes preceptos de la prudencia. Después déstos, echó mano de unas hojas muy comunes, mas ella las comenzó a celebrar con exageraciones; estaban admirados los circunstantes, cuando las habían tenido más por pasto de bestias que de personas.

—No tenéis razón —dijo, que en estas fábulas de Esopo hablan las bestias para que entiendan los hombres.

Y haciendo una guirnalda, se coronó con ellas. Para sacar una quinta esencia general recogió todas las de Alciato, sin desechar una, y aunque las vio imitadas en algunos, pero eran contrahechas y

sin la eficaz virtud de la moralidad ingeniosa. De los *Morales de* Plutarco se valía para comunes remedios. Echaban gran fragancia todo género de apostemas y sentencias; pero, no haciéndose mucho caso de sus recopiladores, mandó fuesen algunos de ellos premiados con estimación por haberles ayudado mucho y aún, como Lucinas, haberles dado forma de una aguda donosidad. Topó unas grandes hojazas, muy extendidas, no de mucha eficacia, y así dijo:

—Éstas del Petrarca, Justo Lipsio y otros, si tuvieran tanto de intensión como tienen de cantidad, no hubiera precio bastante para ellas.

Acertó a sacar unas de tal calidad, que al mismo punto los circunstantes las apetecieron, y unos las mascaban, otros las molían y estaban todo el día sin parar aplicando el polvo a las narices.

—Basta —dijo— que estas hojas de Quevedo son como las del tabaco, de más vicio que provecho, más para reír que aprovechar.

De la *Celestina* y otros tales, aunque ingeniosos, comparó sus hojas a las del perejil, para poder pasar sin asco la carnal grosería.

—Estas otras, aunque vulgares, son picantes, y tal señor hay que gasta su renta en ellas. Éstas de Barclayo y otros son como las de la mostaza, que aunque irritan las narices, dan gusto con su picante.

Al contrario, otras muy dulces, así en el estilo como en los sentimientos, las remitió más para paladear niños y mujeres que para pasto de hombres. Las empresas del Jovio puso entre las olorosas y fragantes, que con su buen olor recrean el celebro. Ostentó mucho unas hojas, aunque mal aliñadas, y tan feas que les causaron horror, mas la prudente ninfa dijo:

—No se ha de atender al estilo del infante Don Manuel, sino a la extremada moralidad y al artificio con que enseña.

Por buen dejo sacó una alcarchofa y con lindo gusto la fue deshojando, y dijo:

—Estos raguallos del Boquelino son muy apetitosos, pero de toda una hoja sólo se come el cabo con su sal y su vinagre.

Muy gustosos y muy cebados se hallaban aquí, sin tratar de dejar jamás estancia tan de hombres. Sola la Conveniencia pudo arrancarlos, que a la puerta de un otro gran salón y muy su semejante, aunque más majestuoso, les estaba convidando y decía:

—Aquí es donde habéis de hallar la sabiduría más importante, la que enseña a saber vivir.

Entraron por razón de Estado y hallaron una coronada ninfa que parecía atender más a la comodidad que a la hermosura, porque decía ser bien ajeno, y aun se le oyó decir tal vez:

—Dadme grosura y os daré hermosura.

A lo que se conocía, todo su cuidado ponía en estar bien acomodada; mas aunque muy disimulada y de rebozo, la conoció Critilo y dijo:

—Ésta, sin más ver, es la Política.

—¡Qué presto la has conocido! No suele ella darse a entender tan fácilmente.

Era su ocupación, que no hay sabiduría ociosa, fabricar coronas, unas de nuevo, otras de remiendo, y perficionábalas mucho. Había de todas materias y formas, de plata, de oro y de cobre, de palo, de robre, de frutos y de flores. Y todas las estaba repartiendo con mucha atención y razón. Ostentó la primera muy artificiosa, sin defecto alguno ni quiebra, pero más para vista que platicada; y dijeron todos era la *República* de Platón, nada a propósito para tiempos de tanta malicia. Al contrario, vieron otras dos, aunque de oro, pero muy descompuestas y de tan mal arte, aunque buena apariencia, que al punto las arrojó en el suelo y las pisó, diciendo:

—Este *Príncipe* del Maquiavelo y esta *República* del Bodino no pueden parecer entre gentes; no se llamen de razón, pues son tan contrarias a ella. Y advertid cuánto denotan ambas políticas la ruindad destos tiempos, la malignidad destos siglos y cuán acabado está el mundo.

La de Aristóteles fue una buena vieja. A un príncipe, tan católico como prudente, encomendó una toda embutida de perlas y de piedras preciosas: era la *Razón de Estado* de Juan Botero. Estimóla mucho y se le lució bien.

Aquí vieron una cosa harto extraña: que habiendo salido a luz una otra muy perfecta y labrada conforme a las verdaderas reglas de la policía christiana, alabándola todos con mucho fundamento, llegó un gran personaje mostrando grandes ganas de haberla a su mano, trató de comprar todos los ejemplares y dijo cuanto le pidieron por ellos; y cuando todos creían nacía de estimación, para presentársela a su príncipe, fue tan al revés, que porque no llegase a sus manos, mandó hacer un gran fuego y quemar todos los ejemplares, esparciendo al aire sus cenizas. Mas, aunque fue en secreto, llegó a

noticia de la atenta ninfa, que, como tan política, se las entiende a todo el mundo, y al punto mandó al mismo autor la volviese a estampar, sin que faltase un tilde, y repartióla por toda Europa, con estimación universal, cuidando que no volviese ningún ejemplar a manos de aquel político contra política.

Sacó del seno una caja tan preciosa como odorífera y, rogándole todos la abriese y les mostrase lo que contenía, dijo:

—Es una riquísima joya, ésta no sale a luz, con que da tanta: son las instrucciones que dio la experiencia de Carlos V a la gran capacidad de su prudente hijo.

Estaba allí apartada una que aspiraba a eterna, más en la cantidad que en la calidad, obra de tomo. Nadie se atrevía a emprenderla.

—Sin duda —dijo Critilo—, que es la de Bobadilla, que todos, cansados, la dejan descansar.

—Esta otra, aunque pequeña, sí que es preciosa —dijo la sagaz ninfa—. No tiene otra falta esta *Política* sino de autor autorizado.

Estaban hacinadas muchas coronas, unas sobre otras, que en el poco aliño se conoció su poca estimación. Reconociéronlas y hallaron estaban huecas, sin rastro de substancia.

—Éstas —dijo— son las *Repúblicas* del mundo, que no dan razón más que de las cosas superficiales de cada reino. No desentrañan lo recóndito; contentanse con la corteza.

Conocieron el *Galateo y* otros sus semejantes, y pareciéndoles no era éste su lugar, ella porfió que sí, pues pertenecían a la política de cada uno, a la razón especial de ser personas. Lograron muchas maneras de instrucciones de hombres grandes a sus hijos, varios aforismos políticos sacados del Tácito y de otros sus secuaces, si bien había muchos por el suelo. Y dijo:

—Éstos son varios discursos de arbitrios en quimeras, que todos son aire y vienen a dar en tierra.

Coronaba todas estas mansiones eternas uno, no ya camarín, sino sacrario, inmortal centro del espíritu, donde presidía el arte de las artes, la que enseña la divina policía, y estaba repartiendo estrellas en libros santos, tratados devotos, obras ascéticas y espirituales.

—Éste —dijo el varón alado— advierte que no tanto es estante de libros, cuanto Atlante de un cielo.

Aquí exclamó Critilo:

—¡Oh fruición del entendimiento! ¡Oh tesoro de la memoria, realce de la voluntad, satisfación del alma, paraíso de la vida! Gusten unos de jardines, hagan otros banquetes, sigan éstos la caza, cébense aquéllos en el juego, rocen galas, traten de amores, atesoren riquezas, con todo género de gustos y de pasatiempos: que para mí no hay gusto como el leer, ni centro como una selecta librería.

Hizo señal de leva el varón alado, mas Critilo:

—Eso no —dijo— sin ver primero en persona la hermosa Sofísbella, que un tal cielo como éste no puede dejar de tener por dueño al mismo sol. Suplicóte, ¡oh condutor alado!, quieras introducirme ante su divina presencia. Que ya me la imagino idea de beldades, ejemplar de perfecciones, ya me parece que admiro la serenidad de su frente, la perspicacia de sus ojos, la sutileza de sus cabellos, la dulzura de sus labios, la fragancia de su aliento, lo divino de su mirar, lo humano de su reír, el acierto con que discurre, la discreción con que conversa, la sublimidad de su talle. el decoro de su persona, la gravedad de su trato, la majestad de su presencia. Ea, acaba, ¿en qué te detienes?; que cada instante que tardas se me vuelve eternidades de pena.

Cómo se desempeñó el varón alado, cómo logró Critilo su dicha, veremos, después de dar noticia de lo que le aconteció a Andrenio en la gran plaza del Vulgo.

CRISI QUINTA

Plaza del populacho y corral del Vulgo

Estábase la Fortuna, según cuentan, bajo su soberano dosel, más asistida de sus cortesanos que asistiéndoles, cuando llegaron dos pretendientes de dicha a solicitar sus favores. Suplicó el primero le hiciese dichoso entre personas, que le diese cabida con los varones sabios y prudentes. Mirándose unos a otros los curiales y dijeron:

—Éste se alzará con el mundo.

Mas la Fortuna, con semblante mesurado y aun triste, le otorgó la gracia pretendida.

Llegó el segundo y pidió, al contrario, que le hiciese venturoso con todos los ignorantes, y necios. Riéronlo mucho los del cortejo, solemnizando gustosamente una petición tan extraña. Mas la Fortuna, con rostro muy agradable, le concedió la suplicada merced.

Partiéronse ya entrambos tan contentos como agradecidos, abundando cada uno en su sentir. Mas los áulicos, como siempre están contemplando el rostro de su príncipe y brujuleándole los afectos, notaron mucho aquel tan extravagante cambiar semblantes de su reina. Reparó también ella en su reparo y muy galante le dijo:

—¿Cuál de estos dos, pensáis vosotros, ¡oh cortesanos míos!, que ha sido el entendido? Creeréis que el primero. Pues sabed que os engañáis de medio a medio, sabed que fue un necio: no supo lo que pidió, nada valdrá en el mundo. Este segundo sí que supo negociar: éste se alzará con todo.

Admiráronse mucho, y con razón, oyendo tan paradojo sentir, mas desempeñóse ella diciendo:

—Mirá, los sabios son pocos, no hay cuatro en una ciudad; ¡qué digo cuatro!, ni dos en todo un reino. Los ignorantes son los muchos, los necios son los infinitos; y así, el que los tuviere a ellos de su parte, ése será señor de un mundo entero.

Sin duda que estos dos fueron Critilo y Andrenio, cuando éste, guiado del Cecrope, fue a ser necio con todos. Era increíble el séquito que arrastraba el que todo lo presume y todo lo ignora. Entraron ya en la plaza mayor del universo, pero nada capaz, llena de gentes, pero sin persona, a dicho de un sabio que con la antorcha en la mano, al medio día iba buscando un hombre que lo fuese y no

había podido hallar uno entero: todos lo eran a medias; porque el que tenía cabeza de hombre, tenía cola de serpiente, y las mujeres de pescado; al contrario, el que tenía pies no tenía cabeza. Allí vieron muchos Acteones que luego que cegaron se convirtieron en ciervos. Tenían otros cabezas de camellos, gente de cargo y de carga; muchos, de bueyes en lo pesado, que no en lo seguro; no pocos, de lobos, siempre en la fábula del pueblo; pero los más, de estólidos jumentos, muy a lo simple malicioso.

—Rara cosa —dijo Andrenio—, que ninguno tiene cabeza de serpiente ni de elefante, ni aun de vulpeja.

—No, amigo —dijo el Filósofo—, que aun en ser bestias no alcanzan esa ventaja.

Todos eran hombres a remiendos, y así, cual tenía garra de león, y cual de oso el pie; hablaba uno por boca de ganso, y otro murmuraba con hocico de puerco; éste tenía pies de cabra, y aquél orejas de Midas; algunos tenían ojos de lechuza, y los más de topo; risa de perro, quien yo sé, mostrando entonces los dientes.

Estaban divididos en varios corrillos hablando, que no razonando, y así oyeron en uno que estaban peleando: a toda furia ponían sitio a Barcelona y la tomaban en cuatro días por ataques, sin perder dinero ni gente; pasaban a Perpiñán, mientras duraban las guerras civiles de Francia; restauraban toda España, marchaban a Flandes, que no había para dos días; daban la vuelta a Francia, dividíanla en cuatro potentados, contrarios entre sí, como los elementos; y finalmente venían a parar en ganar la Casa Santa.

—¿Quién son éstos —preguntó Andrenio— que tan bizarramente pelean? ¿Si estaría aquí el bravo Picolomini? ¿Es por ventura aquél el conde de Fuensaldaña, y aquel otro Totavila?

—Ninguno déstos es soldado —respondió el Sabio—, ni han visto jamás la guerra. ¿No ves tú que son cuatro villanos de una aldea? Sólo aquel que habla más que todos juntos es el que lee las cartas, el que compone los razonamientos, el que le va a los alcances al cura: digo, el barbero.

Impaciente, Andrenio, dijo:

—Pues si éstos no saben otro que destripar terrones, ¿por qué tratan de allanar reinos y conquistar provincias?

—¡Eh! —dijo el Cecrope—, que aquí todo se sabe.

—No digas se sabe —replicó el Sabio—, sino que todo se habla.

Toparon en otro que estaban gobernando el mundo: uno daba arbitrios, otro publicaba premáticas, adelantaban los comercios y reformaban los gastos.

—Éstos —dijo Andrenio— serán del parlamento; no pueden ser otro, según hablan.

—Lo que menos tienen —dijo el Sabio— es de consejo. Toda es gente que, habiendo perdido sus casas, tratan de restaurar las repúblicas.

—¡Oh vil canalla! —exclamó Andrenio—. ¿Y de dónde les vino a éstos meterse a gobernar?

—Ahí verás —respondió el Serpihombre— que aquí todos dan su voto.

—Y aun su cuero —replicó el Sabio.

Y acercándose a un herrero:

—Advertí —le dijo— que vuestro oficio es herrar bestias; dad alguna en el clavo.

Y a un zapatero lo metió en un zapato, pues le mandó no saliese dél. Más adelante estaban otros altercando de linajes, cuál sangre era la mejor de España; si el otro era gran soldado de más ventura que valor, y que toda su dicha había consistido en no haber tenido enemigo; ni perdonaban a los mismos príncipes, definiendo y calificándolos si tenían más vicios de hombres que prendas de reyes. De modo que todo lo llevaban por un rasero.

—¿Qué te parece? —dijo el Cecrope—. ¿Pudieran discurrir mejor los siete sabios de Grecia? Pues advierte que todos son mecánicos, y los más sastres.

—Eso creeré yo, que de sastres siempre hay muchos.

Y Andrenio:

—¿Pues quién los mete a ellos en esos puntos?

—¡Oh sí!, que es su oficio tomar medida a cada uno y cortarle de vestir. Y aun todos en el mundo son ya sastres en descoser vidas ajenas y dar cuchilladas en la más rica tela de la fama.

Aunque era tan ordinario aquí el ruido y tan común la vocería, sintieron que hablaban más alto allí cerca en una ni bien casa ni mal zahurda, aunque muy enramada, que en habiendo riego hay ramos.

—¿Qué estancia o qué estante es éste? —preguntó Andrenio.

Y el Cecrope, agestándose de misterio:

—Este es —dijo— el Areópago; aquí se tiene el Consejo de Estado de todo el mundo.

—Bueno irá él si por aquí se gobierna. Ésta más parece taberna.

—Así como lo es —respondió el Sabio—, que como se les suben los humos a las cabezas, todos dan en quererlo ser.

—Por lo menos —replicó el Cecrope—, no pueden dejar de dar en el blanco.

—Y aun en el tinto —respondió el Sabio.

—Pues de verdad —volvió a instar— que han salido de aquí hombres bien famosos y que dieron harto que decir de sí.

—¿Quiénes fueron éstos?

—¿Cómo quiénes? ¿Pues no salió de aquí el tundidor de Segovia, el cardador de Valencia, el segador de Barcelona y el carnicero de Nápoles?: que todos salieron a ser cabezas y fueron bien descabezados.

Escucharon un poco y oyeron que unos en español, otros en francés, en irlandés algunos, y todos en tudesco estaban disputando cuál era más poderoso de sus reyes, cuál tenía más rentas, qué gente podían meter en campo, quién tenía más estados, brindándose a la salud de ellos y a su gusto.

—De aquí, sin duda —dijo Andrenio—, salen tantos como andan rodando por esa gran vulgaridad, dando su voto en todo. Yo creí procedía de estar tan acabados los hombres, que andaban ya en cueros; mas ahora veo que todos los cueros andan en ellos.

—Así es —ponderó el Sabio—. No verás a otro por ahí sino pellejos rebutidos de poca substancia. Mira aquél, cuanto más hinchado más vacío; aquel otro está lleno de vinagre a lo ministro; aquellos botillos pequeños son de agua de azahar, que con poco tienen harto, luego se llenan; aquellos muchos son de vino, y por eso en tierra; aquellos otros, los que en siendo de voto, son de bota; muchos están embutidos de paja, que la merecen; colgados otros, por ser de hombres fieros, que hasta del pellejo de un bárbaro están acullá haciendo un tambor para espantar, muerto, sus contrarios: tan allá resuena la fiereza déstos.

De la mucha canalla que de adentro redundaba, se descomponían por allí cerca muchos otros corrillos, y en todos estaban murmurando del gobierno, y esto siempre y en todos los reinos, aun en el siglo de oro y de la paz. Era cosa ridicula oír los

soldados tratar de los Consejos, dar priesa al despacho, reformar los cohechos, residenciar los oidores, visitar los tribunales. Al contrario, los letrados era cosa graciosa verles pelear, manejar las armas, dar asaltos y tomar plazas; el labrador hablando de los tratos y contratos, el mercader de la agricultura; el estudiante de los ejércitos, y el soldado de las escuelas; el seglar ponderando las obligaciones del eclesiástico, y el eclesiástico las desatenciones del seglar; barajados los estados, metiéndose los del uno en el otro, saltando cada uno de su coro y hablando todos de lo que menos entienden. Estaban unos viejos diciendo mucho mal de los tiempos presentes y mucho bien de los pasados, exagerando la insolencia de los mozos, la libertad de las mujeres, el estrago de las costumbres y la perdición de todo.

—Yo, menos entiendo el mundo —decía éste— cuanto más va.

—Y yo lo desconozco del todo —decía aquél—. Otro mundo es éste del que nosotros hallamos.

Llegóse en esto el Sabio y díjoles volviesen la mira atrás y viesen otros tantos viejos que estaban diciendo mucho más mal del tiempo que ellos tanto alababan; y detrás de aquéllos, otros y otros, encadenándose hasta el primer viejo su vulgaridad. Media docena de hombres muy autorizados, con más barbas que dientes, mucho ocio y poca renta, estaban en otro corro allí cerca tratando de desempeñar las casas de los señores y restituirlas a aquel su antiguo ilustre.

—¡Qué casa —decía uno— la del duque del Infantado cuando se hospedó en ella el rey de Francia prisionero! Y lo que Francisco la celebró.

—¿Pues qué la debía —dijo otro— la del marqués de Villena cuando hacía y deshacía?

—¿Y la del Almirante en tiempo de los Reyes Católicos, púdose imaginar mayor grandeza?

—¿Quién son éstos? —preguntó Andrenio.

—Éstos —respondió el hombre sierpe— son hombres de honor en los palacios: llámanse gentil hombres o escuderos.

—Y en buen romance —dijo el Sabio— son gente que después de haber perdido la hacienda, están perdiendo el tiempo, y los que habiendo sido la polilla de sus casas, vienen a ser la honra de las

ajenas; que siempre verás que los que no supieron para sí, quieren saber para los otros.

—Nunca pensé ver —ponderaba Andrenio— tanto necidiscreto junto, y aquí veo de todos estados y géneros, hasta legos.

—¡Oh sí! —dijo el Sabio—, que en todas partes hay vulgo, y por atildada que sea una comunidad hay ignorantes en ella que quieren hablar de todo y se meten a juzgar de las cosas sin tener punto de juicio.

Pero lo que extrañó mucho Andrenio fue ver entre tales heces la república, en medio de aquella sentina vulgar, algunos hombres lucidos y que se decía eran grandes personajes.

—¿Qué hacen aquí éstos? Señor, que se hallen aquí más esportilleros que en Madrid, más aguadores que en Toledo, más gorrones que en Salamanca, más pescadores que en Valencia, más segadores que en Barcelona, más palenquines que en Sevilla, más cavadores que en Zaragoza, más mochilleros que en Milán, no me espanta; pero ¡gente de porte, el caballero, el título, el señor, no sé qué diga!

—¿Qué piensas tú —dijo el Sabio—, que en yendo uno en litera, ya por eso es sabio—, que en yendo bien vestido, es entendido? Tan vulgares hay algunos y tan ignorantes como sus mismos lacayos. Y advierte que aunque sea un príncipe, en no sabiendo las cosas y queriéndose meter a hablar de ellas, a dar su voto en lo que no sabe ni entiende, al punto se declara hombre vulgar y plebeyo; porque vulgo no es otra cosa que una sinagoga de ignorantes presumidos y que hablan más de las cosas cuanto menos las entienden.

Volvieron los rostros a uno que estaba diciendo:

—Si yo fuera rey…

Y un mochillero.

—Y si yo fuera papa… —decía un gorrón.

—¿Qué habíais de hacer vos si fuérades rey?

—¿Qué? Lo primero me había de teñir los bigotes a la española, luego me había de enojar y ¡voto!…

—No, no juréis, que todos éstos que echan votos huelen a cueros.

—Digo que había de hacer colgar media docena; yo sé que oliera la casa a hombre y que mirarían algunos cómo perdían las vitorias y los ejércitos, cómo entregaban las fortalezas al enemigo.

No me había de llevar encomienda quien no fuese soldado, y de reputación, pues para ellos se instituyeron, y no de estos de las plumicas, sino un sargento mayor Soto, un Pedro Estélez, que se han hallado en cien batallas y en mil sitios. ¡Qué virreyes, qué generales hiciera yo, qué ministros! Todos habían de ser Oñates y Caracenas. ¡Qué embajadores que no hiciera!

—¡Oh, no me viera yo un mes papa! —decía el estudiante—. Yo sé que de otra manera irían las cosas; no se había de proveer dignidad ni prebenda sino por oposición, todo por méritos; yo examinara quién venía con más letras que favores, quién traía quemadas las cejas.

Abrióse en esto la portería de un convento y metiéronse a la sopa.

Topaban varias y desvariadas oficinas por toda aquella gran plaza mecánica. Los pasteleros hacían valientes empanadas de perro; ni faltaba aquí tantas moscas como allá mosquitos; los calderos siempre tenían calderas que adobar; los olleros alabando lo quebrado; los zapateros a todo hombre buscándole horma de su zapato, y los barberos haciendo las barbas.

—¿Es posible —dijo Andrenio— que entre tanta botica mecánica no topemos una de medicinas?

—Basta que hay hartas barberías —dijo Cecrope.

—Y hartos en ellas —respondió el Sabio— que como bárbaros hablan de todo; mas lo que ellos saben ¿quién lo ignora?

—Con todo eso —dijo Andrenio—, en una vulgaridad tan común es mucho que no haya un médico que recete; por lo menos, no había de faltar la murmuración civil.

—No hacen falta —replicó el Sabio.

—¿Cómo no?

—Porque, aunque todos los males tienen remedio (hasta la misma locura tiene cura en Zaragoza o en Toledo y en cien partes), pero la necedad no la tiene, ni ha habido jamás hombres que curasen de tonto.

—Con todo eso, veis allí unos que lo parecen.

Venían dándose a las furias de que todos se les entremeten en su oficio y quieren curar a todos con un remedio. Y eso sería nada si algunos no se metiesen a quererles dar doctrina a ellos mismos, disputando con el médico los jarabes y las sangrías.

—¡Eh! —decían—, déjense matar sin hablar palabra.

Pero los herreros llevaban brava herrería, y aun todos parecían calderos. Enfadados los sastres, les dijeron que callasen y dejasen oír, si no entender. Sobre esto armaron una pendencia, aunque no nueva en tales puestos; tratáronse muy mal, pero no se maltrataron, y dijéronles los herreros a los sastres, después de encomios solemnes:

—¡Quita de ahí, que sois gente sin Dios!

—¿Cómo sin Dios? —replicaron ellos enfurecidos—. Si dijérades sin conciencia, pase, pero sin Dios, ¿qué quiere decir eso?

—Sí —repitieron los herreros—, que no tenéis un dios sastre, como nosotros un herrero, y cuando todos le tienen, los taberneros a Baco, aunque anda en celos con Tetis, los mercaderes a Mercurio, de quien tomaron las trampas con el nombre, los panaderos a Ceres, los soldados a Marte, los boticarios a Esculapio. ¡Mirá qué tales sois vosotros, que ningún dios os quiere!

—¡Anda de ahí —respondieron los sastres—, que sois unos gentiles!

—¡Vosotros sí lo sois, que a todos queréis hacer gentiles hombres!

Llegó en esto el Sabio y metió paz, consolando a los sastres con que ya que no tenían dios, todos los daban al diablo.

—¡Prodigiosa cosa —dijo Andrenio— que, con meter tanto ruido, no tengan habla!

—¿Cómo que no? —replicó el Cecrope—. Antes jamás cesan de hablar ni tienen otro que palabras.

—Pues yo —replicó Andrenio— no he percibido aún habla que lo sea.

—Tienen razón —dijo el Sabio—, que todas son hablillas y todas falsas.

Corrían actualmente algunas bien desatinadas: que habían de caerse muertos muchos cierto día, y lo señalaban, y hubo quien murió de espanto dos días antes; que había de venir un terremoto y habían de quedar todas las casas por tierra. ¡Pues ver lo que se iba extendiendo un disparate déstos, y los muchos que se lo tragaban y bebían y lo contaban unos a otros! Y si algún cuerdo reparaba, se enfurecían. Sin saber de dónde ni cómo nacía, resucitaba cada año un desatino, sin ser bastante el desengaño fresco, corriendo grasa. Y

era de advertir que las cosas importantes y verdaderas luego se les olvidaban, y un disparate lo iban heredando de abuelas a nietas y de tías a sobrinas, haciéndose eterno por tradición.

—No sólo no tienen habla —añadió Andrenio—, pero ni voz.

—¿Cómo que no? —replicó el Cecrope—. Voz tiene el pueblo, y aun dicen que su voz es la de Dios.

—Sí, del dios Baco —respondió el Sabio—; y si no, escuchadla un poco y oiréis todos los imposibles no sólo imaginados, pero aplaudidos: oíd aquel español lo que está contando del Cid, cómo de un papirote derribó una torre y de un soplo un gigante; atendé aquel otro francés lo que refiere, y con qué credulidad, de Roldán y cómo de un revés rebanó caballo y caballero armados; pues yo os aseguro que el portugués no se olvide tan presto de la pala de la vitoriosa forneira.

Pretendió entrar en la bestial plaza un gran filósofo y poner tienda de ser personas, feriando algunas verdades bien importantes, aforismos convenientes, pero jamás pudo introducirse ni despachó una tan sola verdad, ni el más mínimo desengaño; con que se hubo de retirar. Al contrario, llegó un embustero sembrando cien mil desatinos, vendiendo pronósticos llenos de disparates como que se había de perder España otra vez, que había acabado ya la casa otomana, leía profecías de moros y de Nostradamus, y al punto se llenó la tienda de gente y comenzó a despachar sus embustes con tanto crédito, que no se hablaba de otro, y con tal aseveración como si fueran evidencias. De modo que aquí más supone un adevino que Séneca, un embustero que un sabio.

Vieron en esto una monstrimujer, con tanto séquito, que muchos de los pasados y los más de los presentes la cortejaban, y todos con las bocas abiertas escuchándola. Era tan gruesa y tan asquerosa, que por doquiera que pasaba dejaba el aire tan espeso que le podían cortar. Revolvióle las entrañas al Sabio; comenzó a dar arcadas.

—¡Qué cosa tan sucia! —dijo Andrenio—. ¿Y quién es ésta?

—Ésta es —dijo el Cecrope— la Minerva de esta Atenas.

—Ésta la invencible y aun la crasa —dijo el Filósofo—. Ella puede ser Minerva, mas a fe que es pingüe. Y a quien tanto engorda, quién puede ser sino la ignorante satisfacción? Veamos dónde va a parar.

Pasó de las vendederas a sentarse en el banco del Cid.

—Aquélla —dijo el Cecrope— es la sapiencia de tanto lego. Allí están graduando a todos y calificando los méritos a cada uno; allí se dice el que sabe y el que no sabe, si el argumento fue grande, si el sermón docto, si tan bien discurrido como razonado, si el discurso fue cabal, si magistral la lición.

—¿Y quién son los que juzgan —preguntó Andrenio— los que dan el grado?

—¿Quiénes han de ser sino un ignorante y otro mayor, uno que ni ha estudiado ni visto libro en su vida, cuando mucho una *Silva de varia Lición* y el que más más, un *Para todos?*

—¡Oh! —dijo el Cecrope—, ¿no veis que éstos son los más plausibles personajes del mundo? Todos son bachilleres: aquél que veis allí muy grave es el que en la corte anda diciendo chistes, hace cuento de todo, muerde sin sal cuanto hay, saca sátiras, vomita pasquines, el duende de los corrillos; aquel otro es el que todo lo sabía ya, nada le cuentan de nuevo, saca gacetas y se escribe con todo el mundo, y no cabiendo en todo él, se entremete en cualquier parte; aquel licenciado es el que en las Universidades cobra las patentes, hace coplas, mantiene los corrillos, soborna votos, habla por todos, y en habiendo conclusiones, ni visto ni oído; aquel soldado nunca falta en las campañas, habla de Flandes, hallóse en el sitio de Ostende, conoció al duque de Alba, acude a la tienda del general, el demonio del mediodía, mantiene la conversación, cobra el primero, y el día de la pelea se hace invisible.

—Paréceme que todos ellos son zánganos del mundo —ponderó Andrenio—. ¿Y éstos son los que gradúan de valientes y de sabios?

—Y es de modo —respondió el Cecrope— que el que ellos una vez dan por docto, ése lo es, sepa o no sepa. Ellos hacen teólogos y predicadores buenos médicos y grandes letrados, y bastan a desacreditar un príncipe: dígalo el rey don Pedro. Mas, ¿qué?, si el barbero del lugar no quiere, nada valdrá el sermón más docto, ni será tenido por orador el mismo Tulio. A éstos están esperando que hablen los demás, sin osar decir blanco ni negro hasta que éstos se declaran, y al punto gritan: «¡Grande hombre, gran sujeto!» Y dan en alabar a uno sin saber en qué ni por qué; celebran lo que menos entienden y vituperan lo que no conocen, sin más entender ni saber.

Por eso, el buen político suele echar buena esquila que guíe el vulgo a donde él quiere.

—¿Y hay —preguntó Andrenio— quien se paga de tan vulgar aplauso?

—¿Cómo si hay? —respondió el Sabio—; y muchos, hombres vulgares, chabacanos, amigos de la popularidad y que la solicitan con milagrones que llamamos «pasmasimples» y «espantavillanos», obras gruesas y plausibles, porque aquí no tienen lugar los primores ni los realces. Páganse mucho otros de la gracia de las gentes, del favor del populacho; pero no hay que fiar en su gracia, que hay gran distancia de sus lenguas a sus manos: ¡qué fue verlos bravear ayer en un motín en Sevilla y enmudecer hoy en el castigo!; ¿qué se hicieron las manos de aquellas lenguas y las obras de aquellas palabras? Son sus ímpetus como los del viento, que cuando más furioso, calma.

Encontraron con unos que estaban durmiendo, y no apriesa, como encargaba el otro a su criado; no movían pie ni mano. Y era tal la vulgaridad, que los despiertos soñaban lo que los otros dormían, imaginando que hacían grandes cosas; y era de modo, que no corría otro en toda la plaza sino que estaban peleando y triunfando de los enemigos. Dormía uno a pierna tendida, y decían ellos estaba desvelándose, estudiando noche y día y quemándose las cejas. De esta suerte publicaban que eran los mayores hombres del mundo y gente de gran gobierno.

—¿Cómo es esto —dijo Andrenio—, hay tamaña vulgaridad?

—Mira —dijo el Sabio—, aquí si dan en alabar a uno, si una vez cobra buena fama, aunque se eche después a dormir, él ha de ser un gran hombre; aunque ensarte después cien mil disparates, dicen que son sutilezas, y que es la primera cosa del mundo: todo es que den en celebrarle. Y por el contrario, a otros que estarán muy despiertos haciendo cosas grandes, dicen que duermen y que nada valen. ¿Sabes tú lo que le sucedió aquí al mismo Apolo con su divina lira?: que desafiándole a tañer un zafio gañán con una pastoril zampona, nunca quiso el culto numen salir, con que se lo rogaron las musas; y el salvajaz le zahería su temor y se jactaba de la vitoria. No hubo remedio: no más de porque había de ser juez el vulgacho, no queriendo arriesgar su gran reputación a un juicio tan sin él. Y por no haber querido hacer otro tanto, fue condenada la dulcísima filomena en competencia del jumento. Y aun la rosa dicen estuvo a

pique de ser vencida de la adelfa, que desde entonces, por su indigno atrevimiento, quedó letal a los suyos. Ni el pavón se atrevió a competir de belleza con el cuervo, ni el diamante con el guijarro, ni el mismo sol con el escarabajo, con tener tan asegurado su partido, por no sujetarse a la censura de un vulgo tan desatinado. Mal señal, decía un discreto, cuando mis cosas agradan a todos; que lo muy bueno es de pocos, y el que agrada al vulgo, por consiguiente, ha de desagradar a los pocos, que son los entendidos. Asomó en esto por la plaza, haciéndola, un raro ente. Todos le recibieron con plausible novedad. Seguíale la turba, diciendo:

—Ahora en este punto llega del Jordán; más tiene ya de Cuatrocientos años.

—Mucho es —decía uno— que no le acompañen ejércitos de mujeres, cuando va a desarrugarse.

—¡Oh no! —decía otro—. ¿No veis que va en secreto? Pues si eso no fuera, ¡qué fuera!

—Por lo menos, ¿no se pudiera traer por acá botija de aquella agua?; que yo sé que vendiera cada gota a doblón de oro.

—No tiene él necesidad de dinero, pues cada vez que echa mano a la bolsa topa un patacón.

—¡Qué otra felicidad esa! No sé yo cuál me escogiera de las dos.

—¿Quién es éste? —preguntó Andrenio.

Y el Sabio:

—Éste es Juan de Para Siempre, que Juan había de ser.

Brollaban destas donosísimas vulgaridades, y todas muy creídas, levantando mil testimonios a la naturaleza y aun a la misma posibilidad. Sobre todo, estaban muy acreditados los duendes; había pasa de ellos, como de hechizadas; no había palacio viejo donde no hubiese dos por lo menos. Unos los veían vestidos de verde, otros de colorado, y lo más cierto de amarillo; y todos eran tamañicos, y tal vez con su capuchito, inquietando las casas; y nunca se aparecían a las viejas, que no dicen trasgos con trasgos. No moría mercader que no fuese rodeado de monas y de micos. Había brujas, tantas como viejas, y todas las malcontentas endiabladas; tesoros encantados y escondidos sin cuenta y con cuento, cavando muchos tontos por hallarlos; minas de oro y de plata riquísimas, pero tapiadas hasta que se acaben las Indias, las cuevas de Salamanca y Toledo: ¡mal año para quien se atreviera a dudarlas!

Mas he aquí que en un instante se comovió toda aquella acorralada necedad, sin saber cómo ni por qué, que es tan ordinario como fácil alborotarse un vulgo, y más si es tan crédulo como el de Valencia, tan bárbaro como el de Barcelona, tan necio como el de Valladolid, tan libre como el de Zaragoza, tan novelero como el de Toledo, tan insolente como el de Lisboa, tan hablador como el de Sevilla, tan sucio como el de Madrid, tan vocinglero como el de Salamanca, tan embustero como el de Córdoba y tan vil como el de Granada. Fue el caso que asomó por una de sus entradas, no la principal, donde todas son comunes, un monstruo, aunque raro muy vulgar: no tenía cabeza y tenía lengua, sin brazos y con hombros para la carga, no tenía pecho con llevar tantos, ni mano en cosa alguna; dedos sí, para señalar. Era su cuerpo en todo disforme, y como no tenía ojos, daba grandes caídas: era furioso en acometer, y luego se acobardaba. Hízose en un instante señor de la plaza, llenándola toda de tan horrible escuridad que no vieron más el sol de la verdad.

—¿Qué horrible trasgo es éste —preguntó Andrenio—, que así lo ha eclipsado todo?

—Éste es —respondió el Sabio— el hijo primogénito de la ignorancia, el padre de la mentira, hermano de la necedad, casado con su malicia: éste es el tan nombrado Vulgacho.

Al decir esto, descolgó el rey de los cíclopes de la cinta un retorcido caracol que hurtara a un fauno, y alentándolo de vanidad, fue tal su ruido y tan grande el horror que les causó, que agitados todos de un terror fanático, dieron a huir por cosa que no montaba un caracol. No fue posible ponerlos en razón, ni detenerlos, que no se desgalgasen muchos por las ventanas y balcones más a ciegas que pudieran en la plaza de Madrid. Huían los soldados gritando:

—¡Que nos cortan, que nos cortan!

Comenzaron algunos a herirse y a matarse más bárbaramente que gentílicos bacanales. Fuele forzoso a Andrenio retirarse a toda fuga, tan arrepentido como desengañado. Echaba mucho menos a Critilo, pero valióle la asistencia de aquel Sabio y la luz que la antorcha de su saber le comunicaba. Dónde fue aparar, dirá la crisi siguiente.

CRISI SEXTA

Cargos y descargos de la Fortuna

Comparecieron ante el divino trono de luceros el hombre y la mujer a pedir nuevas mercedes: que a Dios y al rey, pedir y volver. Solicitaban su perfección de manos de quien habían recibido el ser. Habló allí el hombre en primer lugar y pidió como quien era, porque viéndose cabeza, suplicó le fuese otorgada la inestimable prenda de la sabiduría. Pareció bien su petición, y decretósele luego la merced, con tal que pagase en agradecimientos la media anata. Llegó ya la mujer y, atendiendo a que, si no es cabeza, tampoco es pies, sino la cara, suplicó con mucho agrado al Hacedor divino que la dotase en belleza.

—*Fata* la gracia —dijo el gran Padre celestial—; serás hermosa, Pero con la pensión de tu flaqueza.

Partiéronse muy contentos de la divina presencia, que de ella nadie sale descontento, estimando el hombre por su mayor prenda el entendimiento, y la mujer la hermosura: él la testa y ella el rostro. Llegó esto a oídos de la Fortuna, y dicen quimereó agravios, dando quejas de que no hubiesen hecho caso de la ventura.

—¿Es posible —decía con profundo sentimiento— que nunca haya él oído decir: «Ventura te dé Dios, hijo…», ni ella: «Ventura de fea…»? Dejadles y veremos qué hará él con su sabiduría y ella con su lindeza, si no tienen ventura. Sepa, sabio él y linda ella, que de hoy adelante me han de tener por contraria: desde aquí me declaro contra el saber y la belleza. Yo les he de malograr sus prendas; ni él será dichoso, ni ella venturosa.

Desde este día aseguran que los sabios y entendidos quedaron desgraciados, todo les sale mal, todo se les despinta; los necios son los venturosos, los ignorantes favorecidos y premiados. Desde entonces se dijo: «Ventura de fea…» Poco vale el saber, el tener, los amigos y cuanto hay, si no tiene un hombre dicha; y poco le importa ser un sol a la que no tiene estrella.

Esto le ponderaba un enano al melancólico Critilo, desengañándole de su porfía en querer ver en persona la misma Sofisbella, empeño en que le había puesto el varón alado; el cual, sin poderle satisfacer, se le había desaparecido.

—Créeme —decía el enano— que todo pasa en imagen, y aun en imaginación, en esta vida: hasta esa casa del saber toda ella es apariencia. ¿Qué, pensabas tú ver y tocar con las manos la misma sabiduría? Muchos años ha que se huyó al cielo con las demás virtudes en aquella fuga general de Astrea. No han quedado en el mundo sino unos borrones de ella en estos escritos que aquí se eternizan. Bien es verdad que solía estar metida en las profundas mentes de sus sabios, mas ya aun ésos acabaron; no hay otro saber sino el que se halla en los inmortales caracteres de los libros: ahí la has de buscar y aprender.

—¿Quién, pues, fue —preguntó Critilo— el hombre de tan bizarro gusto, que juntó tanto precioso libro y tan selecto? ¿Cúyo es un tan erudito museo?

—Si estuviéramos en Aragón —dijo el Pigmeo—, yo creyera ser del duque de Villahermosa, don Fernando; si en París, del erudito duque de Orliens; si en Madrid, del gran Filipo; y si en Constantinopla, del discreto Osmán, conservado entre cristales. Mas, como digo, ven conmigo en busca de la Ventura, que sin ella ni vale el saber ni el tener, y todas las prendas se malogran.

—Quisiera hallar primero —replicó Critilo— aquel mi camarada que te he dicho que echó por la vereda de la Necedad.

—Si por ahí fue —ponderó el enano—, sin duda restará ya en casa de la Dicha, que antes llegan ésos que los sabios; ten por cierto que le hallaremos en aventajado puesto.

—¿Y sabes tú el camino de la Dicha? —preguntó Critilo.

—Ahí consiste la mayor dificultad; que una vez puestos en él, nos llevará al colmo de toda felicidad. Con todo, paréceme que es éste en lo desigual; demás que me dieron por señal esas yedras que arrimadas se empinan y entremetidas medran.

Llegó en eso un soldado muy de leva, que es gente que vive apriesa, y preguntó si iba bien para la Ventura.

—¿Cuál buscáis —dijo el enano—, la falsa o la verdadera?

—¿Pues qué, hay Ventura falsa? Nunca tal oí.

—¡Y cómo si la hay, Ventura hipócrita! Antes es la que hoy más corre; tiénese por dichoso uno en ser rico, y es de ordinario un desventurado; cuenta el otro por gran dicha el haber escapado en mil insultos de las manos de la justicia, y es ése su mayor castigo; «un ángel fue para mí aquel hombre», dice éste, y no fue sino un

demonio que le perdió; tiene aquél por gran suerte el no haber padecido jamás ni un revés de la Fortuna, y no es sino un bofetón de que no le ha tenido por hombre el cielo para fiarle un acto de valor; tal dice: «Dios me vino a ver», y no fue sino el mismo Satanás en sus logros, cuenta el otro por gran felicidad el no haber estado en su vida indispuesto, y hubiera sido su único remedio para sanar en el ánimo; alábase el lascivo de haber sido siempre venturoso con mujeres, y ésa es su mayor desventura; estima la otra desvanecida por su mayor dicha su buena gracia, y ésa fue su mayor desgracia. Así que los más de los mortales yerran en este punto, teniendo por felicidad la desdicha; que en errando los principios, todas salen falsas las consecuencias.

Entremetióseles un pretendiente (¡qué otro trasto éste del enfado!), y al punto comenzó a quejarse y murmurar, y un estudiante a contradecirle: que todos cuantos piensan saber algo, dan en espíritus de contradición. Pasaron de una en otra a burlarse del enano.

—Y tú —dijo el estudiante— ¿qué vas a buscar?

—Voy —dijo— a ser gigante.

—¡Bravo aliento! Pero ¿cómo podrá ser eso?

—Muy bien, como quisiere mi señora la Fortuna; que si ella favorece, los pigmeos son gigantes, y si no, los gigantes son pigmeos. Otros más ruines que yo están hoy bien encaramados; que no hay prendas que tengan, ni hay sabiduría ni ignorancia, ni valor ni cobardía, ni hermosura ni fealdad, sino ventura o desdicha, tener lunar o estrella: todo es risa lo demás. Al fin, ella se dará maña cómo yo sea grande o lo parezca, que todo es uno.

—¡Voto a tal —dijo el soldado—, que quiera o no, ella habrá de hacer la razón!

—No tan alto, señor soldado —dijo el estudiante—, más bajo.

—¡Éste es mi bajo, y mucho más he de alzar la voz, aunque sea en la sala de don Fernando Ruiz de Contreras! Peor es acobardarse con la Fortuna: sino mostrarla dientes, que sólo se burla con los sufridos; y así veréis que unos socarronazos, cuatro bellacones atrevidos se salen con cuanto quieren y se burlan de todo el mundo; ellos son los medrados, que de los hombres de bien no hay quien se acuerde. ¡Juro, voto que hemos de andar a mojicones y que ha de hacerme favor, aunque reviente!

—No sé yo cómo será eso —replicó el licenciado—, que la Fortuna no hay entenderla: tiene bravos reveses. A otros más estirados he oído ponderar que no hay tomarla el tino.

—Yo, por lo menos —dijo el cortesano— de mis zalemas pienso valerme y mil veces hacerla el buz.

—¡Buz de arca —dijo el soldado— ha de ser el mío! ¿Yo besarla la mano? Si me hiciese merced, eso bien; y si no, lo dicho, dicho.

—Ya me parece que me la veo —decía el enano— y que ella no me ve a mí, por ser pequeño, que sólo son visibles los bien vistos.

—Menos me verá a mí —dijo el estudiante—, por ser pobre; que a los deslucidos nadie los puede ver, aunque les salten al rostro los colores.

—¿Cómo os ha de ver —dijo el cortesano—, si es ciega?

—¿Y eso más? —ponderó Critilo—. ¿De cuándo acá ha cegado?

—No corre otro en la Corte.

—Pues ¿cómo podrá repartir los bienes?

—¿Cómo? A ciegas.

—Así es —dijo el estudiante—, y así la vio un sabio entronizada en un árbol muy copado, de cuyas ramas, en vez de frutos, pendían coronas, tiaras, cidaris, mitras, capelos, bastones, hábitos, borlas y otros mil géneros de insignias, alternados con cuchillos, dogales, remos, grillos y corazas. Estaban bajo el árbol confundidos hombres y brutos, un bueno y otro malo, un sabio y un jumento, un lobo y un cordero, una sierpe y una paloma. Sacudía ella a ciegas, esgrimiendo su palo, dé donde diere, y Dios te la depare buena; caía sobre la cabeza de uno una corona, y sobre el cuello del otro un cuchillo, sin más averiguar que la suerte; y las más veces se encontraban, pues daba en manos de uno un bastón, que estuviera mejor un remo; a un docto le caía una mitra allá en Cerdeña o acá en Jaca, y a un idiota bien cerca; todo a ciegas.

—Y aun a locas —añadió el estudiante.

—¿Cómo es eso? —replicó Critilo.

—Todos lo dicen que ha enloquecido, y se conoce, pues no va cosa con concierto.

—¿Y de qué enloqueció?

—Cuéntanse varias cosas. La más constante opinión es que la Malicia la ha dado bebedizos, y a título de descansarla, se la [ha]

alzado con el mando y así da a sus favoridos cuanto quiere; a los ladrones las riquezas, a los soberbios las honras, a los ambiciosos las dignidades, a los menguados las dichas, a las necias la hermosura, a los cobardes las vitorias, a los ignorantes los aplausos y a los embusteros todo; el más ruin jabalí se come la mejor bellota y así no van ya por méritos los premios ni por culpas los castigos; unos yerran y otros lo murmuran: al fin, todo va a locas, como digo.

—¿Y por qué no a malas también? —añadió el soldado—, pues la hacen fama de ruin, amiga de los jóvenes, siempre favoreciéndoles, y contraria de los varones ancianos y maduros, madrastra de los buenos, envidiosa con los sabios, tirana con los insignes, cruel con los afligidos, inconstante con todos.

—¿Es posible —ponderó Critilo— que de tantos azares se compone, y con todo eso, la vamos a buscar desde que nacimos, y más ciegos y más locos nos vamos tras ella?

Ya en esto se descubría un extravagante palacio que por una parte parecía edificio y por la otra ruina, torres de viento sobre arena, soberbia máquina sin fundamentos. Y de todo el que imaginaron edificio, no había sino la escalera; que en esta gran casa de la Fortuna no hay otro que subir y caer. Las gradas parecían de vidrio, más quebradizas cuanto más dobles, y todas llenas de deslizaderos. No había barandillas para tenerse, riesgos sí para rodar. El primer escalón era más dificultoso de subir que una montaña, pero una vez puestos en él, las demás gradas eran facilísimas. Al contrario sucedía en las de la otra banda para bajar, procediendo con tal correspondencia que, así como comenzaba uno a subir por esta parte, al punto caía otro por la otra, aunque más apriesa.

Llegaron cuando actualmente rodaba uno con aplauso universal, porque al punto que comenzó a tumbar, soltó de las manos la gran presa que había hecho de oficios y represa de beneficios: cargos, dignidades, riquezas, encomiendas, títulos, todo iba rodando allí abajo; daba aquí un bote una encomienda, y saltaba acullá a manos de un enemigo suyo; agarraba otro de vuelo del oficio, y todos andaban a la rebatiña, haciendo grande fiesta al trabajo ajeno: mas así se usa. Solemnizólo mucho Critilo y riéronlo todos, diciendo:

—¡Qué bravo chasco de la Fortuna!

—¡Pues si hubiérades visto rodar a Alejandro el Magno, aquel verle soltar un mundo entero y saltar tantas coronas, reinos y provincias como nueces cuesta abajo, y coja quien pudiere! Asegúroos que fue una Babilonia.

Acercóse Critilo a la primer grada con sus camaradas donde estaba toda la dificultad del subir, porque aquí asistía el Favor, primer ministro de la Fortuna y muy su confidente. Éste alargaba la mano a quien se le antojaba para ayudarle a subir, y esto sin más atendencia que su gusto, que debía ser muy malo, pues por maravilla daba la mano a ningún bueno, a ninguno que lo mereciese. Siempre escogía lo peor: en viendo un ignorante, le llamaba, y dejaba mil sabios. Y aunque todo el mundo le murmuraba, nada se le daba, que de sus temeridades tenía hechos callos en el qué dirán. De una legua columbraba un embustero, y a los hombres de substancia y de entereza no los podía ver, porque le parecía le notaban sus locuras y abominaban de sus quimeras. Pues un adulador, un mentiroso, no ya la mano, entrambos brazos le echaba; y para los hombres de veras y de su palabra era un topo, que jamás topó con un hombre de verdad. Siempre echaba mano de tales como él. Perdíase naturalmente por los hombres de tronera entregándolos cuanto hay, y así todo lo confundían. Había millares de hombres por aquel suelo aguardando los favoreciese: pero él, en viendo un entendido, un varón de prendas, decía:

—¡Oxte puto, quién [a] tal le ayudase! Es muy hombre, no conviene.

Sujeto, al fin, de bravo capricho. Era de modo que acababa con todos los hombres eminentes en gobierno, en armas, en letras, en grandeza y en nobleza: que había muchos y muy a propósito. Pero ¿qué mucho?, si descubrieron que estaba ciego de todas pasiones y andaba a ciegas topando con las paredes del mundo, acabando con todo él.

Ésta, como digo, era una escala para subir a lo alto. No tenía remedio Critilo por desconocido, ni el cortesano por conocido ni el estudiante ni el soldado por merecerlo; sólo el enano tuvo ventura, porque se le hizo pariente, y así luego estuvo arriba. Apurábase el soldado de ver que las gallinas volaban, y el estudiante de que los bestias corrían. Estando en esta dificultad, asomóse acullá en lo más alto Andrenio, que por lo vulgar había subido tan arriba y estaba muy adelantado en el valor. Conoció a Critilo, que no fue poco

desde tan alto y de donde muchos desconocieron a sus padres y hijos; mas fue llamada de la sangre. Diole luego la mano y levantóle, y entre los dos pudieron ayudar a subir los demás. Iban trepando por aquellas gradas con harta facilidad de una en otra, ganada la primera, de un cargo en otro y de un premio en muchos. Notaron una cosa bien advertida estando a media escalera, y fue que todos cuantos miraban de la parte de arriba y que subían adelante les parecían grandes hombres, unos gigantes, y gritaban:

—¡Qué gran rey el pasado! ¡Qué capitán aquél que fue! ¡Qué sabio el que murió!

Y al revés, todos cuantos venían atrás les parecían poca cosa y unos enanos.

—¡Qué cosa es —dijo Critilo— ir un hombre delante, aquello de ser primero, o venir detrás! Todos los pasados nos parece que fueron grandes hombres, y todos los presentes y los que vienen nos parecen nada; que hay gran diferencia en el mirar a uno como superior o inferior, desde arriba u desde abajo.

Llegaron ya a la última grada, donde estaba la Fortuna. Pero, ¡oh cosa rara!, ¡oh prodigio nunca creído, y de que quedaron atónitos y aun pasmados!, digo cuando vieron a una reina totalmente diversa de lo que habían concebido y muy otra de lo que todo el mundo publicaba, porque no sólo no era ciega como se decía, pero tenía en una cara de cielo al medio día, unos ojos más perspicaces que una águila, más penetrantes que un lince; su semblante, aunque grave, muy sereno, sin ceños de madrastra, y toda ella muy compuesta. No estaba sentada, porque siempre de leva y en continuo movimiento. Calzaba ruedecillas por chapines; su vestir era la mitad de luto y la otra mitad de gala. Mirándola y mirándose unos a otros, encogiéndose de hombros y arqueando las cejas, admirados de tal novedad, y aun dudaron si era ella.

—Pues ¿quién había de ser? —respondió la Equidad, que la asitía con unas balanzas en la mano.

Oyólo la misma Fortuna, que ya había notado de reojo los ademanes de su espanto, y con voz harto agradable les dijo:

—Llegáos acá, decí qué os habéis turbado. No reparéis en decir la verdad, que yo gusto mucho de los audaces.

Estaban todos tan mudos como encogidos. Sólo el soldado, con valentía en el desahogo y desahogo en el hablar, alzando la voz de modo que pudo oírle todo el mundo, dijo:

—Gran señora de los favores, reina poderosa de las dichas, yo te he de decir hoy las verdades. Todo el mundo, de cabo a cabo, desde la corona a la abarca, está murmurando de ti y de tus procederes. Yo te hablo claro, que los príncipes nunca estáis al cabo de las nuevas, siempre ajenos de lo que se dice.

—Ya sé que todos se quejan de mí —dijo ella misma—, pero ¿de qué y por qué? ¿Qué es lo que dicen?

—Mas ¡qué no dicen! —respondió el soldado—. Al fin, yo comienzo con tu licencia, si no con tu agrado. Dicen, lo primero, que eres ciega; lo segundo, que eres loca; lo tercero, necia; lo cuarto…

—Aguarda, aguarda. Basta, vete poco a poco —dijo—, que hoy quiero dar satisfación al universo. Protesto, lo primero, que soy hija de buenos, pues de Dios y de su divina providencia, y tan obediente a sus órdenes, que no se mueve una hoja de un árbol ni una paja del suelo sin su sabiduría y dirección. Hijos, es verdad que no los tengo, porque no se heredan ni las dichas ni las desdichas. El mayor cargo que me hacen los mortales, y el que yo más siento, es decir que favorezco a los ruines; que aquello de ser ciega, seréis vosotros testigos. Pues yo digo que ellos son los malos y de ruines procederes, que dan las cosas a otros tales como ellos. El ricazo da su hacienda al asesino, al valentón, al truhán, los cientos y los ducientos a la ramera, y trairá desnuda el ángel de una hija y el serafín de una virtuosa consorte: es esto emplean sus grandes rentas. Los poderosos dan los cargos y se apasionan por los que menos los merecen y positivamente los desmerecen, favorecen al ignorante, premian al adulador, ayudan al embustero, siempre adelantando los peores; y del más merecedor, ni memoria, cuanto menos voluntad. El padre se apasiona por el peor hijo, y la madre por la hija más loca, el príncipe por el ministro más temerario, el maestro por el discípulo incapaz, el pastor por la oveja roñosa, el prelado por el subdito relajado, el capitán por el soldado más cobarde, Y si no, mirad, cuando gobiernan hombres de entereza y de virtud, como ahora, si son estimados los buenos, si son premiados los sabios. Escoge el otro por amigo al enemigo de su honra, y por confidente al más ruin; con ése se acompaña, ése que le gasta la hacienda. Creedme que en los mismos hombres está el mal, ellos son los malos y los peores, ellos

ensalzan el vicio y desprecian la virtud, que no hay cosa hoy más aborrecida. Favorezcan ellos los hombres de bien, que yo deseo otro. Veis aquí mis manos: miradlas, reconocedlas, que no son mías; ésta es de un príncipe eclesiástico, y esta otra de un seglar; con éstas reparto los bienes, con éstas hago mercedes, con éstas dispenso las felicidades. Ved a quien dan estas manos, a quién medran, a quién levantan; que yo siempre doy las cosas por manos de los mismos hombres, ni tengo otras. Y para que veáis cuánta verdad es ésta: ¡Hola!, ¡hola!, llamadme aquí luego el Dinero, venga la Honra, los Cargos, Premios y Felicidades, venga acá cuanto vale y se estima en el mundo, comparezcan aquí todos cuantos se nombran bienes míos.

Concurrieron luego todos, y comenzó a alborotarlos cuerdamente.

—Venid acá —decía—; ruin canalla, gente baja y soez, que vosotros infames, me tenéis sin honra. Di, tú, bellacón, di, tú, Dinero, por qué estás reñido con los hombres de bien, por qué no vas a casa de los buenos y virtuosos. ¿Es posible que me digan que siempre andas con gente ruin, haciendo camarada con los peores del mundo, y me aseguran que nunca sales de sus casas? ¿Esto se puede tolerar?

—Señora —respondió el Dinero— primeramente, todos los ruines, como son rufianes, farsantes, espadachines y rameras, jamás tienen un real, ni para en su poder. Y si los buenos tampoco le tienen, no tengo yo la culpa.

—Pues ¿quién la tiene?

—Ellos mismos.

—¿Ellos, de qué suerte?

—Porque no me saben buscar: ellos no roban, no trampean, no mienten, no estafan, no se dejan cohechar, no desuellan al pobre, no chupan la sangre ajena, no viven de embeleco, no adulan, no son terceros, no engañan, ¿Cómo han de enriquecer si no me buscan?

—¿Qué, es menester buscarle? Vayase él, pues corre tanto, a sus casas mismas y ruégueles y sírvales.

—Señora, ya voy tal vez, o por premio o por herencia, y no me saben guardar: luego me echan la puerta afuera, haciendo limosnas, remediando necesidades, más que el arcipreste de Daroca; pagan luego todo lo que deben, prestan, son caritativos, no saben hacer una ruindad, y así luego me echan la puerta afuera.

—No es eso echarte a rodar, sino bien alto, pues en el cielo. Y tú, Honra, ¿qué respondes?

—Lo mismo, que los buenos no son ambiciosos, no pretenden, no se alaban, no se entremeten; antes, se humillan, se retiran del bullicio, no multiplican cartas, no presentan, y así, ni me saben buscar, ni a ellos los buscan.

—¿Y tú?, Hermosura.

—Que tengo muchos enemigos, todos me persiguen cuando más me siguen; quiérenme para el mundo, nadie para el cielo. Siempre ando entre locas y necias; las vanas me placean, me sacan a vistas; las cuerdas me encierran, me esconden, no se dejan ver. Y así, siempre me topan con gente ruin, a tontas y a locas.

—Habla tú, Ventura.

—Yo, señora, siempre voy con los mozos, porque los viejos no son atrevidos. Los prudentes, como piensan mucho, hallan grandes dificultades; los locos son arrojados, los temerarios no reparan, los desesperados no tienen qué perder: ¿qué quieres tú que diga?

—¿No veis —exclamó la Fortuna— lo que pasa?

Conocieron todos la verdad, y valióle. Sólo el soldado volvió a replicar, y dijo:

—Muchas cosas hay que no dependen de los hombres, sino que tú absolutamente las dispensas, las repartes como quieres, y se quejan que con notable desigualdad. Al fin, yo no sé cómo se es que todos viven descontentos: las discretas porque las hiciste feas, las hermosas porque necias, los ricos porque ignorantes, los sabios porque pobres, los poderosos sin salud, los sanos sin hacienda, los hacendados sin hijos, los pobres cargados dellos, los valientes porque desdichados, los dichosos viven poco, los desdichados son eternos. Así que a nadie tienes contento. No hay ventura cumplida ni contento puro, todos son aguados. Hasta la misma Naturaleza se queja o se excusa con que en todo te le opones. Siempre andáis las dos de punta, que tenéis escandalizado el mundo: si la una echa por un cabo, la otra por el otro. Por el mismo caso que la Naturaleza favorece a uno, tú le persigues; si ella da prendas, tú las desluces y las malogras, que vemos infinitos perdidos por esto, grandes ingenios sin ventura, valentías prodigiosas sin aplauso, un Gran Capitán retirado, un rey Francisco de Francia preso, un Enrique Cuarto muerto a puñaladas, un marqués del Valle pleiteando, un

rey don Sebastián vencido, un Belisario ciego, un duque de Alba encarcelado, un don Lope de Hoces abrasado, un Infante Cardenal antecogido, un príncipe don Baltasar, sol de España, eclipsado. Dígoos que traéis revuelto el mundo.

—Basta —dijo la Fortuna—, que lo que más me habían de estimar los hombres, eso me calumnian. ¡Hola, Equidad!, vengan las balanzas. ¿Véislas, véislas? Pues sabed que no doy cosa que no la pese y contrapese primero, igualando muy bien estas balanzas. Venid acá, necios, inconsiderados: si todo lo diera a los sabios, ¿qué hiciérades vosotros? ¿Habíais de quedar destituidos de todo? ¿Qué había de hacer una mujer si fuera necia y fea y desdichada?: desesperarse. ¿Y quién se pudiera averiguar con una hermosa, si fuera venturosa y entendida? Y si no, hagamos una cosa. Traigan acá todas mis dádivas; vengan las lindas: si tan desgraciadas son, truequen con las feas; vengan los discretos: si tan descontentos viven, truequen con los ricos necios, que todo no se puede tener.

Fue luego pesando sus dádivas y disfavores, coronas, cetros, tiaras, riquezas, oro, plata, dignidades y venturas. Y fue tal el contrapeso de cuidados a las honras, de dolores a los gustos, de descréditos a los vicios, de achaques a los deleites, de pensiones a las dignidades, de ocupaciones a los cargos, de desvelos a las riquezas, de trabajos a la salud, de crudezas al regalo, de riesgos a la valentía, de desdoros a la hermosura, de pobreza a las letras, que cada uno decía:

—Démonos por buenos.

—Estas dos balanzas —proseguía la Fortuna—somos la Naturaleza y yo, que igualamos la sangre: si ella se decanta a la una parte, yo a la otra; si ella favorece al sabio, yo al necio; si ella a la hermosa, yo a la fea; siempre al contrario, contrapesando los bienes.

—Todo eso está bien —replicó el soldado—, pero ¿porqué no has de ser constante en una cosa, y no andar variando cada día? ¿Para qué es buena tanta mudanza?

—¿Qué más quisieran los dichosos? —respondió la Fortuna—. ¡Bueno, por cierto, que siempre gozasen unos mismos los bienes, y que nunca les llegase su vez a los desdichados! De eso me guardaré yo muy bien. ¡Hola, Tiempo!, ande la rueda, dé una vuelta y otra vuelta, y nunca pare. Abátanse los soberbios y sean ensalzados los humildes, vayan a veces: sepan unos qué cosa es padecer y los otros gozar. Pues si aun con saber esto y llamarme la Mudable, no se dan

por entendidos los poderosos, los entronizados, ninguno se acuerda de mañana, despreciando los inferiores, atrepellando los desvalidos. ¿Qué hicieran si ellos supieran que no había de haber mudanza? ¡Hola, Tiempo!, ande la rueda. Si aun deste modo son intolerables los ricos, los mandones, ¿qué fuera si se aseguraran echando un clavo y su felicidad? Éste sí que fuera yerro. ¡Hola, Tiempo!, ande la rueda, y desengáñese todo el mundo que nada permanece sino la virtud.

No tuvo más que replicar el soldado; antes, volviéndose al estudiante, le dijo:

—Pues vosotros, los bachilleres, sois los que más satirizáis la Fortuna, ¿cómo calláis ahora? Decid algo, que en las ocasiones es el tiempo del hablar.

Confesó él que no era, sólo venía a pretender un beneficio bobo. Mas la Fortuna;

—Ya sé —dijo— que los sabios son los que hablan más mal de mí, y en eso muestran serlo.

Escandalizáronse todos mucho de oír esto. Y ella:

—Yo me desempeñaré. No es porque ellos así lo sientan, sino porque lo sienta el vulgo, para tener, a raya los soberbios: yo soy el coco de los poderosos, conmigo les hacen miedo. Teman los ricos, tiemblen los afortunados, escarmienten los validos, enfrénense todos. Una cosa os quiero confesar, y es que los verdaderos sabios, que son los prudentes y virtuosos, son muy superiores a las estrellas. Bien es verdad que tengo cuidado no engorden, porque no duerman; que el enjaulado jilguero, en teniendo qué comer, no canta. Y porque veáis que ellos saben ser dichosos. ¡Hola!, arrastrad aquella mesa.

Era redonda y capaz de todos lo siglos. En medio de ella se ostentaban muchas venturas en bienes, digo, cetros, tiaras, coronas, mitras, bastones, varas, laureles, púrpuras, capelos, tusones, hábitos, borlas, oro, plata, joyas, y todas sobre un riquísimo tapete. Mandó luego llamar todos los pretendientes de ventura, que fueron todos los vivientes: que ¿quién hay que no desee? Coronaron la gran mesa, y teniéndolos así juntos, les dijo:

—Mortales, todos estos bienes son para vosotros. ¡Alto!, disponeos para conseguirlos, que yo nada quiero repartir, por no tener quejosos; cada uno escoja lo que quisiere y coja lo que pudiere.

Hizo señal de agarrar, y al punto comenzaron todos a porfía a alargar los brazos y estirarse para alcanzar cada uno lo que deseaba, pero ninguno podía conseguirlo. Estaba ya uno muy cerca de alcanzar una mitra, aunque no la merecía tanto como un vicario general, y sea el doctor Sala; anduvo porfiando toda la vida tras ella, mas nunca la pudo asir, y murió con aquel buen deseo. Daba saltos un otro por una llave dorada, y aunque se fatigó y fatigó a los otros, como tenía dientes se le defendía. Empinábanse algunos al rojo y al cabo se quedaban en blanco. Anhelaba otro y aun sudaba tras un bastón, mas vino una bala y derribóle a la que le iba a empuñar. Cogían unos la carrera y muy de atrás, y a veces por rodeos y indirectas, daban valientes saltos por alcanzar alguna cosa, y quedábanse burlados. Andaba cierto personaje, aunque a lo disimulado, por alcanzar una corona, cansábase de ser príncipe de retén, mas quedóse con estas esperanzas. Llegó un bravo gigantón, un castillo de huesos, que ya está dicho de carne; no se dignó de mirar a los demás, burlándose de todos.

—Éste sí —dijeron— que se ha de alzar con todo, y más que tiene cien garras.

Alzó el brazo, que fue izar una entena, hizo temblar todos los bienes de la Fortuna, mas aunque le alargó mucho y le estiró cuanto pudo y casi casi llegó a rozarse con una corona, no la pudo asir; de que quedó hostigadísimo, maldiciendo y blasfemando su fortuna. Probábanse, ya por una parte y ya por otra, porfiaban, anhelaban y al cabo de todos se rendían.

—¿No hay algún sabio? —gritó la Fortuna—. Venga un entendido y pruébese.

Salió al punto un hombre muy pequeño de cuerpo, que los largos raras veces fueron sabios. Riéronse todos en viéndole, y decían:

—¿Cómo ha de conseguir un enano lo que tantos gigantes no han podido?

Mas él, sin hacer del hacendado, sin correr ni correrse, sin matarse ni matar, con linda maña, asiendo del tapete, lo fue tirando hacia sí y trayendo con él todos los bienes juntos. Aquí alzaron, todos el aplauso, y la Fortuna dijo:

—Ahora veréis el triunfo del saber.

Hallóse en un punto con todos los bienes en su mano, señor de todos ellos, fuelos tanteando, y habiéndolos sopesado, ni tomó la corona, ni la tiara, ni el capelo, ni la mitra sino una medianía, teniéndola por única felicidad. Viendo esto el soldado, llegóse a él y rogóle le alcanzase un bastón de aquéllos, y el cortesano un oficio. Preguntóle si quería ser ayuda de cámara, y él dijo:

—De cámara, no; de mesa, sí.

Mas no se halló tal plaza, que era muerta. Dábale una tenencia de la guarda; tampoco la acetó, por ser oficio de coscorrones, de más ruido que provecho.

—Toma, pues, esta llave capona.

—¿Y cómo comeré yo sin dientes? No te canses en buscarme oficio en palacio, que todo es ser mozo. Búscame un gobierno allá en Indias, y mejor cuanto más lejos.

Al estudiante le alcanzó su beneficio. Para Critilo y Andrenio un espejo de desengaños. Mas ya en esto, tocaron a despejar, el Tiempo con su muleta, la Muerte con su guadaña, el Olvido con su pala, la Mudanza dando temerarios empellones, el Disfavor puntapiés, la Venganza mojicones. Comenzaron a rodar unos y otros, por una y otra parte, que para el caer no había sino una grada, y ésa deslizadero; todo lo demás era un despeño.

Cómo salieron deste común riesgo nuestros dos peregrinos de la vida, que lo mejor del correr es un parar bien, y lo más dificultoso de la ventura es el buen dejo, ése será el principio de la crisi siguiente.

CRISI SÉPTIMA

El hiermo de Hipocrinda

Componían al hombre todas las demás criaturas tributándole perfecciones, pero de prestado; iban a porfía amontonando bienes sobre él, mas todos al quitar: el cielo le dio la alma, la tierra el cuerpo, el fuego el calor, el agua los humores, el aire la respiración, las estrellas ojos, el sol cara, la fortuna haberes, la fama honores, el tiempo edades, el mundo casa, los amigos compañía, los padres naturaleza y los maestros la sabiduría. Mas viendo él que todos eran bienes muebles, no raíces, prestados todos y al quitar, dicen que preguntó:

—Pues ¿qué será mío? Si todo es de prestado, ¿qué me quedará?

Respondiéronle que la virtud. Ésa es bien propio del hombre, nadie se la puede repetir. Todo es nada sin ella, y ella lo es todo; los demás bienes son de burlas, ella sola es de veras. Es alma de la alma, vida de la vida, realce de todas las prendas, corona de las perfecciones y perfección de todo el ser; centro es de la felicidad, trono de la honra, gozo de la vida, satisfación de la conciencia, respiración del alma, banquete de las potencias, fuente del contento, manantial de la alegría. Es rara porque dificultosa, y donde quiera que se halla es hermosa, y por eso tan estimada. Todos querrían parecer tenerla, pocos de verdad la procuran. Hasta los vicios se cubren con su buena capa y mienten sus apariencias; los más malos querrían ser tenidos por buenos. Todos la querrían en los otros, mas no en sí mismos: pretende éste que aquél le guarde fidelidad en el trato, que no le murmure, ni le mienta, ni le engañe, trate siempre verdad, que en nada le ofenda ni agravie, y él obra todo lo contrario. Con ser tan hermosa, noble y apacible, todo el mundo se ha mancomunado contra ella; y es de modo que la verdadera virtud ya no se ve ni parece, sino la que le parece: cuando pensamos está en alguna parte, topamos con sola su sombra, que es la hipocresía. De suerte que un bueno, un justo, un virtuoso florece como la fénix, que por único se lleva la palma.

Esto les iba ponderando a Critilo y Andrenio una agradable doncella, ministra de la Fortuna, de sus más allegadas, que compadecida de verlos en el común riesgo, estando ya para

despeñarse, los asió del copete de la ocasión y los detuvo, y dando una voz al Acaso, le mandó echar la puente levadiza, con que los transpuso de la otra parte de un alto al otro, de la Fortuna a la Virtud, con que se libraron del fatal despeño.

—Ya estáis en salvo —les dijo—, dicha de pocos lograda, pues vistes caer mil a vuestro lado y diez mil a vuestra diestra. Seguid ese camino sin torcer a un lado ni a otro, aunque un ángel os dijese lo contrario, que él os llevará al palacio de la hermosa Virtelia, aquella gran reina de las felicidades. Presto le divisaréis encumbrado en las coronillas de los montes. Porfiad en el ascenso, aunque sea con violencias, que de los valientes es la corona; y aunque sea áspera la subida, no desmayéis, poniendo siempre la mira en el fin premiado.

Despidióse con mucho agrado, echándoles los brazos, volvióse a pasar de la otra parte, y al mismo punto levantaron la puente.

—¡Oh! —dijo Critilo—, ¡qué cortos hemos andado en no preguntarla quién era! ¿Es posible que no hayamos conocido una tan gran bien hechora?

—Aún estamos a tiempo —dijo Andrenio—, que aún no la habemos perdido ni de vista ni de oída.

Diéronla voces, y ella volvió un cielo en su cara y dos soles en su cielo, esparciendo favorables influencias.

—Perdona, señora —dijo Critilo—, nuestra inadvertencia, no grosería, y así te favorezca tu reina más que a todas que nos digas quién eres.

Aquí ella, sonriéndose:

—No lo queráis saber —dijo—, que os pesará.

Pero ellos, más deseosos con esto, porfiaron en saberlo, y así les dijo:

—Yo soy la hija mayor de la Fortuna, yo la pretendida de todos, yo la buscada, la deseada, la requerida: yo soy la Ventura.

Y al momento se traspuso.

—Juráralo yo —dijo suspirando Critilo— que, en conociéndote, habías de desaparecer. ¡Hase visto más poca suerte en la dicha! Así acontece a muchos cada día. ¡Oh cuántos, teniendo la dicha entre manos, no la supieron conocer, y después la desearon! Pierde uno los cincuenta, los cien mil de hacienda, y después guarda un real; no estima el otro la consorte casta y prudente que le dio el cielo y después la suspira muerta y adorada en la segunda; pierde éste el

puesto, la dignidad, la paz, el contento, el estado, y después anda mendigando mucho menos.

—Verdaderamente que nos ha sucedido —dijo Andrenio— lo que a un galán apasionado que, no conociendo su dama, la desprecia, y después, perdida la ocasión, pierde el juicio.

—Desta suerte malograron muchos el tiempo, la ocasión, la felicidad, la comodidad, el empleo, el reino, que después lo lamentaron harto: así sollozaba el rey navarro pasando el Pirineo y Rodrigo en el río de su llanto. ¡Pero desdichado, sobre todo, quien pierda el cielo!

Así se iban lamentando, prosiguiendo su viaje, cuando se les hizo encontradizo un hombre venerable por su aspecto, muy autorizado de barba, el rostro ya pasado y todas sus facciones desterradas, hundidos los ojos, la color robada, chupadas las mejillas, la boca despoblada, ahiladas las narices, la alegría entredicha, el cuello de azucena lánguido, la frente encapotada; su vestido, por lo pío, remendado, colgando de la cinta unas disciplinas, lastimando más los ojos del que las mira que las espaldas del que las afecta, zapatos doblados a remiendos, de más comodidad que gala: al fin, él parecía semilla de ermitaños. Saludóles muy a lo del cielo, para ganar más tierra, y preguntóles para dónde caminaban.

—Vamos —respondió Critilo— en busca de aquella flor de reinas, la hermosa Virtelia, que nos dicen mora aquí en lo alto de un monte, en los confines del cielo. Y si tú eres de su casa y de su familia, como lo pareces, suplícote que nos guíes.

Aquí él, después de una gran tronada de suspiros, prorrumpió en una copiosa lluvia de lágrimas.

—¡Oh cómo vais engañados —les dijo—, y qué lástima que os tengo! Porque esa Virtelia, que buscáis, reina es, pero encantada. Vive, aunque más muere, en un monte de dificultades, poblado de fieras, serpientes que emponzoñan, dragones que tragan, y sobre todo hay un león en el camino que desgarra a cuantos pasan; a más de que la subida es inaccesible, al fin cuesta arriba, llena de malezas y deslizaderos donde los más caen, haciéndose pedazos. Bien pocos son y bien raros los que llegan a lo alto. Y cuando toda esa montaña de rigores hayáis sobrepujado, queda lo más dificultoso, que es su palacio encantado, guardadas sus puertas de horribles gigantes que, con mazas aceradas en las manos, defienden la entrada, y son tan

espantosos, que sólo el imaginarlos arredra. Verdaderamente me hacéis duelo de veros tan necios que queráis emprender tanto imposible junto. Un consejo os daría yo, y es que echéis por el atajo, por donde hoy todos los entendidos y que saben vivir caminan. Porque habéis de saber que aquí más cerca, en lo fácil, en lo llano, mora otra gran reina muy parecida en todo a Virtelia en el aspecto, en el buen modo, hasta en el andar, que la ha cogido los aires: al fin, un retrato suyo; sólo que no es ella, pero más agradable y más plausible, tan poderosa como ella y que también hace milagros. Para el efecto es la misma, porque, decidme, vosotros ¿qué pretendéis en buscar a Virtelia y tratarla?, ¿que os honre, que os califique, que os abone para conseguir cuanto hay, la dignidad, el mando, la estimación, la felicidad, el contento? Pues sin tanto cansancio, sin costaros nada, a pierna tendida, lo podéis aquí conseguir; no es menester sudar, ni afanar, ni reventar como allá. Dígoos que éste es el camino de los que bien saben; todos los entendidos echan por este atajo, y así está hoy tan valido en el mundo que no se usa otro modo de vida.

—¿De suerte —preguntó Andrenio, ya vacilando— que esa otra reina que tú dices es tan poderosa como Virtelia?

—Y que no la debe nada —respondió el Ermitaño—. Lo que es el parecer, tan bueno le tiene y aun mejor, y se precia dello y procura mostrarlo.

—¿Qué, puede tanto?

—Ya os digo que obra prodigios. Otra ventaja más, y no la menos codiciable, que podréis gozar de los contentos, de los gustos desta vida, del regalo, de la comodidad, de la riqueza, juntamente con este modo de virtud; que aquella otra, por ningún caso los consiente. Ésta en nada escrupulea, tiene buen estómago, con tal que no haya nota ni se sepa: todo ha de ser en secreto. Aquí veréis juntos aquellos dos imposibles de cielo y tierra juntos, que los sabe lindamente hermanar.

No fue menester más para que se diese por convencido Andrenio; hízose al punto de su banda, ya le seguía, ya volaban.

—¡Aguarda —decía Critilo—, que te vas a perder!

Mas él respondía:

—¡No quiero montes! ¡Quita allá gigantes, leones, guarda!

Iban ya de carrera arrancada, seguíales Critilo voceando:

—Mira que vas engañado.

Y él respondía:

—¡Vivir, vivir! ¡Virtud holgada, bondad al uso!

—Seguidme, seguidme —repetía el falso Ermitaño—, que éste es el atajo del vivir; que lo demás es un morir continuado.

Fuelos introduciendo por un camino encubierto y aun solapado entre arboledas y ensenadas, y al cabo de un laberinto con mil vueltas y revueltas dieron en una gran casa harto artificiosa que no fue vista hasta que estuvieron en ella. Parecía convento en el silencio y todo el mundo en la multitud: todo era callar y obrar, hacer y no decir, que aun campana no se tañía por no hacer ruido: no se dé campanada. Era tan espaciosa y había tanta anchura, que cabrían en ella más de las tres partes del mundo, y bien holgadas. Estaba entre unos montes que la impedían el sol, coronada de árboles tan crecidos y tan espesos, que la quitaban la luz con sus verduras.

—¡Qué poca luz tiene este convento! —dijo Andrenio.

—Así conviene —respondió el Ermitaño—, que donde se profesa tal virtud no conviene lucimientos.

Estaba la puerta patente, y el portero muy sentado, por no cansarse en abrir. Tenía calzados unos zuecos de conchas de tartugas, desaliñadamente sucio y remendado.

—Este —dijo Critilo—, a ser hembra, fuera la Pereza.

—¡Oh no! —dijo el Ermitaño—, no es sino el Sosiego; no hace aquello de dejamiento, sino de pobreza; no es suciedad, sino desprecio del mundo.

Saludóles, dando gracias de su linda vida; intimóles luego sin moverse, con un gancho, un letrero que estaba encima de la puerta y decía con unas letras góticas: *Silencio.* Y comentóseles el Ermitaño:

—Quiere decir que de aquí adentro, no se dice lo que se siente, nadie habla claro, todos se entienden por señas: aquí callar, y callemos.

Entraron en el claustro, pero muy cerrado, que es lo más cómodo para todos tiempos. Iban ya encontrando algunos que en el hábito parecían monjes y era (aunque al uso) bien extraño: por defuera lo que se veía era de piel de oveja, mas por dentro lo que no se parecía era de lobos novicios, que quiere decir rapaces. Notó Critilo que todos llevaban capa, y buena.

—Es instituto —dijo el Ermitaño—. No se puede deponer jamás, ni hacer cosa que no sea con capa de santidad.

—Yo lo creo —dijo Critilo—, y aun con capa de lastimarse está aquél murmurando de todo, con capa de corregir se venga el otro, con capa de disimular permite éste que todo se relaje, con capa de necesidad hay quien se regala y está bien gordo, con capa de justicia es el juez un sanguinario, con capa de celo todo lo malea el envidioso, con capa de galantería anda la otra libertada.

—Aguarda —dijo Andrenio—, ¿quién es aquélla que pasa con capa de agradecimiento?

—¿Quién ha de ser sino la Simonía? Y aquella otra, la Usura paliada. Con capa de servir a la república y al bien público se encubre la ambición.

—¿Quien sera aquél que toma la capa o el manto para ir al sermón, a visitar el santuario, y parece el Festejo?

—El mismo.

—¡Oh maldito sacrilego!

—Con capa de ayuno ahorra la avaricia, con capa de gravedad nos quiere desmentir la grosería. Aquél que entra allí parece que lleva capa de amigo, y realmente lo es, y aun con la de pariente se introduce el adulterio.

—Éstos —dijo el Ermitaño— son de los milagros que obra cada día esta superiora, haciendo que los mismos vicios pasen plaza de virtudes y que los malos sean tenidos por buenos y aun por mejores; los que son unos demonios, hace que parezcan unos angelitos, y todo con capa de virtud.

—Basta —dijo Critilo— que desde que al mismo Justo le sortearon la capa los malos, ya la tienen por suerte: andan con capa de virtud, queriendo parecer al mismo Dios y a los suyos.

—¿No notáis —dijo el falso Ermitaño y verdadero embustero— qué ceñidos andan todos cuando menos ajustados?

—Sí —dijo Critilo—, pero con cuerda.

—Eso es lo bueno —respondió—, para hacer bajo cuerda cuanto quieren, y todo va bajo manga: no se les ven las manos, tanto es su recato.

—No sea —replicó Critilo— que tiren la piedra y escondan la mano.

—¿No veis aquel bendito qué fuera del mundo anda, qué metido va? Pues no piensa en cosa suya, sino en las ajenas, que no tiene cosa propia. No se le ve la cara: no es lo mejor lo descarado. A nadie mira a la cara, y a todos quita el sombrero; anda descalzo por no ser sentido, tan enemigo es de buscar ruido.

—¿Quién es el tal? —preguntó Andrenio— ¿Es profeso?

—Sí, con que cada día toma el hábito y es muy bien disciplinado. Dicen que es un arrapa-altares por tener mucho de Dios. Hace una vida extravagante: toda la noche vela, nunca reposa. No tiene cosa ni casa suya, y así es dueño de todas las ajenas; y sin saber cómo ni por dónde, se entra en todas y se hace luego dueño dellas. Es tan caritativo, que todos ayuda a llevar la ropa, y a cuantos topa las capas; y así le quieren de modo que, cuando ni parte de alguna, todos quedan llorando y nunca se olvidan dél.

—Éste —dijo Adrenio—, con tantas prendas ajenas, más me huele a ladrón que a monje.

—Ahí verás el milagro de nuestra Hipocrinda, que siendo lo que tú dices, le hace parecer un bendito: tanto que está ya consultado en un gran cargo, en competencia de otro de casa de Virtelia, y se tiene por cierto que le ha de hurtar la bendición; y cuando no, trata de irse a Aragón, donde muera de viejo.

—¡Qué lucido está aquel otro! —dijo Critilo.

—Es honra de penitencia —respondió el Ermitaño—, y aunque tan bueno, no puede tenerse en pie ni acierta a dar un paso.

—Bien lo creo, que no andará muy derecho.

—Pues sabed que es un hombre muy mortificado: nadie le ha visto comer jamás.

Eso creeré yo, que a nadie convida, con ninguno parte: todo es predicar ayuno, y no miente, que en habiéndose comido un capón, con la verdad dice: «Hay uno.»

—Yo juraré por él que en muchos años no se ha visto un pecho de perdiz en la boca.

—¡Y yo también!

—Y tras toda esta austeridad que usa consigo, es muy suave.

—Así lo entiendo, suave de día y suave de noche; mas ¿cómo está tan lucido?

—Ahí verás la buena conciencia, tiene buen buche, no se ahoga con poco ni se ahita con cosillas; engorda con la merced de Dios, y así todos le echan mil bendiciones. Pero entremos en su celda, que es muy devota.

Recibiólos con mucha caridad y franqueóles una alacena, no tan a secas, que no fuese de regadío, dando fruto de dulces, perniles y otros regalos.

—¿Así se ayuna? —dijo Critilo.

—Y así hay una gentil bota —respondió el Ermitaño—. Éstos son los milagros desta casa: que siendo éste antes tenido por un Epicuro, en tomando tan buena capa se ha trocado de modo que compite con un Macario. Y es tanta verdad ésta, que antes de mucho le veréis con una dignidad.

—¿También hay soldados cofadres de la apariencia? —pregunto Andrenio.

—Y son los mejores —respondió el Ermitaño—: tan buenos christianos, que aun al enemigo no le quieren hacer mala cara, con que no lo querrían ver. ¿No ves aquél? Pues en dando un Santiago, se mete a peregrino. En su vida se sabe que haya hecho mal a nadie; no tengan miedo que él beba la sangre de su contrario. Aquellas plumas que tremola, yo juraría que son más de Santo Domingo de la Calzada que de Santiago. El día de la muestra es soldado, y el de la batalla, Ermitaño; más hace él con un lanzón que otros con una pica; sus armas siempre fueron dobles; desde que tomó capa de valiente es un Ruy Díaz atildado. Es de tan sano corazón, que siempre le hallarán en el cuartel de la salud; no es nada vanaglorioso, y así suele decir que más quiere escudos que armas; en dando un espaldar al enemigo, acude al consejo con un peto. Y así es tenido por un buen soldado, muy aplaudido, y en competencia de dos Bernardos está consultado en un generalato, y dicen que él será el hombre y los otros se lo jugarán; que aquí más importa el parecer que el ser. Aquel otro es tenido por un pozo de sabiduría, más honda que profunda, y él dice que en eso está su gozo. Aquí más valen textos que testa. Nunca se cansa de estudiar, su mayor conceto dice ser el que dél se tiene, y aun todos los ajenos nos vende por suyos, que para eso compra los libros. De letras, menos de la mitad basta, y lo demás de fortuna, que el aplauso más ruido hace en vacío. Y al fin, más fácil es y menos cuesta el ser tenido por docto, por valiente y por bueno, que el serlo.

—¿De qué sirven —preguntó Andrenio— tantas estatuas como aquí tenéis?

—¡Oh! —dijo el Ermitaño—, son ídolos de la imaginación, fantasmas de la apariencia: todas están vacías, y hacemos creer que están llenas de substancia y solidez. Métese uno por dentro en la de un sabio, y húrtale la voz y las palabras; otro en la de un señor, y a todos manda y todos sin réplica le obedecen, pensando que habla el poderoso, y no es sino un bergante. Ésta tiene la nariz de cera, que se la tuercen y retuercen como quieren la información y la pasión, ya al derecho, ya al siniestro, y ella pasa por todo. Mirá bien, reparad en aquel ministro de justicia qué celoso, qué justiciero se muestra; no hay alcalde Ronquillo rancio ni fresco Quiñones que le llegue; con nadie se ahorra y con todos se viste; a todos les va quitando las ocasiones del mal, para quedarse con ellas; siempre va en busca de ruindades, y con ese título entra en todas las casas ruines libremente, desarma los valientes y hace en su casa una armería, destierra los ladrones por quedar él solo. Siempre va repitiendo «¡Justicia!», mas no por su casa. Y todo esto, con buen título, y aun colorado.

Vieron otros dos que, con nombre de celosos, eran dos grandísimos impertinentes: todo lo querían remediar, y todo lo inquietaban, sin dejar vivir a nadie, diciendo se perdía el mundo, y ellos eran los más perdidos. A esta traza iban encontrando raros milagros de apariencia, extrañas maravillas de la hipocresía, que engañaran a un Ulises.

—Cada día acontece —pondera el Ermitaño— salir de aquí un sujeto amoldado en esta oficina, instruido en esta escuela, en competencia de otro de aquélla de arriba, de la verdadera y sólida virtud, pretendiendo ambos una dignidad, y parecer éste mil veces mejor, hallar más favor, tener más amigos, y quedarse el otro corrido y aun cansado; porque los más en el mundo no conocen ni examinan lo que cada uno es, sino lo que parece. Y creedme que de lejos tanto brilla un claveque como un diamante, pocos conocen las finas virtudes, ni saben distinguirlas de las falsas. Veis allí un hombre más liviano que un bofe, y parece en lo exterior más grave que un presidente.

—¿Cómo es eso? —dijo Andrenio—, que querría aprender esta arte de hacer parecer. ¿Cómo se hacen esos plausibles milagros?

—Yo os lo diré. Aquí tenemos variedad de formas para amoldar cualquier sujeto por incapaz que sea, y ajustarle de pies a cabeza. Si pretende alguna dignidad, le hacemos luego cargado de espaldas; si casamiento, que ande más derecho que un huso; y aunque sea un chisgarabís, le hacemos que muestre autoridad, que ande a espacio, hable pausado, arquee las cejas, pare gesto de ministro y de misterio, y para subir alto, que hable bajo; ponémosle unos antojos, aunque vea más que un lince, que autorizan grandemente; y más, cuando los desenvaina y se los calza en una gran nariz y se pone a mirar de a caballo, hace estremecer los mirados. A más desto tenemos muchas maneras de tintes que de la noche a la mañana transfiguran las personas de un cuervo en un cisne callado, y que si hablare, sea dulcemente palabras confitadas; si tenía piel de víbora, le damos un baño de paloma, de modo que no muestre la hiel, aunque la tenga, ni se enoje jamás, porque se pierde en un instante de cólera cuanto se ha ganado de crédito de juicio en toda la vida, mucho menos muestre asomo de liviandad ni en el dicho ni en el hecho.

Vieron uno, que estaba escupiendo y haciendo grandes ascos.

—¿Qué tiene éste? —preguntó Andrenio.

—Acércate y le oirás decir mucho mal de las mujeres y de sus trajes.

Cerraba los ojos por no verlas.

—Éste sí —dijo el Ermitaño— que es cauto.

—Más valiera casto —replicó Critilo—, que desta suerte abrasan muchos el mundo en fuego de secreta lujuria; introdúcense en las casas como golondrinas, que entran dos y salen seis. Mas ahora que hemos nombrado mujeres, dime, ¿no hay clausura para ellas? Pues, de verdad, que pueden profesar de enredo.

—Sí le hay —dijo el Ermitaño—, convento hay y bien malignante: ¡Dios nos defienda de su multitud! Aquí están desta parte.

Y asomóles a una ventana para que viesen de paso, no de propósito, su proceder. Vieron ya unas muy devotas, aunque no de San Lino ni de San Hilario, que no gustan de devociones al uso: sí de San Alejos y de toda romería.

—Aquélla, que allí se parece —dijo el Ermitaño—, es la viuda recatada, que cierra su puerta al Ave María. Mira la doncella que puesta en pretina.

—No sea en cinta.

—Aquella otra es una bella casada; tiénela su marido por una santa.

—Y ella le hace fiestas, cuando menos de guardar.

—A esta otra nunca le faltan joyas.

—Porque ella lo es buena.

—A aquélla la adora su marido.

—Será porque lo dora.

—No gusta de galas, por no gastar la hacienda.

—Y gástale la honra.

—De aquélla dice su marido que metería las manos en un fuego por ella.

—Más valiera que las pusiera en ella y apagara el de su lujuria.

Estaba una riñendo unas criadas pequeñas porque brujuleó no sé qué ceños, y ella con mayor decía:

—¡En esta casa no se consiente ni aun el pensamiento!

Y repetía entre dientes la criada el eco.

—Desta otra anda siempre predicando su madre lo que ella no se confiesa.

Decía otra buena madre de su hija.

—Es una bienaventurada.

Y era así, que siempre quisiera estar en gloria.

—¿Cómo están tan descoloridas aquéllas? —reparó Andrenio.

Y el Ermitaño:

—Pues no es de malas, sino de puro buenas: son tan mortificadas, que echan tierra en lo que comen.

—No sea barro.

—Mira qué celosas se muestran éstas.

—Más valiera celadas.

—¿Nunca llegamos —dijo Critilo— a ver esta virtud acomodada, esta prelada suave, esta plática bondad?

—No tardaremos mucho —respondió el Ermitaño—, que ya entramos en el refitorio, donde estará sin duda haciendo penitencia.

Fueron entrando y descubriendo cuerpo y cuerpo, y más cuerpo: al fin, una mujer toda carne y nada espíritu. Tenía el gesto estragado (mas no el gusto), desmentidor del regalo; y cuanto más amarillo, dice que tiene mejor color. Hasta el rosario era de palo santo, y tenía por extremo (que siempre anda por ellos) una muerte, para darse mejor vida. Estaba sentada, que no podía tenerse en pie, equivocando regüeldos con suspiros, muy rodeada de novicios del mundo, dándoles liciones de saber vivir.

—No me seáis simples —les decía—, aunque lo podéis mostrar, que es gran ciencia mostrar no saber. Sobretodo, os encomiendo el recato y el no escandalizar.

Ponderábales la eficacia de la apariencia.

—Aquí está todo en el bien parecer, que ya en el mundo no se atiende a lo que son las cosas, sino a los que parecen; porque, mirad —decía—, unas cosas hay que ni son ni lo parecen, y ésa es ya necedad: que aunque no sea de ley, procure parecerlo; otras hay que son y lo parecen, y eso no es mucho; otras que son y no parecen, y ésa es la suma necedad. Pero el gran primor es no ser y parecerlo, eso sí que es saber. Cobrad opinión y conservadla, que es fácil, que los más viven de crédito. No os matéis en estudiar, pero alabaos con arte; todo médico y letrado han de ser ostentación; mucho vale el pico, que hasta un papagayo, porque le tiene, halla cabida en los palacios y ocupa el mejor balcón. Mira que os digo que si sabéis vivir, os sabréis acomodar; y sin trabajo alguno, sin que os cueste cosa, sin sudar ni reventar, os he de sacar personas: por lo menos, que lo parezcáis de modo que podáis ladearos con los más verdaderos virtuosos, con el más nombre de bien. Y si no, tomad ejemplo en la gente de autoridad y de experiencia, y veréis lo que han aprovechado con mis reglas y en cuán gran predicamento están hoy en el mundo ocupando los mayores puestos.

Estaba tan admirado Andrenio cuan pagado de tan barata felicidad, de una virtud tan de balde, sin violencias, sin escalar montañas de dificultades, sin pelear con fieras, sin correr agua arriba, sin remar ni sudar. Trataba ya de tomar el hábito de una buena capa para toda libertad y profesar de hipócrita, cuando Critilo, volviéndose a su Ermitaño, le preguntó:

—Dime, por tu vida larga, si no buena, con esta virtud fingida ¿podremos nosotros conseguir la felicidad verdadera?

—¡Oh pobre de mí! —respondió el Ermitaño—, en eso hay mucho que decir: quédese para otra sitiada.

CRISI OCTAVA

Armería del Valor

Estando ya sin virtud el Valor, sin fuerzas, sin vigor, sin brío y a punto de expirar, dícese que acudieron allá todas las naciones, instándole hiciese testamento en su favor y les dejase sus bienes.

—No tengo otros que a mí mismo —les respondió—. Lo que yo os podré dejar será este mi lastimoso cadáver, este esqueleto de lo que fui. Id llegando, que yo os lo iré repartiendo.

Fueron los primeros los italianos, porque llegaron primeros, y pidieron la testa.

—Yo os la mando —dijo—. Seréis gente de gobierno, mandaréis el mundo a entrambas manos.

Inquietos los franceses, fuéronse entremetiendo, y deseosos de tener mano en todo, pidieron los brazos.

—Temo —dijo— que si os los doy, habéis de inquietar todo el mundo. Seréis activos, gente de brazo, no pararéis un punto: malos sois para vecinos.

Pero los genoveses, de paso, les quitaron las uñas, no dejándoles ni con qué asir ni con qué detener las cosas; pero a los españoles les han dado tan valientes pellizcos en su plata, que no hiciera más una bruja, chupándoles la sangre cuando más dormidos.

—Item más, dejo el rostro a los ingleses. Seréis lindos, unos ángeles; mas temo que, como las hermosas, habéis de ser fáciles en hacer cara a un Calvino, a un Lutero y al mismo diablo. Sobre todo, guardaos no os vea la vulpeja, que dirá luego aquello de «hermosa *fachata,* mas sin celebro».

Muy antentos, los venecianos pidieron los carrillos. Riéronse los demás, pero el Valor:

—No lo entendéis —les dijo—. Dejad, que ellos comerán con ambos, y con todos.

Mandó la lengua a los sicilianos, y habiendo duda entre ellos y los napolitanos, declaró que a las dos Sicilias; a los irlandeses, el hígado; el talle, a los alemanes.

—Seréis hombres de gentil cuerpo, pero mira que no lo estiméis más que el alma.

La melsa a los polacos; el liviano, a los moscovitas, todo el vientre a los flamencos y holandeses:

—Con tal que no sea vuestro Dios.

El pecho a los suecos, las piernas, a los turcos, que con todos pretenden hacerlas, y donde una vez mete el pie, nunca más lo levantan; las entrañas, a los persas, gente de buenas entrañas; a los africanos, los huesos, que tengan que roer, como quien son; las espaldas a los chinas, el corazón a los japones, que son los españoles del Asia, y el espinazo a los negros.

Llegaron los últimos los españoles, que habían estado ocupados en sacar huéspedes de su casa que vinieron de allende a echarlos de ella.

—¿Qué nos dejas a nosotros? —le dijeron.

Y él:

—Tarde llegáis, ya está todo repartido.

—Pues a nosotros —replicaron—, que somos tus primogénitos, ¿qué menos que un mayorazgo nos has de dejar?

—No sé ya qué daros. Si tuviera dos corazones, vuestro fuera el primero. Pero mirá, lo que podéis hacer es que, pues todas las naciones os han inquietado, revolved contra ellas, y lo que Roma hizo antes, haced vosotros después: dad contra todas, repelad cuanto pudiéredes, en fe de mi permisión.

No lo dijo a los sordos; hanse dado tan buena maña, que apenas hay nación en el mundo que no la hayan dado su pellizco, y a pocos repelones se hubieran alzado con todo el Valor de pies a cabeza.

Esto les iba exagerando a Critilo y Andrenio a la salida de Francia por la Picardía, un hombre que lo era, y mucho, pues así como tienen unos cien ojos para ver y otras cien manos para obrar, éste tenía cien corazones para sufrir, y todo él era corazón.

—¿Saldréis —decía— con cariño de la Francia?

—No, por cierto —le respondieron—, cuando sus mismos naturales la dejan y los extranjeros no la buscan.

—¡Gran provincia! —dijo el de los cien corazones.

—Sí —respondió Critilo—, si se contentase con sí misma.

—¡Qué poblada de gentes!

—Pero no de hombres.

—¡Qué fértil!

—Mas no de cosas substanciales.

—¡Qué llana y qué agradable!

—Pero combatida de los vientos, de donde se les origina a sus naturales la ligereza.

—¡Qué industriosa!

—Pero mecánica.

—¡Qué laboriosa!

—Pero vulgar, la provincia más popular que se conoce.

—¡Qué belicosos y gallardos sus naturales!

—Pero inquietos, los duendes de la Europa en mar y tierra.

—Son un rayo en los primeros acontecimientos.

—Y un desmayo en los segundos.

—Son dóciles.

—Sí, pero fáciles.

—Oficiosos.

—Pero despreciables y esclavos de las otras naciones.

—Emprenden mucho.

—Y ejecutan poco y conservan nada; todo lo emprenden y todo lo pierden.

—¡Qué ingeniosos, qué vivos y qué prontos!

—Pero sin fondo.

—No se conocen tontos entre ellos.

—Ni doctos, que nunca pasan de una medianía.

—Es gente de gran cortesía.

—Mas de poca fe, que hasta sus mismos Enricos no viven exentos de sus alevosos cuchillos.

—Son laboriosos.

—Así es, al paso que codiciosos.

—No me podéis negar que han tenido grandes reyes.

—Pero los más, de poquísimo provecho.

—Tienen bizarras entradas para hacerse señores del mundo.

—Pero, ¡qué desairadas salidas!; que si entran a laudes, salen a vísperas.

—Acuden con sus armas a amparar cuantos se socorren de ellas.

—Es que son los rufianes de las pronvincias adúlteras.

—Son aprovechados.

—Sí, y tanto, que estiman más una onza de plata que un quintal de honra; el primer día son esclavos, pero el segundo amos, el tercero tiranos insufribles: pasan de extremo a extremo sin medio, de humanos a insolentísimos.

—Tienen grandes virtudes.

—Y tan grandes vicios, que no se puede fácilmente averiguar cuál sea el rey. Y al fin, ellos son antípodas de los españoles,

—Pero, decidme, cómo fue aquello del Ermitaño, qué salida dio a la sagaz pregunta de Critilo.

—Confesóme que a la virtud aparente no le corresponde premio sólido ni verdadero; que bien se les puede echar dado falso a los hombres, pero que Dios no es reído. Oyendo esto, hicímonos del ojo, y en viendo la nuestra, tratamos de colgar el mal hábito de fingidos y saltar las bardas de la vil Hipocresía.

—¡Oh qué bien hicistes! Porque el gozo del hipócrita no dura un instante entero: es como un punto. Entended una verdad, que de cien leguas se conoce la que es verdadera virtud o falsa; está ya muy despabilada la advertencia: luego le conocen a uno de qué pie se mueve y de cuál cojea. Al paso que el engaño anda metafísico, también la cautela sutil vale a los alcances y, por más capa que tome de bondad, no se le escapa de vicio. La virtud sólida y perfecta es la que puede salir a vistas del cielo y de la tierra, ésa la que vale y dura, que es tenida por clara y por eterna. La bellísima Virtelia es la que importa buscar, y no parar hasta hallarla, aunque sea pasando por picas y por puñales; que ella os encaminará a vuestra Felisinda, en cuya busca toda la vida vais peregrinando.

Animábales mucho a emprender aquel monte de dificultades que tan acobardado tenía a Andrenio.

—¡Ea, acaba! —le decía—, que esa tu cobarde imaginación te pinta aquel leonazo del camino muy más bravo de lo que es. Advierte que muchos tiernos mancebos y delicadas doncellitas le han desquijarado.

—¿De qué suerte? —preguntó Andrenio.

—Armándose primero muy bien, y peleando mejor después: que todo lo vence una resolución gallarda.

—¿Qué armas son ésas, y dónde las hallaremos?

—Venid conmigo, que yo os llevaré donde las podréis escoger, si no al gusto, al provecho.

Íbanle ya siguiendo y razonando.

—¿Qué importa —decía— sobren armas, si falta el valor? Eso más sería llevarlas para el enemigo.

—¿De modo, que ya finó el Valor? —preguntó Critilo.

—Sí, ya acabó —respondió él—, ya no hay Hércules en el mundo que sujeten monstruos, que deshagan tuertos, agravios y tiranías; que las hagan, sí, que las conserven también, obrando cien mil monstruosidades cada día. Un solo Caco había entonces, un embustero solo, un ladrón en toda una ciudad; y ahora en cada esquina hay el suyo, y cada casa es su cueva: muchos Anteos hijos del siglo, nacidos del polvo de la tierra. ¡Pues, arpías agarradoras, hidras de siete cabezas y de siete mil caprichos, jabalís de su torpeza, leones de su soberbia! Todo está hirviendo de monstruos adocenados, sin hallarse ya quien tenga valor para pasar las columnas de la fortaleza y fijarlas en los fines de los humanos intentos, poniendo término a sus quimeras.

—¡Qué poco duró el Valor en el mundo! —dijo Andrenio.

—Poco, que el hombre valiente y aquellas sus camaradas nunca duran mucho.

—¿Y de qué murió?

—De veneno.

—¡Qué lástima! Si fuera en una inmortal, por tan mortal, batalla de Norlinguen, en un sitio de Barcelona, pase, que un buen fin toda la vida corona, ¡pero de veneno! ¿Hay tal fatalidad? ¿Y en qué se le dieron?

—En unos polvos más letíferos que los de Milán; más pestilentes que los de un royo, de un malsín, de un traidor, de una madrastra, de un cuñado y de una suegra.

—Diráslo porque estos valientes siempre acaban levantando polvaredas que paran en lodos de sangre.

—No; sino con toda realidad; digo que la malicia humana se ha adelantado, de modo que no deja qué obrar a los venideros. Ella ha inventado ciertos polvos tan venenosos y tan eficaces, que han sido la peste y la ruina de todos los grandes hombres, y desde que éstos corren y aun vuelan no ha quedado hombre de valor en el mundo: con todos los famosos han acabado. No hay que tratar ya de Cides

ni de Roldanes, como en otros tiempos. Fuera ahora Hércules juguete, viviera Sansón de milagro. Dígoos que han desterrado del mundo la valentía y la braveza.

—¿Y qué polvos son esos tan traidores? —preguntó Critilo—. ¿Son acaso de basiliscos molidos, de entrañas de víboras destiladas, de colas de escorpiones, de ojos envidiosos o lascivos, de intenciones torcidas, de voluntades malévolas, de lenguas maldicientes? ¿Hase vuelto a quebrar otra redomilla en Delfos, apestando toda la Asia?

—Aún son peores. Y aunque dicen componerse de aquel alcrebite infernal, del salitre estigio y de carbones alentados a esternudos del demonio, pero yo digo que del corazón humano, que excede a la intratabilidad de las Furias, a la inexorabilidad de las Parcas, a la crueldad de la guerra, a la tiranía de la muerte; que no puede ser otra una invención tan sacrilega, tan execrable, tan impía y tan fatal como es la pólvora, dicha así porque convierte en polvo el género humano. Ésta ha acabado con los Héctores de Troya, con los Aquiles de Grecia, con los Bernardos de España; ya no hay corazón, ni valen fuerzas, ni aprovecha la destreza: un niño derriba un gigante, un gallina hace tiro a un león, y el más valiente el cobarde, con que ya ninguno puede lucir ni campear.

—Antes, ahora —dijo Critilo— he oído ponderar que está más adelantado el valor que antes, porque ¿cuánto más corazón es menester para meterse un hombre por cien mil bocas de fuego, cuánto más ánimo para esperar un torbellino de bombardas hecho terreno de rayos? Ése sí que es valor, que todo lo antiguo fue niñería; ahora está el valor en su punto, que es en un corazón intrépido; que entonces, en un buen brazo, en tener más fuerza que un gañán, en los jarretes de un salvaje.

—Engáñase de barra a barra quien tal dice: ¡qué dictamen tan exótico y errado! Pues ése que él celebra no es valor, ni lo conoce; no es sino temeridad y locura, que es muy diferente.

—Ahora digo —confirmó Andrenio— que ya la guerra es para temerarios, y aun por eso diría aquel gran hombre tan celebrado de prudente en España, en la primera batalla y la última en que se halló, oyendo zumbir las balas: «¿Es posible que desto gustaba mi padre?» Y hanle seguido muchos, confirmándose en su opinión tan segura. Siempre oí decir que desde que riñeron la Valentía y la Cordura, nunca más han hecho paz: aquélla salió de sus casillas a campaña, y ésta se apeló al Juicio.

—No tienes razón —dijo el Valeroso—. ¿Qué hiciera la fortaleza sin la prudencia?; que por eso en la varonil edad está en su sazón, y del valor tomó el renombre de varonil; es en ella valor lo que en la mocedad audacia y en la vejez recelo: aquí está en un medio muy proporcionado.

Llegaron ya a una gran casa, tan fuerte como capaz. Dieron y tomaron el nombre que aquí se cobra la fama, entraron dentro y vieron un espectáculo de muchas maravillas del valor, de instrumentos prodigiosos de la fortaleza. Era una armería general de todas armas antiguas y modernas, calificadas por la experiencia y a prueba de esforzados brazos, de los más valientes hombres que siguieron los pendones marciales. Fue gran vista lograr juntos todos los trofeos del valor, espectáculo bien gustoso y gran empleo de la admiración.

—Acercaos —decía—, reconocé y estimá tanto y tan ejecutivo portento de la fama.

Pero salteóle de pronto un intensísimo sentimiento a Critilo que le apretó el corazón hasta exprimirle por los ojos. Reparando en ello el valeroso, solicitó la causa de su pena. Y él:

—¿Es posible —dijo— que todos estos fatales instrumentos se forjaron contra una tan frágil vida? Si fuera para conservarla, estuviera bien, merecían toda recomendación; pero para ofendella y destruilla, contra una hoja que se la lleva el viento, ¿tantas hojas afiladas ostentan su potencia? ¡Oh infelicidad humana, que haces trofeo de tu misma miseria!

—Señor, los filos deste alfanje cortaron el hilo de la vida a un famoso rey don Sebastián, digno de la vida de cien Néstores; este

otro, la del desdichado Ciro, rey de Persia; esta saeta fue la que atravesó el lado al famoso rey Sancho de Aragón, y esta otra al de Castilla.

—¡Malditos sean tales instrumentos y execrable su memoria! No los vea yo de mis ojos: pasemos adelante.

—Esta tan luciente espada —dijo el Valeroso —fue la celebrada de Jorge Castrioto, y esta otra del marqués de Pescara.

—Déjamelas ver muy a mi gusto.

Y después de bien miradas, dijo:

—No me parecen tan raras como yo pensaba. Poco se diferencian de las otras. Muchas he visto yo de mejor temple y no de tanta fama.

—Es que no ves los dos brazos que las movían, que en ellos consistía la braveza.

Vieron otras dos todas tintas en sangre desde la punta al pomo, muy parecidas.

—Estas dos están de competencia cuál venció más batallas campales.

—¿Y cúyas son?

—Esta es del rey don Jaime el Conquistador, y esta otra del Cid castellano.

—Yo me atengo a la primera, como más provechosa, y quédese el aplauso para la segunda, más fabulosa. ¿Dónde está la de Alexandro Magno?; que deseo mucho verla.

—No os canséis en buscarla, que no está aquí.

—¿Cómo no, habiendo conquistado todo un mundo?

—Porque no tuvo valor para vencerse a sí, mundo pequeño: sujetó toda la India, mas no su ira. Tampoco hallaréis la de César.

—¿Ésa no, cuando yo creí fuera la primera?

—Tampoco, porque gastó más sus aceros contra los amigos, y segó las cabezas más dignas de vida.

—Algunas hay aquí que,—aunque buenas, parecen quedar cortas.

—No dijera eso el conde de Fuentes a quien ninguna le pareció corta con avanzarse, decía, un paso más al contrario. Estas tres son de los famosos franceses Pepino, Carlo Magno y Luis Nono.

—¿No hay más francesas? —preguntó Critilo.

—No sé yo que haya más.

—¿Pues habiendo habido en Francia tan insignes reyes, tantos Pares sin par y tan valerosos mariscales? ¿Dónde están las de los dos Birones, la del grande Enrico Cuarto? ¿Cómo no más de tres?

—Porque esas tres solas emplearon su valor contra los moros; todas las demás contra los christianos.

Muy metida en su vaina vieron una, cuando todas las otras estaban desnudas, ya brillantes, ya sangrientas. Riéronlo mucho, mas el Valeroso:

—De verdad —dijo— que es heroica y llamada por antonomasia *la Grande*.

—¿Cómo no está desnuda?

—Porque el Gran Capitán, su gran dueño, decía que la mayor valentía de un hombre consistía en no empeñarse ni verse obligado a sacarla.

Tenía otra una muy brillante contera de oro fino. Y dijo:

—Ésta fue la que echó a su vitoriosa espada el Marqués de Leganés, derrotando al Invencible vencido.

Deseó Andrenio saber cuál había sido la mejor espada del mundo.

—No es fácil de averiguar —dijo el Valeroso—, pero yo diría que la del Rey Católico don Fernando.

—¿Y por qué no la de un Héctor, de un Aquiles —replicó Critilo—, más célebres y plausibles, tan decantadas de los poetas?

—Yo lo confieso —respondió—, pero ésta no tan ruidosa fue más provechosa y la que conquistó la mayor monarquía que reconocieron los siglos. Esta hoja del Rey Católico y aquel arnés del rey Filipo el Tercero pueden salir donde quiera que haya armas: aquélla para adquirir, y éste para conservar.

—¿Cuál es ese arnés tan heroico de Filipo?

Mostróles un todo escamado de doblones y reales de a ocho alternados y ajustados unos sobre otros como escamas, haciendo una ricamente hermosa vista.

—Éste —dijo el Valeroso— fue el más eficaz, el más defensivo de cuantos hubo en el mundo.

—¿En qué guerra lo vistió su gran dueño, que nunca tuvo ocasión de armarse ni se vio jamás obligado a pelear?

—Antes fue para no pelear, para no tener ocasión. En fe déste, después de la asistencia del cielo, conservó su grande y dichosa monarquía, sin perder una almena; que es mucho más el conservar que el conquistar. Y así decía uno de sus mayores ministros: «Quien posee no pleitee, y quien está de ganancia no baraje.»

Entre tantos y tan lucientes aceros, campeaba un bastón muy basto, pero muy fuerte. Hízole novedad a Andrenio, y dijo:

—¿Quién metió aquí este ñudoso palo?

—Su fama —respondió el Valeroso—. No fue de algún gañán, como tú piensas, sino de un rey de Aragón, llamado el Grande, aquel que fue bastón de franceses, porque los abrumó a palos.

Extrañaron mucho ver dos espadas negras y cruzadas entre tantas blancas tan matantes.

—¿De qué sirven aquí éstas —dijo Critilo—, donde todo va de veras? Y aunque fuesen del bravo Carranza y del diestro Narváez, no merecen este puesto.

—No son —dijo— sino de dos grandes príncipes y muy poderosos que, después de muchos años de guerra y haberse quebrado las cabezas con harta pérdida de dinero y gente, se quedan como antes, sin haberse ganado el uno al otro un palmo de tierra. De modo que al cabo más fue juego de esgrima que guerra verdadera.

—Aquí echo menos —dijo Andrenio— las de muchos capitanes muy celebrados por haber subido de soldados ordinarios a gran fortuna.

—¡Oh! —dijo el Valeroso—, aquí se hallan y se estiman algunas de ésas: aquélla es del conde Pedro Navarro, la otra de García de Paredes; allí está la del Capitán de las Nueces, que fueron más que el ruido de la fama. Y si faltan algunas es porque fueron más ganchos que estoques; que algunos más han triunfado con los oros que con las espadas.

—¿Qué se hizo la de Marco Antonio, aquel famoso romano competidor de Augusto?

—Ésa y otras sus iguales andan por esos suelos hechas pedazos a manos tan flacas como femeniles. La de Aníbal la hallaréis en Capua, que habiendo sido de acero, las delicias la ablandaron como de cera.

—¿Qué espada es aquélla tan derecha y tan valiente, sin torcer a un lado ni a otro, que parece el fiel a las balanzas de la Equidad?

—Ésa —dijo— siempre hirió por línea recta. Fue del *non plus ultra* de los Césares, Carlos Quinto, que siempre la desenvainó por la razón y justicia. Al contrario, aquellos corvos alfanjes del bravo Mahometo, de Solimán y Selim, como siempre pelearon contra la fe, justicia, derecho y verdad, ocupando tiránicamente los ajenos estados, por eso están tan torcidos.

—Aguarda, ¿qué espada tan dorada es aquella que tiene por pomo una esmeralda y toda ella está esmaltada de perlas? ¡Qué cosa tan rica! ¿No sabríamos cúya fue?

—Ésta —respondió alzando la voz el Valeroso— fue del tan celebrado después como emulado antes, pero nunca bastantemente estimado ni premiado, don Fernando Cortés, marqués del Valle.

—¿Que ésta es? —dijo Andrenio—. ¡Cómo me alegro de verla! ¿Y es de acero?

—¿Pues de qué había de ser?

—Es que yo había oído decir que era de caña, por haber peleado contra indios, que esgrimían espadas de palo y vibraban lanzas de caña.

—¡Eh!, que la entereza de la fama siempre venció la emulación, digan lo que quisieren éstos y aquéllos; que ésta con su oro dio aceros a todas las de España, y en virtud de ella han cortado las demás en Flandes y en Lombardía.

Vieron ya una, tan nueva como lucida, atravesando tres coronas y amagando a otras.

—¡Qué espada tan heroicamente coronada! —ponderó Critilo—. ¿Y quién es el valeroso y dichoso dueño de ella?

—¿Quién ha de ser sino el moderno Hércules, hijo del Júpiter de España, que va restaurando la monarquía a corona por año?

—¿Qué tridente es aquel que en medio de las aguas está fulminando fuego?

—Es del valeroso Duque de Alburquerque, que quiere igualar por la valentía la fama de su gran padre conseguida en Cataluña por gobierno.

—¿Qué arco sería aquel que está hecho pedazos en el suelo, y todos sus arpones botos y despuntados? En lo pequeño parece juguete de algún rapaz, mas en lo fuerte de algún gigante.

—Ése —respondió— es uno de los más heroicos trofeos del Valor.

—Pues ¿qué gran cosa —replicó Andrenio— rendir un niño y desarmarle? Ésa no la llames hazaña, sino melindre. ¡Miren qué clava de Hércules rompida, qué rayo de Júpiter desmenuzado, qué espada de Pablo de Parada hecha trozos!

—¡Oh, sí!, que es muy orgulloso el rapaz, y cuanto más desnudo más armado, más fuerte cuando más flaco, más cruel cuando llorando, más certero cuando ciego: creedme que es gran triunfo vencer al que a todos vence.

—Y, dinos, ¿quién le rindió?

—¿Quién? De mil, uno: aquel fénix de la castidad, un Alfonso, un Filipo, un Luis de Francia. ¿Qué diréis de aquella copa hecha también pedazos, sembrados todos por tierra?

—¡Qué otro blasón ése —dijo Andrenio— y más siendo de vidrio! ¡Qué gran cosa! Ésas más son hazañas de pajes, de que hacen ciento al día.

—Pues, de verdad —ponderó el Valeroso—, que era bien fuerte el que hacía la guerra con ella y que derribó a muchos: del más bravo no hacía él más caso que de un mosquito.

—¿Qué, estaría hechizada?

—No, sino que hechizaba y les trastornaba a muchos el juicio. No dio Circe más bebedizos, que brindó con ésta un viejo.

—¿Y en qué transformaba las gentes?

—Los hombres en jimios, y las mujeres en lobas. Él era un raro veneno que apuntaba al cuerpo y hería el alma, al vientre y pegaba en la mente. ¡Oh cuántos sabios hizo prevaricar! Y es lo bueno que todos los vencidos quedaban muy alegres.

—Pues bien está por tierra la que a tantos derribó, y éste sea el blasón de los españoles.

—¿Qué otras armas son aquéllas —preguntó Critilo—; se conoce bien su valor en su estimación, pues están conservadas en armarios de oro?

—Éstas —respondió el Valeroso— son las mejores, porque son defensivas.

—¡Qué escudos tan bizarros!

—Y aun los más son escudos.

—Este primero parece de cristal.

—Sí, y al punto que se carea con el enemigo le deslumbra y le rinde: es de la razón y verdad, con que el buen emperador Ferdinando Segundo triunfó del orgullo de Gustavo Adolfo y de otros muchos.

—Estos otros tan cortos y tan lunados, ¿de quién son?; que parecen de algún alunado capricho.

—Éstos fueron de mujeres.

—¿De mujeres —replicó Andrenio—, y aquí, entre tanta valentía?

—Sí, que las amazonas, sin hombres fueron más que hombres; y los hombres, entre mujeres, son menos que mujeres. Éste que aquí veis dicen está encantado, que por más golpes que le den, por más tiros que le hagan, no le hacen mella ni los mismos reveses de la fortuna; y esto, a prueba de la paciencia del mismo don Gonzalo de Córdoba. Repara en aquél tan brillante.

—Parece moderno.

—Y es impenetrable, del sagaz y valeroso marqués de Mortara, que con su mucha espera y valor ha restaurado a Cataluña. Esta rodela acerada, grabada de tantas hazañas y trofeos, fue del primer conde de Ribagorza, cuyo valor prudente pudo hacerse lugar y aun campear al lado de tal padre y de un tal hermano.

Dioles curiosidad de entender una letra, que en un escudo decía: O *con éste o en éste*.

—Ésa fue la noble empresa de aquel gran vencedor de reyes, en que quiso decir que, o con el escudo vitorioso, o en él muerto.

Dioles mucho gusto ver en uno pintado un grano de pimienta por empresa.

—¿Cómo lo podrá divisar el enemigo? —dijo Andrenio.

—¡Oh, sí! —dijo—, que el famoso general Francisco González Pimienta se avanza tanto al enemigo que le hace ver y aun probar su picante braveza!

Vieron ya uno en forma de corazón.

—Éste debía ser de algún grande amartelado —dijo Andrenio.

—No fue sino de quien todo es corazón, hasta el mismo escudo; digo aquel gran descendiente del Cid, heredero de su ínclito valor, el duque del Infantado.

Había una rodela hecha de una materia bien extraordinaria, ni usada ni conocida.

—Es —dijo— de la oreja de un elefante. Con ésta se armaba de igual valor a su mucha prudencia el Marqués de Caracena.

—¡Qué brillante celada aquélla! —celebró Critilo.

—Sí, lo es —dijo el Valeroso— y que celaba bien con ella sus intentos del rey don Pedro de Aragón, de tal arte, que si su misma camisa llegara a rastrearlos, al punto la abrasara.

—¿Qué casco es aquél, tan capaz y tan fuerte?

—Este fue para una gran testa, no menos que del Duque de Alba, hombre de superlativo juicio y que no se dejaba vencer, no sólo de los enemigos, pero ni de los suyos, como Pompeyo en dar la batalla al César contra su propio dictamen.

—¿Es por dicha, aquel relumbrante yelmo el de Mambrino?

—Por lo impenetrable, ya pudiera. Fue de don Felipe de Silva, de cuya gran cabeza dijo el bravo Mariscal de la Mota le daba más cuidado que seguridad sus pies impedidos de la gota. Mira aquel morrión del Marqués Espínola qué defendido está con el guardanaso de su gran sagacidad, que con la misma verdad deslumbró la atención del vivaz Enrico Cuarto. Todas estas armas son para la cabeza, y más de hombres sagaces que de mancebos audaces: tan importantes, que por eso este archivo es llamado con especialidad el Retrete del Valor.

Aquí vieron muchas cartas hechas pedazos, esparcidas por el suelo, y pisados sus caballos y sus reyes.

—Ya me parece —dijo Andrenio— que te oigo exagerar una gran batalla que aquí se dio y la gran vitoria conseguida.

—Por lo menos, no me negarás —replicó el Valeroso— que hubo barajas, que siempre se componen de espadas y oros, y luego andan los palos. ¿No te parece que fue gran valor el de aquel que, cogiendo entre sus dos manos una baraja, toda junta, la tronchó de una vez?

—Ése —respondió Andrenio—, más parece efecto de las grandes fuerzas de don Jerónimo de Ayanzo que de un heroico valor.

—Por lo menos, sería el día de su mayor ganancia. Y ten por cierto que no hay valor igual como excusar las barajas, ni hay mejor salida de los empeños que no empeñarse. ¿Quieres ver la mayor valentía del mundo? Llega y mira esas joyas, esas galas, esa bizarría pisada y hollada en ese duro suelo.

—Éste —replicó Andrenio— parece adrezo mujeril; pues ¿qué gran vitoria fue despojar una femenil flaqueza, triunfar de una

bellísima ternura? ¿Qué arneses vemos aquí deshechos, qué yelmos abollados?

—¡Oh sí! —dijo—, que esto fue triunfar de un mundo entero y retirarse al cielo la más aplaudida belleza de una serenísima señora Infanta, Sor Margarita de la Cruz, seguida después de Sor Dorotea, gloria mayor de Austria, que dejando de ser ángeles pasaron a ser serafines en la religión de ellos. También son trofeo de un gran valor esas plumas de pavón esparcidas y esos airones de una altanera garza, penachos de su soberbia, ya despojos de una loca vanidad rendida.

Pero lo que más les satisfizo fue ver hecha pedazos una afilada guadaña.

—¡Éste sí que es triunfo! —exclamaron—: que haya valor en un moro christiano y en una reina María Estuarda para despreciar la misma muerte.

Trataron ya de armarse los dos conquistadores del monte de Virtelia; iban escogiendo armas, valientes espadas de luz y de verdad, que a fuer de eslabones fulminasen rayos, escudos impenetrables de sufrimiento, yelmos de prudencia, arneses de fortaleza invencible. Y, sobre todo, el cuerdamente Valeroso les revistió muchos y generosos corazones, que no hay mayor compañía en los aprietos. Viéndose Andrenio bien armado, dijo:

—Ya no hay que temer.

—Sólo lo malo —le respondió— y lo injusto.

Daba demostraciones de su gran gozo Critilo.

—Con razón —le dijo— te alegras, pues aunque concurran en un varón todas las demás ventajas de sabiduría, nobleza, gracia de las gentes, riqueza, amistad, inteligencia, si el valor no las acompaña, todas quedan estériles y frustradas. Sin valor, nada vale, todo es sin fruto; poco importa que el consejo dicte, la prudencia prevenga, si el valor no ejecuta. Por eso la sabia naturaleza dispuso que el corazón y el celebro en la formación del hombre comenzasen a la par, para que fuesen juntos el pensar y el obrar.

Esto les estaba ponderando, cuando de repente interrumpió su discurso una viva arma que se comenzó a tocar por todas partes. Acudieron prontos a tomar las armas y a ocupar sus puestos. Lo que fue, y lo que les sucedió, nos dirá la crisi siguiente.

CRISI NONA

Anfiteatro de monstruosidades

Pasaba un río (y río de lo que pasa) entre márgenes opuestas, coronada de flores la una, y de frutos la otra; prado aquélla de deleites, asilo ésta de seguridades. Escondíanse allí entre las rosas las serpientes, entre los claveles los áspides, y bramaban las hambrientas fieras, rodeando a quién tragarse. En medio de tan evidentes riesgos estaba descansando un hombre, si lo es un necio; pues pudiendo pasar el río y meterse en salvo de la otra parte, se estaba muy descuidado, cogiendo flores, coronándose de rosas, y de cuando en cuando volviendo la mira a contemplar el río y ver correr sus cristales. Dábale voces un cuerdo, acordándole su peligro y convidándole a pasarse de la otra banda con menos dificultad hoy que mañana. Mas él, muy a lo necio, respondía que estaba esperando acabase de correr el río para poderle pasar sin mojarse.

¡Oh tú, que haces mofa del fabulosamente necio, advierte que eres el verdadero, tú eres el mismo de quien te ríes, tanta y tan solemne es tu demencia! Pues, instándote que dejes los riesgos del vicio y te acojas a la banda de la virtud, respondes que aguardas acabe de pasar la corriente de los males. Si le preguntáis al otro por qué no acaba de ajustarse con la razón, responde que está aguardando pase el arrebatado torrente de sus pasiones, que no quiere comenzar el camino de la virtud hoy, si ha de volver al vicio de mañana. Si le acordáis a la otra sus obligaciones, la afrenta que causa a los propios y la murmuración a los extraños, dice que corre con todas, que así se usa, que con más edad tendrá más cordura.

Consuélase aquél de no estudiar y dice que no piensa cansarse, pues no se premian letras ni se estiman méritos. Excúsese éste de no ser hombre de substancia diciendo que no hay quien lo sea, todo está perdido, que no se usa la virtud, todos engañan, adulan, mienten, roban y viven de artificio, y déjase arrebatar de la corriente de la frialdad. El juez se lava las manos de que no hace justicia con que todo está rematado y no sabe por dónde comenzar. Así, que todos aguardan a que amaine el ímpetu de los vicios para pasarse a la banda de la virtud. Mas es tan imposible el cesar los males, el acabarse los escándalos en el mundo mientras haya hombres, como el parar los ríos. Lo acertado es poner el pecho al agua y con

denodado valor pasar de la otra banda al puerto de una seguridad dichosa.

Peleando estaban ya los dos valerosos guerreros (que no es otra cosa la vida humana que una milicia a la malicia), y a esto les habían tocado arma, trescientos monstruos, causa deste rebato; que con los rayos de la razón descubrieron sus ardides, las atalayas en atenciones avisaron a los fuegos de su celo, y éste al valor de ambos, que denodadamente los fueron persiguiendo y retirando, tanto, que llevados de su ardor en el alcance, se hallaron a las puertas de un hermosísimo palacio, primer fábrica del mundo, el más artificioso y bien labrado que jamás vieran, aunque habían admirado tantos. Ocupaba el centro de un ameno prado con ambiciones de paraíso, de aquellos que no perdona el gusto; su materia, aunque tierra, desmentida de los primores del arte, dejaba muy atrás la misma solar esfera: obra, al fin, de grande artífice y fabricada para un príncipe grande.

—¿Si sería éste —dijo Andrenio— el tan alabado alcázar de Virtelia?; que una cosa tan perfecta no puede ser estancia sino de su grande perfección; que tal suele ser el epiciclo cual la estrella.

—¡Oh no! —dijo Critilo—, que éste está a los pies del monte, y aquél sobre su cabeza; aquél se empina hasta el cielo, y éste se roza con el abismo; aquél entre austeridades, y éste entre delicias.

Esto ponderaban, cuando vieron asomar por su majestuosa puerta, al cabo de muchas varas de nariz, un hombrecillo de media, que viéndolos admirados, les dijo:

—Yo no sé de qué, pues así como hay hombres de gran corazón y de gran pecho, yo lo soy de grandes narices.

—Toda gran trompa —dijo Critilo— siempre fue para mí señal de grande trampa.

—¿Y por qué no de sagacidad? —replicó él—. Pues advertí que con ésta os he de abrir camino: seguidme.

Lo primero que encontraron en el mismo atrio fue un establo, nada estable, aunque lleno de gente lucida, hombres de mucho porte y de más cuenta muy hallados todos con los brutos, sin asquear el mal olor de tan inmunda estancia.

—¿Qué es esto? —dijo Critilo—. ¿Cómo éstos, que parecen personas, están en tan vil lugar?

—Por su gusto —respondió el Sátiro.

—Pues ¿desto gustan?

—Sí, que los más de los hombres eligen antes vivir en la hedionda pocilga de sus bestiales apetitos que arriba en el salón dorado de la razón.

No se sentía otro dentro que malas voces y bramidos de fieras, ni se oían sino monstruosidades. Era intolerable la hediondez que despedía.

—¡Oh casa engañosa —exclamó Andrenio—, por fuera toda maravillas y por dentro monstruosidades!

—Sabed —dijo el Sátiro— que este hermoso palacio se fabricó para la Virtud, mas el Vicio se ha levantado con él, hale tiranizado. Y así, de ordinario, veréis que hace su morada en la mayor hermosura y gentileza: el cuerpo más lindo y agraciado, criado para estancia hermosa de la Virtud, le toparéis lleno de torpezas; la mayor nobleza, de infamias; la riqueza, de ruindades.

Comenzaron con esto a rehusar el empeñarse, temiendo el despeño, cuando uno de aquellos monstruos les dijo:

—En eso no reparéis, que aquí siempre hay salida para todo, y yo soy el que a cuantos se empeñan la hallo: a la doncellita la persuado su deshonra diciéndola que no la faltará una amiga o una piadosa tía de quien fiarse; el asesino, que mate, que ya habrá quien le haga espaldas; al ladrón, que robe; al salteador, que desuelle, que ya se hará un simple compasivo que interceda por él a la justicia; al tahur, que juegue, que no faltará un amigo enemigo que le preste. De suerte que por grande que sea el despeño, le pinto fácil el salto: por entrincado que sea el laberinto, le hallo el ovillo de oro, y a toda la dificultad la solución. Así que bien podéis entrar: fiaos de mí, que yo os desempeñaré.

Fue a meter el pie Critilo y al punto encontró con un monstruo horrible; porque tenía las orejas de abogado, la lengua de procurador, las manos de escribano, los pies de alguacil.

—¡Escápate —gritó el Sátiro— de todo pleito, aunque sea dejándoles la capa!

Íbanse retirando con recelo, cuando con mucho agrado se llegó a ellos otro monstruo muy cortés, suplicándoles fuesen servidos de entrar por cortesía, que no serían los primeros que se habían perdido de puro corteses.

—Y si no, preguntadle a aquél, que parece hombre circunspecto y de juicio, cómo se jugó la hacienda, y tras ella la honra y el descanso de su casa.

Y respondióles:

—Señor, rogáronme que hiciese un cuarto que les faltaba, y deshice todos los de mi casa porque no me tuviesen por grosero: púseme a jugar, piquéme y lastiméme a mí mismo, pensé desquitarme y acabé con todo por cortesía.

—Preguntadle aquel otro, que se pica de entendido, cómo perdió la salud, la honra y la hacienda con la otra loquilla.

Y respondióles que, por no parecer descortés, mantuvo la conversación, de allí paso a la correspondencia, hasta hallarse perdido por cortesía. La otra, porque no la tuviesen por necia, respondió al dicho y luego al billete; el marido, por no parecer grosero, disimuló con los muchos yentes y vinientes a su casa; el juez, obligado de la intercesión del poderoso, hizo la injusticia.

—De suerte que son infinitos los que se han perdido en el mundo por cortesía.

Y con esto y mil zalemas que les hizo, les obligó a entrar. Érase un tan espacioso atrio, que tomaba todo un mundo, célebre anfiteatro de monstruosidades, tan grandes como muchas, donde tuvieron más que abominar que admirar y vieron cosas, aunque muchas veces vistas, que no se podían ver. Estaba en el primero y último lugar una horrible serpiente, coco de la misma hidra, tan envejecida en el veneno, que la habían nacido alas y se iba convirtiendo en un dragón, inficionando con su aliento el mundo.

—¡Terrible cosa —dijo Critilo—, que de la cola de la culebra nazca el basilisco, y de los dejos de la víbora el dragón! ¿Qué monstruosidad es ésta?

—Como déstas se ven en el mundo cada día —respondió el Sátiro—. Veréis que acaba la otra con su deshonestidad propia, y comienza la ajena; no hace cara ya al vicio, por no tenella; da alas a la otra que comienza a volar y hace sombra a los soles que amanecen. Pierde el tahur su grande herencia, y pone casa de juego; da naipes, despabila las velas abrasadoras, corta tantos para tontos. El farsante para en charlatán y saltimbanco; el acuchillador, en maestro de esgrima; el murmurador, cuando viejo, en testigo falso; el holgazán, en escudero; el malsín, en catedrático del duelo; el

infame, en libro verde; y el bebedor en tabernero, aguándoles el vino a los otros.

Iban dando la vuelta y viendo portentosas fealdades. Fuelo harto ver una mujer que de dos ángeles hacía dos demonios, digo, dos rapazas endiabladas; y teniéndolas desolladas, las metió a asar a un gran fuego, y comenzó a comer dellas sin ningún horror, tragando muy buenos bocados.

—¡Qué fiereza es ésta tan inhumana! —ponderó Andrenio—. ¿No me dirás quién es ésta que deja atrás los mismos trogloditas?

—Pues advierte que es su madre.

—¿La misma que las echó a luz?

—Y hoy las escurece. Ésta es la que teniendo dos hijas tan hermosas como viste, las mete en el fuego de su lascivia; dellas come y traga los buenos bocados.

Salióles de través un otro monstruo no menos raro. Era de tan exótica condición, de un humor tan desproporcionado, que si le pegaban con un garrote de encima y le quebraban las costillas o un brazo, no hacía sentimiento; pero si le daban con una caña, aunque levemente, sin hacerle ningún daño, era tal su sentimiento que alborotaba el mundo. Llegó uno y diole una penetrante puñalada, y la tuvo por mucha honra; y porque llegó otro y le pegó un ligero espaldarazo con la espada envainada, sin sacarle una gota de sangre, lo sintió de manera que revolvió toda su parentela para la venganza. Pególe uno a puño cerrado un tal fiero mojicón, que le ensangrentó la boca y le derribó los dientes, y no se alteró; y porque otro le asentó la mano extendida, coloreándole el rostro, fue tal su rabia, que hundía el mundo, haciendo extremos. ¡Pues qué si le arrojaban un sombrero!: no sentía tanto que le tirasen un ladrillo y le polvoreasen los sesos. No tenía por afrenta el mentir, el no cumplir su palabra, el engañar, el decir mil falsedades; y porque uno le dijo *Mentís* pensó reventar de cólera y no quiso comer hasta tomar venganza.

—¡Qué raro humor de monstruo éste —celebró Critilo—, entreverado de necedad y locura!

—Así es —dijo el Sagaz—. ¿Y quién creerá que está hoy muy valido en el mundo?

—Será entre bárbaros.

—No, sino entre cortesanos, entre la gente más ladina.

—¿Y no sabríamos quién es?

—Este es el tan sonado Duelo; dígole, el descabezado tan civil como criminal.

Pasaron a la otra banda y registraron las monstruosidades de la necedad, que eran otras tantas. Vieron que no osaba comer un camaleón por ahorrar, para que tragase después el puerco de su heredero; un melancólico pudriéndose del buen humor de los otros; muchos que porfiaban sin estrella; el de todos si no de sí mismo. Admiráronse de uno que pretendía por mujer la que había muerto a su marido, y él quería ser el marivenido; un soldado muriendo en un barranco, muy consolado de no gastar con médicos ni sacristanes; un señor que encomendaba a otros el mandar. Estaba uno encendiendo fuego de canela para asar un rábano, un rico pretendiendo, y un caduco enamorando. Aquí toparon con el de cien pleitos, y un prelado huyendo dél porque no le metiese pleito en la mitra. Vieron uno que, habiéndole dicho fuese a descansar a su casa, se equivocó y se iba a la sepultura. Aquí estaba también el que hacía almohada del chapín de la Fortuna, y a su lado el que del cogote de la Ocasión pretendía hacerse la barba; el que llevaba descubiertas las perdices, y no las vendía. Íbase uno a la cárcel por otro. Pero el más aborrecido era un hombre bajo, descortés. Estaba uno parando lazos a los raposos viejos, y otro pasando del dar al pedir; el que compraba caro lo que era suyo; y estaba otro papando lisonjas de sus convidados; el juglar de las casas ajenas, y en la suya cantimplora; el que decía que no es de príncipes el saber; el que todas las cosas hacía con eminencia si no su empleo. Entraba en el lugar del que vivía de necio el que moría de sabio; el que pudiendo ver sol en su esfera, no era constelación en la ajena; el que fundía en balas sus doblones. Estaban dos, el uno jugando bien y siempre perdiendo, y el otro, sin saberse dejar, ganando; un presumido con cuatro letras garrofales; y el que conociendo un temerario, le fiaba todo su ser; y sobre todo uno, que, viviendo de burlas, se iba al infierno de veras.

Todas estas monstruosidades, y otras más, estaban admirando, cuando arrebató de nuevo su atención un monstruo que, huyendo de un ángel, se iba tras un demonio, ciego y perdido por él.

—¡Ésta sí que es portentosa necedad! —dijeron—. Nada son las pasadas.

—Éste es —dijo el Sagaz— un hombre que, teniendo una consorte que le dio Dios discreta, noble, rica, hermosa y virtuosa, anda perdido por otra, que le atrazó el diablo, por una moza de cántaro, por una vil y asquerosa ramera, por una fea, por una loca insufrible con quien gasta lo que no tiene. Para su mujer no saca el honesto vestido, y para la amiga, la costosa gala; no halla un real para dar limosna, y gasta con la ramera a millares; la hija trae desnuda, y la amiga rozando lamas. ¡Oh fiero monstruo, casado con hermosa y amigado con fea! Veréis que unos vicios, aunque destruyen la honra, dejan la hacienda; consumen otros la hacienda, y perdonan la salud; pero éste de la torpeza con todo acaba, honra, hacienda, salud y vida.

Lado por lado, estaban otros dos monstruos tan confinantes cuan diferentes, para que campeasen más los extremos. El primero tenía más malos ojos que un bizco, siempre miraba de mal ojo: si uno callaba, decía que era un necio, si hablaba, que un bachiller; si se humillaba, apocado, si se mesuraba, altivo; si sufrido, cobarde, y si áspero, furioso; si grave, le tenía por soberbio, si afable por liviano; si liberal, por pródigo si detenido, por avaro; si ajustado, por hipócrita; si desahogado, por profano; si modesto, por tosco; si cortés, por ligero: ¡oh maligno mirar! Al contrario, el otro se gloriaba de tener buena vista, todo lo miraba con buenos ojos; con tal extremo de afición, que a la desvergüenza llamaba galantería, a la deshonestidad buen gusto; la mentira decía que era ingenio; la temeridad, valentía; la venganza, pundonor; la lisonja, cortejo; la murmuración, donaire; la astucia, sagacidad; y el artificio, prudencia.

—¡Qué dos monstruosidades —dijo Andrenio— tan necias! Siempre van los mortales por extremos, nunca hallan el medio de la razón, y se llaman racionales. ¿No sabríamos qué dos monstruos son éstos?

—Sí —dijo el Sagaz—, aquella primera es la Mala Intención, que toma de ojo todo lo bueno; esta otra al contrario, es la Afición, que siempre va diciendo: «Todo mi amigo es buen hombre.» Éstos son los antojos del mundo. Ya no se mira de otro modo. Y así, tanto se ha de atender a quién alaba o a quién vitupera, como al alabado o vituperado.

Ruaba un otro bien monstruoso muy atapado.

—Éste —dijo Andrenio— parece monstruo vergonzante.

—Antes —respondió el Sátiro—, es el de la desvergüenza.

—Pues, una mujer sin ella, ¿cómo va atapada, contra su natural inclinación de ser vistas?

—Ahí verás, que cuando más descaradas esconden la cara.

—¡Eh!, que será recato.

—No es sino correr el velo a sus obligaciones; ayer iba al contrario, tan escotada, que parece que descubriera más, si más pudiera; siempre van por extremos.

Venía ya un monstruo muy humano haciendo reverencias a los mismos lacayos, besando los pies aun a los mozos de cocina; llamaba señoría a quien no merecía merced, a todo el mundo con la gorra en la mano, previniendo de una legua la cortesía; a unos se ofrecía por su mayor afecto, a otros por su menor criado.

—¡Qué monstruo tan comedido éste! —ponderaba Andrenio—, ¡qué humano! No he visto monstruo humilde hasta hoy.

—¡Qué bien lo entiendes! —dijo el Sátiro—. No hay otro más soberbio. ¿No ves tú que, cuanto más se abate, quiere subir más alto? Para poder mandar a los amos, se humilla a los criados. Estas reverencias hasta el suelo son botes y rebotes de pelota, que da en tierra para subir al aire de su vanidad.

Al fin, si es que las necedades le tienen, apareció ya la más rara figura, un monstruo por lo viejo decano. Descubría la cabeza toda pelada, sin cabellos de altos pensamientos, ni negros por lo profundo ni blancos por lo cuerdo, sin un pelo de sustancia; movíasele a un lado y a otro, sin consistencia alguna. Los ojos, en otro tiempo tan claros y perspicaces, ahora tan flacos y lagañosos no veían lo que más importaba, y de lejos poco o nada, para prevenir los males; los oídos, algún día muy oidores, tan sordos y tan atapados, que no percibían la voz flaca del pobre, sino la del ricazo, la del poderoso, que hablan alto; la boca, desierta, que no sólo no gritaba con la eficacia que debía, pero ni osaba hablar, y si algo, entre los dientes, que no tenía; las manos, antes grandes ministras y obradoras de grandes cosas, se veían gafas, un gancho en cada dedo, con que de todo se asían y nada soltaban; los humildes y plebeyos pies, tan gotosos y torcidos que no acertaban a dar un paso. De suerte que en todo él no había cosa buena ni parte sana. Él se dolía y todos se quejaban, pero nadie se lastimaba, ninguno trataba de poner remedio. Seguíanle otros tres, altercando entre sí la tiranía

universal de los mortales. Traía el primero cara de veneno dulce, y era escollo de marfil, hermosa muerte, despeño deseado, engaño agradable, mujer fingida y sirena verdadera, loca, necia, atrevida, cruel, altiva y engañosa; pedía, mandaba, presumía, violentaba, tiranizaba y antojábansele bravos desvaríos.

—¿Qué cosa puede haber en el mundo —decía— que para mí no sea? Todo cuanto hay, al cabo se viene a reducir a mi gusto; si se hurta, es para mí; si se mata, por mí; si se habla, es de mí; si se desea, es a mí; si se vive, conmigo: de suerte que cuantas monstruosidades hay en el mundo.

—Eso no concederé yo —dijo el mismo, tan bizarro como vano, rico pero necio, altivo pero ruin—. Todo cuanto hay y luce, todo es para mí, todo sirve a mi pompa y ostentación: si el mercader roba, es para vivir en el mundo; si el caballero se empeña, es para cumplir con el mundo; si la mujer se engalana, es para parecer en el mundo. Todos los vicios dan treguas, el glotón se ahita, el deshonesto se enfada, el bebedor duerme, el cruel se cansa, pero la vanidad del mundo nunca dice *basta,* siempre locura y más locura. Y no me enojéis, que lo daré todo al diablo.

—Aquí estoy yo —dijo éste— tomándolo todo, que no hay cosa que no sea mía, por habérmela dado muchas veces: en enojándose el marido, dice luego: «¡Mujer de Bercebú!», y ella responde: «¡Hombre del diablo!» «¡Llévete Satanás!», dice la madre al hijo. Y el amo: «¡Válgante mil diablos!» «¡Válganle a él», responde el criado. Y hombre hay tan monstruoso, que dice: «¡Válgame una región de demonios!» De suerte que no se hallará cosa en el mundo que no se me halla dado ella a mí, o me la hayan dado muchas veces. Y tú mismo, ¡oh mundo!, ¿puedes negar que no seas todo mío?

—¿Yo, de qué modo? ¡Maldito seas tú, y qué poca vergüenza que tienes!

—Y aun por eso —replicó él—, que quien no tiene vergüenza todo el mundo es suyo.

Apelaron de su porfía para el monstruo coronado, príncipe de la Babilonia común. Éste, oída su altercación, les dijo:

—¡Ea, acaba, dejaos de pesares! Venid, holguémonos, logremos la vida, gocemos de sus gustos, de los olores y ungüentos preciosos, de los banquetes y comidas, de los lascivos deleites. Mira que se nos pasa la flor de la edad; pasemos la edad en flor, comamos y bebamos, que mañana moriremos; andémonos de prado en prado,

dando verdes a nuestros apetitos. Yo os quiero repartir las jurisdiciones y vasallos para que no estéis pleiteando cada día. Tú, ¡oh Carne!, llevarás tras ti todos los flacos, ociosos, regalones y destemplados, reinarás sobre la hermosura, el ocio y el vino, serás señora de la voluntad. Y tú, ¡oh Mundo!, arrastrarás todos los soberbios, ambiciosos, ricos y potentados, reinarás en la fantasía. Mas tú, Demonio, serás el rey de los mentirosos, de los que se pican de entendidos, todo el distrito del ingenio será tuyo. Veamos ahora en qué pecan estos dos peregrinos de la vida —dijo señalando a Critilo y Andrenio—, para que rindan vasallaje de monstruosidad; que ni hay bestia sin tacha ni hombre sin crimen.

Lo que averiguaron de ellos se quedará para la siguiente crisi.

CRISI DÉCIMA

Virtelia encantada

Aquel antípoda del cielo, redondo, siempre rodando, jaula de fieras, palacio en el aire, albergue de la iniquidad, casa a toda malicia, niño caducando, llegó ya el Mundo a tal extremo de inmundo, y sus mundanos a tal remate de desvergonzada locura, que se atrevieron con públicos edictos a prohibir toda virtud, y esto so graves penas: que ninguno dijese verdades, menos de ser tenido por loco; que ninguno hiciese cortesía, so pena de hombre bajo; que ninguno estudiase ni supiese, porque sería llamado el estoico o el filósofo; que ninguno fuese recatado, so pena de ser tenido por simple. Y así de todas las demás virtudes. Al contrario, dieron a los vicios campo franco y pasaporte general para toda la vida. Pregonóse un tan bárbaro desafuero por las anchuras de la tierra, siendo tan bien recibido hoy como ejecutado ayer, dando una gran campanada. Mas, ¡oh caso raro e increíble!, cuando se tuvo por cierto que todas las virtudes habían de dar una extraordinaria demostración de su sentimiento, fue tan al contrario, que recibieron la nueva con extraordinario aplauso, dándose unas a otras la norabuena y ostentando indecible gozo. Al revés, los vicios andaban cabizbajos y corridos, sin poder disimular su tristeza.

Admirado un discreto de tan impensados efectos, comunicó su reparo con la Sabiduría su señora. Y ella:

—No te admires —le dijo— de nuestro especial contento, porque este desafuero vulgar está tan lejos de causarnos algún perjuicio, que antes bien le tenemos por conveniencia. No ha sido agravio, sino favor, ni se nos podía haber hecho mayor bien. Los vicios sí quedan destruidos desta vez, bien pueden esconderse; y así, con justa causa se entristecen. Éste es el día en que nosotras nos introducimos en todas partes y nos levantamos con el mundo.

—¿Pues en qué lo fundas? —replicó el Curioso.

—Yo te lo diré: porque son de tal condición los mortales, tienen tan extraña inclinación a lo vedado, que en prohibiéndoles alguna cosa, por el mismo caso la apetecen y mueren por conseguirla. No es menester más para que una cosa sea buscada sino que sea prohibida. Y es esto tan probado, que la mayor fealdad vedada es más codiciada que la mayor belleza concedida. Verás que, en

vedando el ayuno, se dejarán morir de hambre el mismo Epicuro y Heliogábalo; en prohibiendo el recato, dejará Venus a Chipre y se meterá entre las vestales. Buen ánimo, que ya no habrá embustes, ruines correspondencias, malos procederes, agarros ni traiciones; cerrarse han los públicos teatros y garitos, todo será virtud, volverá el buen tiempo y los hombres hechos a él, las mujeres estarán muy casadas con sus maridos, y las doncellas lo serán de honor; obedecerán los vasallos a sus reyes, y ellos mandarán; no se mentirá en la corte ni se murmurará en la aldea; verse ha desagraviado el sexto de todo sexo. Gran felicidad se nos promete: ¡éste sí que será el siglo dorado!

Cuánta verdad fuese ésta, presto lo experimentaron Critilo y Andrenio, que habiéndose hurtado a los tres competidores de su libertad, mientras aquellos estaban entre sí compitiendo, marchaban éstos cuesta arriba al encantado palacio de Virtelia. Hallaron aquel áspero camino, que tan solitario se les habían pintado, lleno de personas corriendo a porfía en busca della. Acudían de todos estados, sexos, edades, naciones y condiciones, hombres y mujeres; no digo ya los pobres, sino los ricos, hasta los magnates, que les causó extraña admiración. El primero con quien encontraron a gran dicha fue un varón prodigioso, pues tenía tal propiedad que arrojaba luz de sí siempre que quería, y cuanta era menester, especialmente en medio de las mayores tinieblas. De la suerte que aquellos maravillosos peces del mar y gusanos de la tierra a quienes la varia naturaleza concedió el don de luz la tienen reconcentrada en sus entrañas cuando no necesitan della, y llegada la ocasión la avivan y sacan fuera, así este portentoso personaje tenía cierta luz interior, gran don del cielo, allá en los más íntimos senos del celebro, que siempre que necesitaba della la sacaba por los ojos y por la boca, fuente perene de luz clarificante. Éste, pues, varón lucido, esparciendo rayos de inteligencia, los comenzó a guiar a toda felicidad por el camino verdadero. Era muy agria la subida, sobre la dificultad de principio. Dio muestra de cansarse Andrenio y comenzó a desmayar, y tuvo luego muchos compañeros. Pidió que dejasen aquella empresa para otra ocasión.

—Eso no —dijo el varón de luces—, por ningún caso; que si ahora no te atreves en lo mejor de la edad, menos podrás después.

—¡Eh! —replicaba un joven—, que nosotros ahora venimos al mundo y comenzamos a gustar dél. Demos a la edad lo que es suyo, tiempo queda para la virtud.

Al contrario ponderaba un viejo:

—¡Oh si a mí me cogiera esta áspera subida con los bríos de mozo, con qué valor la pasara, con qué ánimo la subiera! Ya no me puedo mover, fáltanme las fuerzas para todo lo bueno; no hay ya que tratar de ayunar ni hacer penitencia, harto haré de vivir con tanto achaque; no son ya para mí las vigilias.

Decía el noble:

—Yo soy delicado, hanme criado con regalo. ¿Yo, ayunar? Bien podrían enterrarme al otro día. No puedo sufrir las costuras del cambray: ¡qué sería el saco de cerdas!

El pobre, por lo contrario, decía:

—Bien ayuna quien mal come, harto haré en buscar la vida para mí y para mi familia. El ricazo sí que las come holgadas; ése que ayune, dé limosna, trate de hacer buenas obras.

De suerte que todos echaban la carga de la virtud a otros, pareciéndoles muy fácil en tercera persona, y aun obligación. Pero el guión luciente:

—Nadie se me exima —decía—, que no hay más de un camino. ¡Ea, qué buen día se nos aguarda!

Y echaba un rayo de luz, con que los animaba eficazmente.

Comenzaron a tocarles arma las horribles fieras pobladoras del monte. Sentíanlas bramar rabiando y murmurando, y tras cada mata les salteaba una, que tiene muchos enemigos lo bueno: los mismos padres, los hermanos, los amigos, los parientes, todos son contrarios de la virtud, y los domésticos los mayores.

—¡Anda, que estáis loco! —decían los amigos—. Dejaos de tanto rezar, de tanta misa y rosario; vamos al paseo, a la comedia.

—Si no vengáis este agravio —decía un pariente—, no os hemos de tener por tal. Vos afrentáis vuestro linaje: ¡eh!, que no cumplís con vuestras obligaciones.

—No ayunes —decía la madre a la hija—, que estás de mal color, mira que te caes muerta.

De modo que todos cuantos hay son enemigos declarados de la virtud.

Salióles ya al opósito aquel león tan formidable a los cobardes. Arredrábase Andrenio, y gritóle Lucindo echase mano a la espada de fuego, y al mismo punto que la coronada fiera vio brillar la luz entre los aceros echó a huir; que tal vez piensa hallar uno un león, y topa un panal de miel.

—¡Qué presto se retiró! —ponderaba Critilo.

—Son éstas un género de fieras —respondió Lucindo— que, en siendo descubiertas, se acobardan; en siendo conocidas, huyen. Esto es ser persona, dice uno, y no es sino ser un bruto; aquí está el valer y el medrar, y no es sino perderse, que las más veces entra el viento de la vanidad por los resquicios por donde debiera salir.

Llegaron a un paso de los más dificultosos, donde todos sentían gran repugnancia. Causóle grima a Andrenio, y propúsole a Lucindo:

—¿No pudiera pasar otro por mí esta dificultad?

—No eres tú el primero que ha dicho otro tanto. ¡Oh!, cuántos malos llegan a los buenos y les dicen que los encomienden a Dios, y ellos se encomiendan al diablo; piden que ayunen por ellos, y ellos se hartan y embriagan; que se deciplinen y duerman en una tabla, y estánse ellos revolcando en el cieno de sus deleites. ¡Qué bien le respondió a uno destos aquel moderno apóstol de la Andalucía!: «Señor mío, si yo rezo por vos y ayuno por vos, también me iré al cielo por vos.»

Estando emperezando Andrenio, adelantóse Critilo, y tomando de atrás la corrida, saltó felizmente. Volviósele a mirar y dijo:

—¡Ea, resuélvete!, que harto mayores dificultades se topan en el camino ancho y cuesta abajo del vicio.

—¿Qué duda tiene eso? —respondió Lucindo—. Y si no, decime, si la virtud mandara los intolerables rigores del vicio, ¿qué dijeran los mundanos, cómo lo exageran? ¿Qué cosa más dura que prohibirle al avaro sus mismos bienes, mandándole que no coma ni beba, ni se vista, ni goce de una hacienda adquirida con tanto sudor? ¿Qué dijera el mundano si esto mandara la ley de Dios? ¿Pues qué, si al deshonesto que estuviese toda una noche de invierno al hielo y al sereno, rodeado de peligros, por oír cuatro necedades que él llama favores, pudiéndose estar en su cama seguro y descansado? ¿Si al ambicioso que no pare un punto ni descanse, ni sea suyo una hora? ¿Si al vengativo que anduviese siempre cargado de hierro y

de miedo? ¡Qué dijeran desto los mundanos, cómo lo ponderaran! Y ahora, porque se les manda su antojo, sin réplica obedecen.

—¡Ea, Andrenio, anímate! —decía Critilo—, y advierte que el más mal día deste camino de la virtud es de primavera en cotejo de los caniculares del vicio.

Diéronle la mano, con que pudo vencer la dificultad.

Dos veces fiero les acometió un tigre en condición y en su mal modo, mas el único remedio fue no alborotarse ni inquietarse, sino esperalle mansamente: a gran cólera, gran sosiego, y a una furia, una espera. Trató Critilo de desenvolver su escudo de cristal, espejo fiel del semblante, y así como la fiera se vio en él tan feamente descompuesta, espantada de sí misma echó a huir, con harto corrimieno de su necio exceso. De las serpientes, que eran muchas, dragones, víboras y basiliscos, fue singular defensivo el retirarse y huir las ocasiones. A los voraces lobos con látigos de cotidiana disciplina los pudieron rechazar. Contra los tiros y golpes de toda arma ofensiva, se valieron del célebre escudo encantado, hecho de una pasta real, cuanto más blanda, más fuerte, forjado con influjo celeste, de todas maneras impenetrable: y era, sin duda, el de la paciencia.

Llegaron ya a la superioridad de aquella dificultosa montaña, tan eminente, que les pareció estaban en los mismos azaguanes del cielo, convecinos de las estrellas. Dejóse ver bien el deseado palacio de Virtelia campeando en medio de aquella sublime corona, teatro insigne de prodigiosas felicidades. Mas cuando se esperó que nuestros agradecidos peregrinos le saludaran con incesables aplausos y le veneraran con afectos de admiración, fue tan al contrario, que antes bien se vieron enmudecer, llevados de una impensada tristeza, nacida de extraña novedad. Y fue, sin duda, que cuando le imaginaron fabricado de preciosos jaspes embutidos de rubíes y esmeraldas, cambiando visos y centellando a rayos, sus puertas de zafir con clavazón de estrellas, vieron se componía de unas piedras pardas y cenicientas, nada vistosas, antes muy melancólicas.

—¡Qué cosa y qué casa es ésta! —ponderaba Andrenio—. ¿Por ella habemos sudado y reventado? ¡Qué triste apariencia tiene! ¿Qué será allá dentro? ¡Cuánto mejor exterior ostentaba la de los monstruos! Engañados venimos.

Aquí Lucindo, suspirando:

—Sabed —les dijo— que los mortales todo lo peor de la tierra quieren para el cielo: el más trabajado tercio de la vida, allá la achacosa vejez, dedican para la virtud, la hija fea para el convento, el hijo contrahecho sea de iglesia, el real malo a la limosna, el redrojo para el diezmo; y después querrían lo mejor de la gloria. Demás que juzgáis vosotros el fruto por la corteza. Aquí todo va al revés del mundo: si por fuera está la fealdad, por dentro la belleza; la pobreza en lo exterior, la riqueza en lo interior; lejos la tristeza, la alegría en el centro, que eso es entrar en el gozo del Señor. Estas piedras, tan tristes a la vista, son preciosas a la experiencia, porque todas ellas son bezares, ahuyentando ponzoñas; y todo el palacio está compuesto de pítimas y contra venenos, con lo cual no pueden empecerle ni las serpientes, ni los dragones, de que está por todas partes sitiado.

Estaban sus puertas patentes noche y día, aunque allí siempre lo es, franqueando la entrada en el cielo a todo el mundo. Pero asistían en ella dos disformes gigantes, jayanes de la soberbia, enarbolando a los hombros sendas clavas muy herradas, sembradas de puntas para hacerla. Estaban amenazando a cuantos intentaban entrar, fulminando en cada golpe una muerte. En viéndolos, dijo Andrenio:

—Todas las dificultades pasadas han sido enanas en parangón désta. Basta que hasta ahora habíamos peleado con bestias de brutos apetitos, mas éstos son muy hombres.

—Así es —dijo Lucindo—, que ésta ya es pelea de personas. Sabed que cuando todo va de vencida, salen de refresco estos monstruos de la altivez, tan llenos de presunción, que hacen desvanecer todos los triunfos de la vida. Pero no hay que desconfiar de la vitoria, que no han de faltar estratagemas para vencerlos. Advertid que de los mayores gigantes triunfan los enanos, y de los mayores los pequeños, los menores y aun los mínimos. El modo de hacer la guerra ha de ser muy al revés de lo que se piensa: aquí no vale el hacer piernas ni querer hombrear; no se trate de hacer del hombre, sino humillarse y encogerse, y cuando ellos estuvieren más arrogantes amenazando al cielo, entonces nosotros, transformados en gusanos y cosidos con la tierra, hemos de entrar por entre pies; que así han entrado los mayores adalides.

Ejecutáronlo tan felizmente, que sin saber cómo ni por dónde, sin ser vistos ni oídos, se hallaron dentro del encantado palacio con

realidades de un cielo. Apenas (digo, a glorias) estuvieron dentro, cuando sintieron embargar todos sus sentidos de bellísimos empleos en folla de fruición, confortando el corazón y elevando los espíritus: embistióles lo primero una tan suave marea, exhalando inundaciones de fragancia, que pareció haberse rasgado de par en par los caminares de la primavera, las estancias de Flora, o que se había abierto brecha en el paraíso: oyóse una dulcísima armonía, alternada de voces y instrumentos, que pudiera suspender la celestial por media hora. Pero ¡oh cosa extraña!, que no se veía quién gorjeaba ni quién tañía; con ninguno topaban, nadie descubrían.

—Bien parece encantado este palacio —dijo Critilo—. Sin duda que aquí todos son espíritus; no se parecen cuerpos. ¿Dónde estará esta celestial reina?

—Siquiera —decía Andrenio—, permitiérasenos alguna de sus muchas bellísimas doncellas: ¿dónde estás? ¡oh Justicia! —dijo en grito.

Y respondióle al punto Eco vaticinante desde un escollo de flores:

—En la casa ajena.

—¿Y la verdad?

—Con los niños.

—¿La castidad?

—Huyendo.

—¿La sabiduría?

—En la mitad, y aún…

—¿La providencia?

—Antes.

—¿El arrepentimiento?

—Después.

—¿La cortesía?

—En la honra.

—¿Y la honra?

—En quien la da.

—¿La fidelidad?

—En el pecho de un rey.

—¿La amistad?

—No entre idos.
—¿El consejo?
—En los viejos.
—¿El valor?
—En los varones.
—¿La ventura?
—En las feas.
—¿El callar?
—Con callemos.
—¿Y el dar?
—Con el recibir.
—¿La bondad?
—En el buen tiempo.
—¿El escarmiento?
—En cabeza ajena.
—¿La pobreza?
—Por puertas.
—¿La buena fama?
—Durmiendo.
—¿La osadía?
—En la dicha.
—¿La salud?
—En la templanza.
—¿La esperanza?
—Siempre.
—¿El ayuno?
—En quien mal come.
—¿La cordura?
—Adevinando.
—¿El desengaño?
—Tarde.
—¿La vergüenza?
—Si perdida, nunca más hallada.
—¿Y toda virtud?

—En el medio.

—Es decir —declaró Lucindo—, que nos encaminemos al centro y no andemos como los impíos rodando.

Fue acertado, porque en medio de aquel palacio de perfecciones, en una majestuosa cuadra, ocupando augusto trono, descubrieron por gran dicha única divina reina, muy más linda y agradable de lo que supieron pensar, dejando muy atrás su adelantada imaginación: que si donde quiera y siempre pareció bien, ¿qué sería en su sazón y su centro? Hacía a todos buena cara, aun a sus mayores enemigos: miraba con buenos ojos, y aun divinos, oía bien y hablaba mejor; y aunque siempre con boca de risa, jamás mostraba dientes; hablaba por labios de grana palabras de seda, nunca se le oyó echar mala voz. Tenía lindas manos, y aun de reina en lo liberal, y en cuanto las ponía salía todo perfecto; dispuesto talle y muy derecho, y todo su aspecto divinamente humano y humanamente divino. Era su gala conforme a su belleza, y ella era la gala de todo; vestía armiños, que es su color la candidez, enlazaba en sus cabellos otros tantos rayos de la aurora con cinta de estrellas. Al fin, ella era todo un cielo de beldades, retrato al vivo de la hermosura de su celestial Padre, copiándole sus muchas perfecciones.

Estaba actualmente dando audiencia a los muchos que frecuentaban sus sitiales después de prohibida. Llegó entre otros un padre a pretenderla para su hijo, siendo él muy vicioso, y respondióle que comenzase por sí mismo y le fuese ejemplar idea. Venía otra madre en busca de la honestidad para una hija, y contóla lo que le sucedió a la culebra madre con la culebrilla su hija: que, viéndola andar torcida, la riñó mucho y mandó que caminase derecha: «Madre mía, respondió ella, enseñadme vos a proceder; vemos cómo camináis.» Probóse, y viendo que andaba muy más torcida: «En verdad, madre, la dijo, que si las mías son vueltas, que las vuestras son revueltas.» Pidió un eclesiástico la virtud del valor, y a la par un virrey la devoción con muchas ganas de rezar. Respondióles a entrambos que procurase cada uno la virtud competente a su estado:

—Préciese el juez de justiciero, y el eclesiástico de rezador, el príncipe del gobierno, el labrador del trabajo, el padre de familias del cuidado de su casa, el prelado de la limosna y desvelo: cada uno se adelante en la virtud que le compete.

—Según eso —dijo una casada—, a mí bástame la honestidad conjugal; no tengo que cuidar de otras virtudes.

—Eso no —dijo Virtelia—, no basta esa sola, que os haréis insufrible de soberbia, y más ahora. Poco importa que el otro sea limosnero, si no es casto; que éste sea sabio, si a todos desprecia; que aquél sea gran letrado, si da lugar a los cohechos; que el otro sea gran soldado, si es un impío: son muy hermanas las virtudes y es menester que vayan encadenadas.

Llegó una gentil dama galanteando melindres, y dijo que ella también quería ir al cielo, pero que había de ser por el camino de las damas. Hízoseles muy de nuevo a los circundantes, y preguntóla Virtelia:

—¿Qué camino es ése?; que hasta hoy yo no he tenido noticia de él.

—¿Pues no está claro —replicó ella— que una mujer delicada como yo ha de ir por el del regalo, entre martas y entre felpas, no ayunando ni haciendo penitencia?

—¡Bueno, por cierto! —exclamó la reina de la entereza—. Así se os concederá, reina mía, lo que pedís como a aquel príncipe que allí entra.

Era un poderoso que, muy a lo grave, tomando asiento, dijo que él quería las virtudes, pero no las ordinarias de la gente común y plebeya, sino muy a lo señor, una virtud allá exquisita; hasta los nombres de los santos conocidos no los quería por comunes, como el de Juan y Pedro, sino tan extravagantes que no se hallen en ningún calendario.

—¡Gran cosa —decía— el de Gastón!, ¡qué bien suena el Perafán!, ¡pues un Claquín, Nuño, Sancho y Suero!

Pedía una teología extravagante. Preguntóle Virtelia si quería ir al cielo de los demás. Pensólo y respondió que si no había otro, que sí.

—Pues, señor mío, no hay otra escalera para allá sino la de los diez mandamientos. Por esos habéis de subir, que yo no he hallado hasta hoy un camino para los ricos y otro para los pobres, uno para las señoras y otro para las criadas: una es la ley y un mismo Dios de todos.

Replicó un moderno Epicuro, gran hombre de su comodidad, diciendo:

—De diciplina abajo cualquier cosa; de oración, yo no me entiendo; para ayunos, no tengo salud. Ved cómo ha de ser, que yo he de entrar en el cielo.

—Paréceme —respondió Virtelia— que vos queréis entrar calzado y vestido, y no puede ser.

Porfiaba que sí, y que ya se usa una virtud muy acomodada y llevadera, y aun le parecía la más ajustada a la ley de Dios. Preguntóle Virtelia en qué lo fundaba. Y él:

—Porque de esa suerte se cumple a la letra aquello de «así en la tierra como en el cielo», porque allá no se ayuna, no hay diciplina ni silicio, no se trata de penitencia; y así, yo querría vivir como un bienaventurado.

Enojóse mucho Virtelia oyendo esto, y díjole con escandecencia:

—¡Oh casi hereje!, ¡oh mal entendedor! ¿Dos cielos queríais? No es cosa que se usa. Mirad por vos, que todos estos que pretenden dos cielos suelen tener dos infiernos.

—Yo vengo —dijo uno— en busca del silencio bueno.

Riéronlo todos, diciendo:

—¿Qué callar hay malo?

—¡Oh sí! —respondió Virtelia—, y muy perjudicial: calla el juez la justicia, calla el padre y no corrige al hijo travieso, calla el predicador y no reprehende los vicios, calla el confesor y no pondera la gravedad de la culpa, calla el malo y no se confiesa ni se enmienda, calla el deudor y niega el crédito, calla el testigo y no se averigua el delito: callan unos y otros, y encúbrense los males. De suerte que si al buen callar llaman santo, al mal callar llámenle diablo.

—Estoy admirado —dijo Critilo— que ninguno viene en busca de la limosna: ¿qué será de la libertad?

—Es que todos se excusan de hacerla: el oficial porque no le pagan, el labrador porque no coge; el caballero, que está empeñado; el príncipe, que no hay mayor pobre que él; el eclesiástico, que buenos pobres son los parientes. ¡Oh engañosa excusa! —ponderaba Virtelia—. Dad al pobre si quiera el desecho, lo que ya no os puede servir: tampoco, que la codicia ha dado en arbitrista, y el sombrero traído que se había de dar al pobre, persuade se guarde para brahones, la capa raída para contra aforros, el manto deslucido para la criada. De modo que nada dejan para el pobre.

Llegaron unos rematadamente malos y pidieron un extremo de virtud. Tuviéronles todos por necios, diciendo que comenzasen por lo fácil y fuesen subiendo de virtud en virtud. Mas ella:

—¡Eh, dejadlos que asesten ahora muchos puntos más alto, que ellos bajarán harto después! Y sabed que de mis mayores enemigos suelo yo hacer mis mayores apasionados.

Venía una mujer con más años que cabellos, menos dientes y más arrugas, en busca de la Virtud.

—¡Tan tarde! —exclamó Andrenio—. Éstas yo juraría que vienen más porque las echa el mundo que por buscar el cielo.

—Déjala —dijo Virtelia—, y estímesele el no haber abierto escuela de maldad con cátedra de pestilencia. Yo aseguro que, por viejos que sean, que no vengan el tahúr, ni el ambicioso, ni el avaro, ni el bebedor: son bestias alquiladas del vicio, que todas caen muertas en el camino de su ruindad.

Al contrario le sucedió a uno, que llegó en busca de la Castidad, ahito de la torpeza, gran gentilhombre de Venus, idólatra de su hijuelo. Pidió ser admitido en la cofadría de la continencia, pero no fue escuchado, por más que él abominaba de la lujuria, escupiendo y asqueando su inmundicia. Y aunque muchos de los presentes rogaron por él:

—No haré tal —decía la Honestidad—. No hay que fiar en éstos; bien se ayuna después de harto. Creedme que estos torpes son como los gatos de algalia, que en volviéndoseles a llenar el senillo, se revuelcan.

Venían unos al parecer muy puestos en el cielo, pues mirando a él.

—Éstos sí —dijo Andrenio— que con el cuerpo están en la tierra y con el espíritu en el cielo.

—¡Oh cómo te engañas! —dijo la Sagacidad, gran ministra de Virtelia—. Advierte que hay algunos que cuando más miran al cielo entonces están más puestos en la tierra. Aquel primero es un mercader que tiene gran cantidad de trigo para vender y anda conjurando las nubes a los ojos de sus enemigos. Al contrario, aquel otro es un labrador hidrópico de la lluvia, que jamás se vio harto de agua, y anda conciliando nublados. Éste de aquí es un blasfemo que nunca se acuerda del cielo sino para jurarle. Aquél pide venganza, y

el otro es un rondante, lechuzo de las tinieblas, que desea la noche más escura para capa de sus ruindades.

Pidió uno si le querían alquilar algunas virtudes, suspiros, torcimiento de cuello, arquear de cejas y otros modillos de modestia. Enojóse mucho Virtelia, diciendo:

—¿Pues qué, es mi palacio casa de negociación?

Excusábase él diciendo que ya muchos y muchas con la virtud ganan la comida, y a título de eso la señora las introduce en el estrado, la otra las asienta a su mesa, el enfermo las llama, el pretendiente se les encomienda, el ministro las consultará, ándanse de casa en casa comiendo y bebiendo y regalándose; de modo que ya la virtud es arbitrio del regalo.

—Quitáosme de ahí —dijo Virtelia—, que esas tales tienen tan poca virtud como los que las llaman mucha simplicidad.

—¿Quién es aquel gran personaje, héroe de la virtud, que en toda ocasión de lucimiento le encontraremos?: si en casa de la Sabiduría, allí está; si en la del Valor, allí asiste; en todas partes le vemos y admiramos.

—¿No conocéis —dijo Lucindo— al Santísimo Padre de todos? Veneradle y deprecadle siglos de vida tan heroica.

Estaban aguardando los circunstantes que tratase de coronar algunos la gran reina de la Equidad y que premiase sus hazañas, mas fueles respondido que no hay mayor premio que ella misma, que sus brazos son la corona de los buenos. Y así, a nuestros dos peregrinos que estaban encogidos venerando tan majestuosa belleza, los animó Lucindo a que se llegasen cerca y se abrazasen con ella, logrando una ocasión de tanta dicha. Y así fue, que coronándolos con sus reales brazos, los transformó de hombres en ángeles, candidados de la eterna felicidad. Quisieran muchos hacer allí mansión, mas ella les dijo:

—Siempre se ha de pasar adelante en la virtud, que el parar es volver atrás.

Suplicáronla, pues, los dos coronados peregrinos les mandase encaminar a su deseada Felisinda. Ella entonces, llamando cuatro de sus mayores ministras, y teniéndolas delante, dijo señalando la primera:

—Ésta, que es la Justicia, os dirá dónde y cómo habéis de buscar; esta segunda, que es la Prudencia, os la descubrirá; con la

tercera, que es la Fortaleza, la habéis de conseguir; y con la cuarta, que es la Templanza, la habéis de lograr.

Resonaron en esto armoniosos clarines, folla acorde de instrumentos, alborozando los ánimos y realzando sus nobles espíritus. Despertóse un céfiro fragante y bañóse todo aquel vistuosísimo teatro de lucimiento. Sintiéronse tirar de las estrellas con fuertes y suaves influjos, fue reforzando el viento y levantándolos a lo alto tirándoles para sí el cielo a ser coronados de estrellas. Subieron muy altos, tanto que se perdieron de vista. Quien quisiere saber dónde pararon, adelante los ha de buscar.

CRISI UNDÉCIMA

El tejado de vidrio y Momo tirando piedras

Llegó la Vanidad a tal extremo de quien ella es que pretendió lugar, y no el postrero, entre las Virtudes. Dio para esto memorial en que representaba ser ella alma de las acciones, vida de las hazañas, aliento de la virtud y alimento del espíritu.

—No vive —decía— la vida material quien no respira, ni la formal quien no aspira. No hay aura más fragante ni que más vivifique que la Fama, que tan bien alienta el alma como el cuerpo, y es su purísimo elemento el airecillo de la honrilla. No sale obra perfecta sin algo de vanidad, ni se ejecuta acción bien sin esta atención del aplauso; parto suyo son las mayores hazañas, y nobles hijos los heroicos hechos. De suerte que sin un grano de vanidad, sin un punto de honrilla, nada está en su punto, y sin estos humillos, nada luce.

No pareció del todo mal la paradoja, especialmente algunos de primera impresión, y a otros de capricho. Pero la Razón, con todo su maduro parlamento, abominando una pretensión tan atrevida:

—Sabed —dijo— que a todas las pasiones se les ha concedido algún ensanche, un desahogo en favor de la violentada naturaleza: a la Lujuria el matrimonio, a la Ira la corrección, a la Gula el sustento, a la Envidia la emulación, a la Codicia la providencia, a la Pereza la recreación, y así a todas las otras demasías. Pero a la Soberbia, mirad qué tal es ella, que jamás se la [ha] permitido el más mínimo ensanche; no hay que fiar, toda es execrable: ¡vaya fuera, lejos, lejos! Bien es verdad que el cuidado del buen nombre es una atención loable, porque la buena fama es esmalte de la virtud, premio que no precio; hase de estimar la honra, pero no afectar. Más precioso es el buen nombre que todas las riquezas; en no estando la virtud en su buen crédito, está fuera de su centro, y quien no está en la gloria de su buena fama, forzoso es que esté condenado al infierno de su infamia, al tormento de la desestimación, más insufrible a más conocimiento. Es la honra sombra de la virtud, que la sigue y no se consigue, huye del que la busca y busca a quien la huye; es efeto del bien obrar, pero no afecto; decorosa, al fin, diadema de la hermosísima virtud.

Célebre puente, como tan temida, daba paso a la gran ciudad, ilustre corte de la heroica Honoria, aquella plausible reina de la estimación, y por eso tan venerada de todos. Era un paso muy peligroso, por estar todo él sembrado de perinquinosos peros en que muchos tropezaban y los más caían en el río del reír, quedando muy mojados y aun poniéndose de lodo, con mucha risa de la inumerable vulgaridad que estaba a la mira de sus desaires. Era de ponderar la intrepidez con que algunos, confiados, y otros, presumidos, se arrojaban (y los más se despeñaban) anhelando a pasar de un extremo de bajeza a otro de ensalzamiento, y tal vez de la mayor deshonra a la mayor grandeza, de lo negro a lo blanco, y aun de lo amarillo a lo rojo; pero todos ellos caían con harta nota suya y risa de los sabidores. Así le sucedió a uno que pretendió pasar de villano a noble, otro de manchado a limpio, diciendo que tras el sábado se sigue el domingo, pero él fue de guardar; no faltó quien del mandil a mandarín, y de mozo de ciego a don Gonzalo, y una otra muy desvanecida, de la verdura al verdugado. Quería una pasar por doncella, mas riéronse de su caída, como otro que quiso ser tenido por un pozo de ciencia, y fue un pozo de cieno.

No había hombre que no tropezase en su pero, y para cada uno había un sino. «Gran príncipe tal, pero buen hombre; ilustre prelado aquél, si fuera tan limosnero como nuestro arzobispo; gran letrado, si no fuera malintencionado. ¡Qué valiente soldado!, pero gran ladrón; ¡qué honrado caballero éste!, sino que es pobre; ¡qué docto aquél!, si no fuera soberbio. Fulano santo, pero simple. ¡Qué buen sujeto aquel otro y qué prudente!, pero es embarazado, muy bien entiende las materias, mas no tiene resolución. Diligente ministro, pero no es inteligente. Gran entendimiento, pero ¡qué mal empleado! ¡Qué gran mujer aquélla!, sino que se descuida; ¡qué hermosa dama!, si no fuera necia. Grandes prendas las de tal sujeto, pero ¡qué desdichado! Gran médico, [pero] poco afortunado: todos se le mueren. Lindo ingenio, pero sin juicio: no tiene sindéresis.» Así, que todos tropezaban en su pero; raro era el que se escapaba, y único el que pasaba sin mojarse. Topaba uno con un pero de un antepasado, y aunque tan pasado (nunca maduro), jamás se pudo digerir. Al contrario, otro daba de hocicos en el de sus presentes. Y caían todos en el río de la risa común.

—Bien lo merece —decía un émulo—: ¿quién le metía al peón en caballerías?

—Lástima es —decía otro— que los de tal cepa no sean puros, siendo tan hombres de bien.

Las mujeres tropezaban en una chinita, en un diamante; terribles peros las perlas para ellas. El airecillo las hacía bambanear, y el donaire caer con mucha nota, y es lo bueno que, para levantarse, nadie las daba la mano, sí de mano. De verdad que un gran personaje tropezó en una mota, quedando muy desairado, y aseguraban fue notable desorden. Toda la puente estaba sembrada, de cabo a cabo, destos indigestos peros en que los más de los viandantes tropezaban; y si no en uno, daban de ojos en otro, aun en los pasados. Lamentábase un discreto, diciendo:

—Señores, que tropiece uno en el propio y personal, merécelo, mas en el ajeno ¿por qué?; que haya de tropezar un marido en un cabello de su mujer, en un pelillo de su hermana, ¿qué ley es ésta?

Llegó uno jurando a fe de caballero: tan bueno, decía, como el rey. No faltó quien le arrojó una erre, con que de rey se hizo de reír. A un cierto Ruy, le echó un malicioso una tilde, y bastó para que rodase. Tropezó otro en un cuarto, y quedóse en blanco. Rodábales a algunos la cabeza, y quedaban hechos equis, por haber deslizado en los brindis. Comenzó a pasar cierta dama muy airosa; hiciéronla unos y otros paso con plausible cortesía, pero el más liviano descuido dio en el lodo con toda su bizarría, que fue barro. Tropezaban las más en piedras preciosas, y eran muy despreciadas. Llegó a pasar un gran príncipe, y muy adulado.

—Éste sí —dijeron todos— que pasará sin riesgo, no tiene que temer: los mismos peros le temerán a él.

Mas ¡oh caso trágico!, deslizó en una pluma y tumbó al río, quedando muy mojado. En una aguja de coser tropezó alguno, y en una lezna otro, y era título; en una pluma de gallina, un bizarro general. ¿Pues qué, si alguno entraba cojeando de mal pie?: era cierto el rodar, y en duda de tropiezo estaba la malicia por la deshonra. Creyó uno le valdría aquí su riqueza, que en todos los demás pasos, por peligrosos que sean, suele sacar a su dueño de trabajo; mas al primer paso se desengañó que no vale aquí ni la espuela de oro ni la vira de plata.

—¡Cruel paso —decían todos— el de la honra entre tropiezos de la malicia! ¡Oh qué delicada es la fama, pues una mota es ya nota!

Aquí llegaron nuestros dos peregrinos a serlo, encaminados de Virtelia a Honoria, su gran cara: aunque confinante, tan querida, que

la llamaba su gozo y su corona. Deseaban pasar a su gran corte, pero temían con razón el azar paso de los peros, y era preciso porque no había otro: estaban pasmados viendo rodar a tantos y temblábales la barba viendo las de sus vecinos tan remojadas. Asomó en esta sazón a querer pasar un ciego. Levantaron todos el alarido viéndole comenzar tentando, y tuvieron por cierto había de tumbar al primer paso, mas fue tan al contrario, que el ciego pasó muy derecho: valióle el hacerse sordo, porque aunque unos y otros le silbaban y aun le señalaban con el dedo, él, como no veía ni oía, no se cuidaba de dichos ajenos, sino de obras propias y pasar adelante con gran quietud de ánimo; y así, sin tropezar ni en un átomo, llegó al cabo de lo que quería con dicha harto envidiada. Al punto dijo Critilo:

—Este ciego ha de ser nuestra guía, que solos los ciegos, sordos y mudos pueden ya vivir en el mundo. Tomemos esta lición, seamos ciegos para los desdoros ajenos, mudos para no zaherirlos ni jactarnos, conciliando odio con la murmuración en la recíproca venganza; seamos sordos para no hacer caso de lo que dirán.

Con esta lición pudieron pasar; por lo menos, fueron pasaderos, con admiración de muchos y imitación de pocos. Entraron ya por aquel célebre emporio de la honra, poblado de majestuosos edificios, magníficos palacios, soberbias torres, arcos, pirámides y obeliscos, que cuestan mucho de erigir, pero después eternamente duran. Repararon luego que todos los tejados de las casas, hasta de los mismos palacios, eran de vidrio tan delicado como sencillo, muy brillantes, pero muy quebradizos; y así, pocos se veían sanos y casi ninguno entero. Descubrieron presto la causa, y era un hombrecillo tan no nada, que aun de ruin jamás se veía harto; tenía cara de pocos amigos y a todos la torcía, mal gesto y peor parecer, los ojos más asquerosos que los de un médico, y sea de la cámara, brazos de acribador que se queda con la basura, carrillos de catalán, y aún más chupados, que no sólo no come a dos, pero a ninguno. De puro flaco, consumido, aunque todo lo mordía; robado de color, y quitándola a todo lo bueno. Su hablar era zumbir de moscón, que en las más lindas manos, despreciando el nácar y la nieve, se asienta en el venino; nariz de sátiro, y aun más fisgona, espalda doble, aliento insufrible, señal de entrañas gastadas. Tomaba de ojo todo lo bueno y hincaba el diente en todo lo malo; él mismo se jactaba de tener mala vista y decía: «Maldito lo que veo», y miraba a todos.

Éste, pues, que por no tener cosa buena en sí, todo lo hallaba malo en los otros, había tomado por gusto el dar disgusto, andábase todo el día (y no santo) tirando peros y piedras, y escondiendo la mano, sin perdonar tejado. Persuadíase cada uno que su vecino se les tiraba, y arrojábale otras tantas: éste creía que le hacía el tiro aquél, y aquél que el otro, sospechando unos de otros y tirándose piedras, y escondiendo todos la mano. En duda, arrojaba muchas por acertar con alguna, y todo era confusión y popular pedrisco, de tal modo, o tan sin él, que no se podía vivir ni había quien pudiese parar; venían por el aire volando piedras y tiros, sin saberse de dónde ni por qué. Así, que no quedaba tejado sano, ni honra segura, ni vida inculpable: todo era malas voces, hablillas, famas echadizas, y los duendes de los chismes no paraban.

—Yo no lo creo —decía uno— pero esto dicen de fulano.

—Lástima es —decía otro— que de fulana se diga esto.

Y con esta capa de compasión hacía un tiro que quebraba todo un tejado. Pero no faltaba quien, de retorno, les rompía a ellos las cabezas. Y a todo esto, andaba revolviendo el mundo aquel duendecillo universal. Había tomado otro más perjudicial deporte, y era arrojar a los rostros, en vez de piedras, carbones que tiznaban feamente; y así, andaban casi todos mascarados, haciendo ridiculas visiones, uno con un tizne en la frente, otro en la mejilla, y tal que le cruzaba la cara, riéndose unos de otros sin mirarse a sí mismos ni advertir cada uno su fealdad, sino la ajena. Era de ver, y aun de reír, cómo todos andaban tiznados haciendo burla unos de otros.

—¿No veis —decía uno— qué mancha tan fea tiene fulano en su linaje? ¡Y que ose hablar de los otros!

—¡Pues él —decía otro—, que no vea su infamia tan notoria y se meta a hablar de las ajenas! ¡Que no haya ninguno con honra en su lengua!

—¡Mira quién habla —saltaba otro—, teniendo la mujer que tiene! Cuánto mejor fuera cuidara él de su casa, y supiera de dónde sale la gala.

Estando diciendo esto, estaba actualmente otro santiguándose:

—¡Que éste no advierta que tiene él por qué callar, teniendo una hermana cual sabemos!

Pero déste añadía otro:

—¡Harto mejor fuera que se acordara él de su abuelo y quién fue! Siempre lo veréis, que hablan más los que debrían menos.

—¿Hay tal desvergüenza en el mundo, que ose hablar aquél?

—¿Hay tal descoco de mujer, que se adelante ella a decir y quitarle a la otra la palabra de la lengua?

Desta suerte andaba el juego y la risa de todo el mundo, que siempre la mitad dél se está riendo de la otra, burlándose unos de otros, y todos mascarados; éstos se fisgaban de aquéllos y aquéllos déstos, y todo era risa, ignorancia, murmuración, desprecio, presunción y necedad, y triunfaba el ruincillo. Reparaban algunos más advertidos, si no más felices, en que se reían dellos y acudían a una fuente, espejo común en medio de una plaza, a examinarse de rostro en sus cristales, y reconociendo sus tiznes, alargaban la mano al agua, que después de haber avisado del defeto, da el remedio y limpia; pero cuanto más porfiaban en lavarse y alabarse, peores se ponían, pues, enfadados los otros de su afectado desvanecimiento, decían:

—¿No es éste aquel que vendía y compraba? ¿Pues qué nos viene aquí vendiendo honras?

—Aguarda, ¿no es aquél hijo de aquel otro? Pues, por cuatro reales que tiene, ¿anda tan deslavado, no siendo su hidalguía tanto al uso cuanto al aspa?

Lo peor era que la misma agua clara sacaba a luz muchas manchas que estaban ya olvidadas. Y así, a uno que trató de alabarse de ingenuo le salió una ese, que era decir: «Ese es ése.»

—Yo lo sé de buena tinta —decía uno— que fulano es un tal.

Y no era sino harto mala, pues echaba tales borrones. Sentía mucho cierta señora, que blasonaba de la más roja sangre del reino, se le atreviese la murmuración, y no advertía que la mancha de un descuido sale más en el brocado, como la roncha en la belleza. Estaba otra muy corrida de que siendo ya matrona, le echaban en la cara no sé qué niñería de allá cuando rapaza. Estaba el otro para conseguir una dignidad, y salíale al rostro un tizne de no sé qué travesura de su mocedad. Pero el que se sintió mucho fue un príncipe, en cuya esclarecida frente echó un historiador un borrón sacudiendo la pluma. Aquello de haber sido, no podía uno tolerar:

—Que el ser ahora salga a la cara, pase; pero ¡por qué allá mi tartarabuelo lo fue!

—¿Qué razón hay que por lo que pasó en tiempo del rey que rabió —ponderaba otro— me hagan a mí rabiar?

Lo más acertado, era callar y callemos, y no alabarse, porque de los blasones de las armas hacían los otros baldones; y aun desde que dieron en lavarse en la fuente de la presunción y desvanecimiento, les salieron más manchas a la cara. Y unos y otros se daban en el rostro con las fealdades de allá de mil años. Y fue de suerte (digo, desdicha), que no quedó rostro sin lunar, ojo sin lagaña, lengua sin pelo, frente sin arruga, mano sin verruga, pie sin callo, espalda sin giba, cuello sin papera, pecho sin tos, nariz sin romadizo, uña sin enemigo, niña sin nube, cabeza sin remolino, ni pelo sin repelo: en todos había algo que señalase con el dedo aquel malsín y de que se recelasen los otros. Y aun todos iban huyendo dél, diciendo a voces:

—¡Guarda, el ruincillo! ¡Guarda, el maldiciente! ¡Oh maldita lengua!

Conocieron con esto que era Momo, y huyeran también si no les emprendiera él mismo preguntándoles qué buscaban, que parecían extraños en lo perdido. Respondiéronle venían en busca de la buena reina Honoria. Y él al punto:

—¿Mujer y buena, y en esta era?: yo lo dudo. En mi boca, por lo menos, no lo será. Yo las conozco todas, y a todos, y no hallo cosa buena. El buen tiempo ya pasó, y con él todo lo bueno. (En boca del viejo, todo lo bueno fue, y todo lo malo es.) Con todo eso, yo os quiero hoy servir de brújula: vamos discurriendo por la ciudad, probemos ventura, que no será poca hallarla, siendo una de aquellas cosas de que piensa estar lleno el mundo, cuando más vacío.

Oyeron que estaba uno persuadiendo a otro perdonase a su amigo y se quietase, y respondía él:

—¿Y la honra?

Decíanle a otro que dejase la manceba y el escándalo de tantos años. Y él:

—No sería honra ahora.

A un blasfemo, que no jurase ni perjurase, y respondía:

—¿En qué estaría la honra?

A un pródigo, que mirase a mañana, que no tendría hacienda para cuatro días:

—No es mi honra.

A un poderoso, que no hiciese sombra al rufián y al asesino:

—No es mi honra.

—Pues, hombres de Barrabás —dijo Momo—, ¿en qué está la honra? ¡No digo yo!

A otro lado oyeron decir a uno:

—Mira fulano en qué pone su honra.

Y respondía éste:

—¿Y él, en qué la pone?

—¡Mira éste, mira aquél, y miradlos a todos en qué la ponen!

Decía un linajudo, muy preciado de honrado, que a él le venía muy de atrás, allá de sus antepasados, de cuyas hazañas vivía.

—Esa honra, señor mío —le dijo Momo—, ya no huele bien, rancia está. Tratad de buscar otra más plática. Poco importa la honra antigua, si la infamia es moderna. Y si no os vestís de las ropas de vuestros antepasados porque no son al uso, ni salís un día con la martingala de vuestro abuelo, porque se reinan de tal vejedad, no pretendáis tampoco arrear el ánimo de sus honores: Buscad en nuevas hazañas la honra al uso.

No faltó quien les dijo hallarían la honra en la riqueza.

—No puede ser —dijo Momo—, que honra y provecho no caben en ese saco.

Encamináronse a casa de los hombres famosos y plausibles, y hallaron se habían echado a dormir. Encontraron un caballero nuevo corriendo ilustre sangre, y al punto dijeron:

—Éste sí que sabrá della.

Halláronle que estaba sudando y reventando, más que si llevara un mundo a cuestas; gemía y suspiraba sin cesar.

—¿Qué tiene este hombre? —dijo Andrenio—. ¿De qué trasuda?

—¿No ves —dijo Momo— aquel punto indivisible que carga sobre sus hombros? Pues ése es el que le abruma.

—¡Mira ahora —replicó Andrenio— qué Atlante parando espaldas a un cielo! ¡Qué Hércules apuntalando la monarquía de todo el mundo!

—Pues ese puntillo —ponderó Momo— les hace a muchos sudar y tal vez reventar; por conservar aquel punto en que se metió o le metieron, anda toda la vida gimiendo, fáltanle las fuerzas,

añádense las cargas, crecen los gastos, menguan las haciendas: y el punto no ha de faltar.

—Si la habéis de hallar —les dijo uno— ha de ser en lo que arrastra.

—Honra que va por tierra, ponerse ha de lodo —dijo Critilo.

—Digo que sí, que lo que arrastra honra.

—Eso no —saltó Momo—, Yo digo al revés, que lo que honra arrastra, y esta negra honrilla trae arrastrados a muchos. ¡Oh, a cuántos traen arrastrados las galas y cadenas de las mujeres, las libreas de los pajes, y andan corridos cuando más honrados! Dicen que hacen lo que deben; yo digo al revés, que deben lo que hacen, y dígalo el mercader y el oficial y los criados.

Hallaron otro y otros muchos que estaban echando los bofes y la misma hiel por la boca.

—Peor es esto —dijo Andrenio.

—Pues si en algunos se ha de hallar la honra —dijo Momo— ha de ser en éstos.

—¿Y por qué?

—Porque revientan de honrados.

—Cara les cuesta la negra de la honrilla.

—Y lo peor es que cuando más la piensan conseguir, entonces la alcanzan menos, perdiendo tal vez la vida y cuanto hay.

—No os canséis —dijo uno—, que no la hallaréis en toda la vida, sino en la muerte.

—¿Cómo en la muerte?

—Sí, que aquel día es el de las alabanzas, y tras la muerte le hacen las honras.

—¡Oh, qué donosa cosa! —dijo Andrenio—. En un saco de tierra, poca honra cabrá. Cara es la honra que cuesta el morir; y si un muerto es tierra y nada, toda su honra será no nada.

—Mucho es —ponderaba Critilo— que ni hallemos a Honoria en su corte, ni la honra en una tan populosa ciudad.

—Honra y en ciudad grande —dijo Momo— muy mal se encuadernan. En otro tiempo aun se hallara la honra en las ciudades, pero ya está desterrada de todas. Asegúroos que todo lo bueno se perdió en ésta el día que echaron della aquel gran personaje tan digno de eterna observación y conservación a quien

todos respetaban por su gran caudal y gobierno: él salía por una puerta, ¡qué lástima!, y todas las ruindades entraban por otra, ¡qué desdicha!

—¿Qué varón fue éste —preguntaron— de tanta importancia y autoridad?

—Era el gobernador de la ciudad, y aun dicen hijo de la misma reina Honoria. No había Licurgo como él, ni hubo jamás república de Platón tan concertada como ésta; todo el tiempo que él la asistió no se conocían vicios ni se sonaba un escándalo, no paraba malhechor ni ruin, porque todos le temían más que al mismo gobernador de Aragón. Mas recababa su respeto que las mismas leyes, y más le temían a él que a las dos columnas del suplicio. Pero luego que él faltó se acabó todo lo bueno.

—¿No nos dirías quién fue un personaje tan insigne y tan cabal?

—De verdad que era bien nombrado, y me espanto mucho no deis en la cuenta. Este era el prudente, el tentó, el temido *¿Qué dirán?,* sujeto bien conocido, que los mismos príncipes le respetaban y aun le temían, diciendo: ¿Qué dirán de un príncipe como yo?, que debiendo ser el espejo, que compone todo el mundo, soy el escándalo que lo descompone. ¿Qué dirán?, decía el título, que no cumplo con mis obligaciones, siendo tantas, que degenero de mis antepasados, famosos héroes, que me dejaron tan empeñado en hazañas y yo me empeño en bajezas. ¿Qué dirán de mí?, decía el juez, que atropello la justicia, debiéndola yo amparar, y de juez me hago reo. ¡Eso no dirán de mí! Cuando más acosada la casada, acordábase dél y decía: ¿Qué dirán de mí?, que una matrona como yo, de Penélope me trueco en Elena, que pago mal el buen proceder de mi marido con mi mal parecer. ¡Eso no, líbreme Dios de tan mal gusto! Hasta la recatada doncellita se conservaba en el jardín de su retiro, diciendo: Yo, que soy una fragante flor, ¿había de dar tan mal fruto? ¿Yo, siendo una rosa, ser risa del mundo? ¿Yo, ver ni ser vista? ¿Yo, por hablar, dar qué decir? ¡De eso me guardaré ya muy bien! ¿Qué dirán, decía la viuda, que a muerto marido, amigo venido, que del riego de mi llanto nace el verde de mis gustos, que tan presto trueco el requiem en aleluya? No dirán tal, decía el soldado, que yo me calcé botas de fuina. ¿Qué dirán de un español, que entre galos soy gallina? ¿Qué dirían de un hombre de mis prendas?, decía el sabio, que de alumno de Minerva me hago vil esclavo de Venus. ¿Qué dirán los mozos?, decía el viejo, y ¿qué

dirán los vecinos?, decía el hombre de bien. Y con esto, todos se recataban. ¿Qué dirían mis émulos?, decía el cuerdo; ¡qué buen día para ellos y qué mala noche para mí! ¿Qué dirían los subditos?, decía el superior, y ¿qué diría el superior?, decían los subditos. Desta suerte todo el mundo le temía y le respetaba, y todo iba, no de concierto, pero muy concertado. Faltó él, y faltó todo lo bueno ese mismo día: todo está ya perdido, todo rematado.

—¿Pues qué se hizo un Catón tan severo, un Licurgo tan regular?

—¿Qué se hizo?; que no pudiéndolo sufrir unos y otros, no pararon hasta echarle. Bárbaro vulgar Ostracismo se conjuró contra él, y por ser bueno, le desterraron al uso de hoy. Sabed que con el tiempo, que todo lo trastorna, fue creciendo esta ciudad, aumentándose en gente y confusión, que toda gran corte es Babilonia; no se conocían ya unos a otros, achaque de poblaciones grandes; comenzaron con esto poco a poco a desestimar su gran gobierno, de ahí a no hacer caso dél, luego a atrevérsele. Como todos eran malos, no se espantaban unos de otros, no decían éstos de aquéllos; cada uno se miraba a sí y enmudecía, metía la mano en el seno y sacábala tan sarnosa, que no se picaba de la ajena. No decían ya ¿qué dirán?, sino ¿qué diré yo dél que no diga él de mí y mucho más? Desta suerte, mancomunados todos, echaron fuera el *¿Qué dirán?,* y al punto se perdió la vergüenza, faltó la honra, retiróse el recato, huyó el pundonor; ya no se atendía a obligaciones, con que todo se asoló; al otro día, la matrona dio en matrera, la doncella de vestal en bestial, el mercader a escuras para dejar a ciegas, el juez se hizo parte con el que parte, los sabios con resabios, el soldado quebrado, hasta el espejo universal se hizo común. Así, que ya no nay honra ni se parece. ¡Eh!, no nos cansemos en buscar tarde lo que otros no pudieron hallar ni al medio día

—¿Pues en una ciudad tan famosa? —ponderaba Critilo.

—Trocóse en fumosa —dijo Momo—, con tanto humo y tanto hollín, y todo confusión.

—Tú te engañas —replicó en alta voz un otro personaje que allí se dejó ver, por ser bien visible en lo grueso y bien visto en lo agradable, muy diferente de Momo, y aun su antagonista, en su aspecto, trato, genio, traje, hechos y dichos.

—¿Qué sujeto es éste? —preguntó Andrenio a uno de los del séquito, que era tan mucho como popular.

Y respondióle:

—Bien dijiste, sujeto a todos y de todos.

—¡Qué colorado que está!

—Como el que de nada se pudre.

—¡Qué aprovechado!

—Trata de vivir.

—Parece hombre de lindos hígados y mejor melsa. ¿Cómo ha engordado tanto en estos tiempos?

—Come el pan de todos.

—Parece simple.

—Es conveniencia, porque en siendo uno entendido es temido y luego aborrecido.

—No muestra saber de la misa la media.

—Harto sabe, pues sabe decir amén.

—¿Y cómo se llama?

—Tiene muchos nombres, y todos buenos: unos le llaman el buen hombre, otros el buen Juan, escolán de amén, *manja con tuti* el buen pan, pasta real. Pero su propio nombre en español es *sí, sí,* y en italiano *bono, bono.* Y así como a Momo se le dio el nombre de *no, no,* que corrompida la ene por ignorancia o malicia, quedó en *mo, mo,* así a éste, de *bono, bono* le quedó el *bo, bo,* porque todo lo abona y todo lo alaba. Pues, aunque sea la más alta necedad, dice: «Bueno, bueno»; al más solemne disparate: «¡Qué bien!»; la mayor mentira: «¡Sí, sí; al peor desacierto: «¡Está bien!»; a la más calificada bobería: «¡Lindamente!» Desta suerte, vive y bebe con todos, y de todo engorda, que tiene linda renta en la ajena bobería.

—Pues si eso es, llamáranle Eco de la necedad. Pero, dime: ¿cómo no le tuvieron por dios los antiguos, así como a Momo, y con más razón, por ser más plausible y más agradable?

—Hay mucho que decir en eso. Sienten unos que, aunque siempre trata de lisonjear, como cada uno piensa que se le debe lo que se le dice, ninguno lo agradece; sirve a muchos y ninguno le paga, y morirá comido de lobos. Otros dicen que realmente no es de provecho en el mundo, antes de mucho daño. Lo cierto es que la malicia humana no ha estimado tanto sus simplicidades cuanto temido las quemazones de Momo.

Alborotóse mucho éste luego que le vio; trabóse entre los dos una reñida pendencia. Acudieron todos los apasionados de ambos, haciéndose a dos bandas: los sátrapas, los críticos, entendidos, bachilleres, podridos, caprichosos, satíricos y maldicientes se empeñaron por Momo; al contrario, los panarras, buenos hombres, amenistas, lisonjeros, sencillos y buenas pastas se hicieron a la banda de Bobo. Critilo y Andrenio se estaban a la mira, cuando se llegó a ellos un prodigioso sujeto y les dijo:

—No hay mayor necedad que estárselas oyendo. Si venís en busca de la Honra, seguidme, que yo os guiaré a donde está la honra del mundo entero.

Dónde los llevó, y dónde realmente la hallaron, se queda para otra crisi.

CRISI DUODÉCIMA

El trono del Mando

Competían las Artes y las Ciencias el soberano título de reina, sol del entendimiento y augusta emperatriz de las letras. Después de haber hecho la salva a la sagrada Teología (verdaderamente divina, pues toda se consagra a conocer a Dios y rastrear sus infinitos atributos), habiéndola sublimado sobre sus cabezas y aun sobre las estrellas, que fuera indecencia adocenarla, prosiguióse la competencia entre todas las demás que se nombran, de las tejas abajo, luceros de la verdad y nortes seguros del entendimiento. Viéronse luego hacer de parte de ambas Filosofías todos los mayores sujetos, los ingeniosos a la banda de la Natural y los juiciosos de la Moral, señalándose entre todos Platón eternizando divinidades, y Séneca sentencias. No fue menos numeroso ni lucido el séquito de la Humanidad, gente toda de buen genio; y, entre todos, un discreto de capa y espada, habiendo arengado por ella, concluyó diciendo:

—¡Oh plausible Enciclopedia!, que a ti se reduce todo el plático saber, tu mismo nombre de Humanidad dice cuán digna eres del hombre; con razón los entendidos te dieron el apellido de las Buenas Letras, que entre todas las Artes tú te nombras en pluralidad la Buena.

Pero ya Bartulo y Baldo comenzaron a alegar por la Jurisprudencia; acotando entre los dos docientos textos con memoriosa ostentación, probaron con evidencia que ella había hallado aquel maravilloso secreto de juntar honra y provecho, levantando los hombres a las mayores dignidades, hasta la suprema.

Riéronse desto Hipócrates y Galeno, diciendo:

—Señores míos, aquí no va menos que la vida: ¿qué vale todo sin salud?

Y el complutense Pedro García, que desmintió lo vulgar de su renombre con su fama, ponderaba mucho aquel haber encargado el divino sabio el honrar los médicos, no los letrados ni los poetas.

—¡Aquí de la Honra y de la Fama!— blasonaba un historiador—. ¡Esto sí que es dar vida y hacer inmortales las personas!

—¡Eh!, que para el gusto no hay cosa como la Poesía —glosaba un poeta—. Bien concederé yo que la Jurisprudencia se ha alzado con la honra, la Medicina con el provecho. Pero lo gustoso, lo deleitable quédese para los canoros cisnes.

—¿Pues qué, y la Astrología —decía un matemático—, no ha de tener estrella, cuando se carea con todas y se roza con el mismo sol?

—¡Eh!, que para vivir y para valer —decía un ateísta, digo un estadista— a la Política me atengo; ésta es la ciencia de los príncipes, y así ella es la princesa de las ciencias.

Desta suerte corría la pretensión a todo discurrir, cuando el gran canceller de las Letras, digno presidente de la docta Academia, oídas las partes y bien ponderadas sus eficacísimas razones dio muestras de pronunciar sentencia. Calmó en un punto el confuso murmullo y fue tanta la atención cuanta la expectación; allí se vio todo pedante sacar el cuello de cigüeña, plantar de grulla, atisbar de mochuelo y parar oreja de liebre. En medio de tan antonina suspensión, que ni una mosca se oía, desabrochando el pecho, el severo presidente sacó del seno un libro enano, no tomo, sino átomo, de pocas más que doce hojas, y levantándole en alto a toda ostentación, dijo:

—Ésta sí que es la corona del saber, ésta la ciencia de ciencias, ésta la brújula de los entendidos.

Estaban todos suspensos, admirándose y mirándose unos a otros de saber qué arte fuese aquélla, que según parecía no se parecía, y dudaban del desempeño. Volvió él segunda vez a exagerar:

—Éste sí que es el plático saber, ésta es la arte de todo discreto, la que da pies y manos, y aun hace espaldas a un hombre: ésta la que del polvo de la tierra levanta un pigmeo al trono del mando. Cedan las *Auténticas* del César, retírense los *Aforismos* del médico, llamados así ya por lo desaforado, ya porque echan fuera del mundo a todo viviente. ¡Oh qué lición ésta del valer y del medrar! Ni la Política, ni la Filosofía, ni todas juntas alcanzan lo que ésta con sola una letra.

Crecía a varas el deseo con tanta exageración, y más por extrañarse en la boca de un atento.

—Finalmente —dijo— este librito de oro fue parto noble de aquel célebre gramático, prodigioso desvelo de Luís Vives, y se intitula: *De conscribendis epistolis:* Arte de escribir…

No pudo acabar de pronunciar *cartas,* porque fue tal la risa de todo aquel erudito teatro, tanta la tempestad de carcajadas, que no pudo en mucho rato tomar la vez ni la voz para desempeñarse. Volvía ya a esconder el librillo en el seno con tal severidad, que bastó a serenarlos, y muy compuesto le dijo:

—Mucho he sentido el veros hoy tan vulgarizantes. Sólo puede ser satisfación el reconoceros desengañados. Advertí que no hay otro saber en el mundo todo como el saber escribir una carta; y quien quisiere mandar, platique aquel importante aforismo: *Qui vult regnare, scribat,* quien quiere reinar, escriba.

Este ponderativo suceso les refirió un ni persona ni aun hombre, sino sombra de hombre, rara visión, y al cabo nada; porque ni tenía mano en cosa, ni voz, ni espaldas, ni piernas que hacer, ni podía hombrear, ni en toda su vida se vio hecha la barba: tanto que, admirado Andrenio, le preguntó:

—¿Eres o no eres? Y si eres, ¿de qué vives?

—Yo —dijo— soy sombra, y así, siempre ando a sombra de tejado. Y no te espantes, que los más en el mundo no nacieron más que para ser sombras de la pintura, no luces ni realces; porque un hermano segundo, ¿qué otra cosa es sino sombra del mayorazgo?; el que nació para servir, el que imita, el que se deja llevar, el que no tiene *sí* ni *no,* el que no tiene voto propio, cualquiera que depende, ¿qué son todos sino sombras de otros? Creedme que los más son sombras, que aquéllos las hacen y éstos les siguen. La ventura consiste en arrimarse a buen árbol, para no ser sombra de un espino, de un alcornoque, de un quejigo. Por eso, yo voy en busca de algún gran hombre, para ser sombra suya y poder mandar el mundo.

—¿Tú —replicó Andrenio—, mandar?

—Sí, pues muchos que fueron menos, y aun nada, han llegado a mandarlo todo. Yo sé que me veréis bien presto entronizado; dejá que lleguemos a la Corte, que si ahora soy sombra, algún día seré asombro. Vamos allá, y allí veréis la honra del mundo en el ínclito, justo y valeroso Ferdinando Augusto: él es la honra de nuestro siglo, la otra columna del *non plus ultra* de la fe, trono de la justicia, basa de la fortaleza y centro de toda virtud. Y creedme que no hay otra

honra sino la que se apoya en la virtud, que en el vicio no puede haber cosa grande.

Alegráronse mucho ambos peregrinos viendo se acercaban a aquella ciudad, estancia de su buscada prenda y término de su felicidad deseada. Vieron ya campear en la superioridad de la más alta eminencia una imperial ciudad, la primera que los solares rayos coronan. Fuéronse acercando y admirando un número sin cuenta de gentes, anhelando todos en su falda por subir a su corona. Para más satisfacerse ambos peregrinos, preguntaron si era aquélla la Corte.

—¿Pues no se da bien a conocer —les respondieron— en la muchedumbre de impertinentes? Ésta es la Corte y aun todas las cortes en ella; éste es el trono del mando, donde todos revientan por subir, y así llegan reventados, unos a ser primeros, otros a ser segundos, y ningún a ser postrero.

Vieron que echaban algunos, bien pocos, por el rodeo de los méritos, mas era un acabar de nunca acabar. El más manual, más que el de las letras, del valor y virtud, era el del oro, pero la dificultad consistía en fabricarse escala; que de ordinario los más beneméritos suelen ser los más imposibilitados. Echáronle a uno por favor, más que por elección, una escala de lo alto, y él, en estando arriba, la retiró porque ningún otro subiese. Al contrario, otro arrojó desde abajo un gancho de oro, y enganchóse en las manos de dos o tres que estaban arriba, con que pudo trepar ligero. Y déstos había raros volatines de la ambición que por maromas de oro volaban ligerísimos. Estaban votando uno y blasfemando.

—¿Qué tiene éste?— preguntó Andrenio.

Y respondiéronle:

—Echa votos por los que le han faltado.

Lo que más admiraron fue que, siendo la subida muy resbaladiza y llena de deslizaderos, llegó uno y comenzó a untarlos con un unto que en lo blanco parecía jabón y en lo brillante plata.

—¡Hay más calificada necedad! —decían.

Pero el Asombrado:

—Aguarda —dijo—, y veréis el maravilloso efeto.

Fuelo harto, pues en virtud desta diligencia pudo subir con ligereza y seguridad, sin amagar el menor vaivén.

—¡Oh gran secreto —exclamó Critilo— untar las manos a otros para que no se le deslicen a él los pies!

Ostentaban algunos prolijas barbas, torrentes de la autoridad, que cuando más afectan ciencia, descubren mayor legalidad.

—¿Por qué éstos —preguntó Andrenio— no se hacen la barba?

—¡Oh! —respondió el Asombrado—, porque se la hagan.

Reconocieron uno que parecía necio, y realmente lo era, según aquel constante aforismo: que son tontos todos los que lo parecen y la metad de los que no lo parecen. Y con ser incapaz, había muchos entendidos que le ayudaban a subir y lo diligenciaban por todas las vías posibles, no cesando de acreditarle de hombre de gran testa (contra todo su dictamen), de gran valor y muy cabal para qualquier empleo.

—¿Qué pretenden estos sabios —reparó Critilo— con favorecer a este tonto, procurando con tantas veras entronizarle?

—¡Oh! —dijo el Asombro, ya espanto—, ¿no veis que si éste sube una vez al mando, que ellos le han de mandar a él? Es *testa de ferro* en quien afianzan ellos en tenerlo todo a su mano.

¡Oh lo que valía aquí una onza de pía afición, y un amigo un Perú, sobre todo un pariente, aunque sea cuñado! Porque decían:

—De los tuyos hayas.

Mas Critilo, anteviendo tantas y tan inaccesibles dificultades, trataba de retirarse, consolándose a lo zorro de los racimos y diciendo:

—¡Eh, que el mandar, aunque es empleo de hombres, pero no felicidad! Y cierto —ponderaba— que para gobernar locos es menester gran seso, y para regir necios gran saber. Yo renuncio a los cargos por sus cargas.

Y encogiendo los hombros, volvía las espaldas. Detúvole el Asombro con aquella paradoja sentencia, para unos de vida, y de muerte para otros: Que un hombre había de nacer o rey o loco; no hay medio, o César o nada.

—¿Qué sabio —decía— puede vivir sujeto a otro, y más a un necio? Más le vale ser loco, no tanto para no sentir los desprecios cuanto para dar luego en rey de imaginación y mandar de fantasía. Yo, con ser sombra, no me tengo por desahuciado de llegar al mando.

—¿Pues en qué confías? —dijo Andrenio, cuando se oyó una voz que desde lo más alto decía:

—¡Allá va, allá va!

Estaban todos suspensos en expectación de qué vendría, cuando vieron caer a los pies de la Sombra unas espaldas de hombre, y muy hombre, fuertes hombros y trabadas costillas. Segundó el grito:

—¡Allá van!

Y cayeron dos manos con sus brazos tan rollizos, que parecía cada uno un brazó de hierro. Desta suerte fueron cayendo todas las prendas de un varón grande. Estaban los circunstantes atónitos de ver el suelo poblado de humanos miembros, mas la Sombra los fue recogiendo todos y revistiéndoselos de uno en uno, con que quedó muy persona, hombre de poder y valer; y el que antes parecía nada, y podía nada, y era tenido en nada, se mostró ahora un tan estirado gigante, que todo lo podía. De modo que uno le hizo espaldas, otro la barba, no faltó quien le dio la mano, ni quien le fuese pies, con que pudo hacer piernas y hombrear; hasta entendimiento tuvo quien le diese. En viéndose hombre, trató de subirse a mayores, y pudo, y aun prestar favor a sus camaradas, a quienes hizo espaldas para su mayor ascenso.

Toparon en la primera grada del medrar una fuente rara donde todos se prevenían para la gran sed de la ambición, y causaba contrarios efectos: uno de los más notables era un olvido tan extraño de todo lo pasado, que no sólo se olvidaban de los amigos y conocidos de antes, causándoles increíble pesadumbre ver testigos de su antigua bajeza, pero de sus mismos hermanos, y aun hubo hombre tan bárbaramente soberbio, que desconoció el padre que le engendró, borrando de su memoria todas las obligaciones pasadas, los beneficios recibidos, favoreciendo hechuras nuevas, queriendo antes ser acreedores que obligados: más estimaban fiar que pagar. Pero ¡qué mucho!, si llegaron los más a olvidarse de sí mismos y de lo que habían sido, de aquellos principios de charcos, en viéndose en alta mar, y de todo cuanto les pudiera acordar su basura, obligándoles a deshacer la rueda. Infundía una ingratitud increíble, una tesura enfadosísima, una extrañez notable, y al fin, mudaba un entronizado totalmente, dejándole como elevado, que ni él se conocía ni los otros le acababan de conocer: tanto mudan las honras las costumbres.

Llegaron a lo alto en ocasión que todos andaban turbados y la corte alborotada, por haber desaparecido uno de los mayores monarcas de la Europa, y habiéndole buscado por cien partes, no le

podían descubrir. Sospechaban algunos se habría perdido en la caza (que no sería el primero), que en casa de algún villano habría hecho noche, despertando de su gran sueño y cenando desengaños el que tan ayuno vivía de verdades. Mas llegó el día, y no pareció. Era grande y general el sentimiento, porque era amado de todos por sus grandes prendas; príncipe de estrella, que no es poco. No quedó Yuste, San Dionís, Casa de Campo, bosque ni jardín donde no le buscasen, hasta que finalmente le hallaron donde menos pensaban ni pudiera imaginarse, pues en un mercado, entre los ganapanes y esportilleros, vestido como uno dellos, porteando tercios y alquilando sus hombros por un real. Quedaron atónitos de verle tan trocado, comiendo un pedazo de pan con más gusto que en su palacio los faisanes. Estuvieron por un gran rato suspensos, sin acertar a decir palabra, no acabando de creer lo que veían. Quejáronsele con el debido sentimiento de que hubiese dejado su real trono y se hubiese abatido a un empleo tan soez: mas él les respondió:

—En mi palabra, que es menos pesada la mayor carga déstas, aunque sea de muchas arrobas de plomo, que la que he dejado; el tercio más cantioso me parece una paja respeto de un mundo a cuestas, y que me lo han agradecido mis hombros. ¿Qué cama de brocado como este suelo sin cuidados, donde he dormido más estas cuatro noches que en toda mi vida?

Suplicábanle volviese a su grandeza, mas él:

—Dejadme estar —respondió—, que ahora comienzo a vivir; ya me gozo y soy rey de mí mismo.

—Pues, señor —volviéronle a hacer instancia—, ¿cómo un príncipe de tan alto genio ha podido humanarse a conversar con tan vil canalla, horrura mayor del vulgo?

—¡Eh!, que no se me ha hecho de nuevo. ¿No andaba yo en el palacio rodeado de truhanes, simples, enanos y lisonjeros, peores sabandijas, a dicho de un rey Magnánimo?

Rogáronle unos y otros volviese al mando, y él por última resolución les dijo:

—Andad, que habiendo probado ya esta vida, gran locura sería volver a la pasada.

Trataron de elegir otro (que debía ser en Polonia), y pusieron la mira en uno nada niño y mucho hombre, de gran capacidad y valor,

de gran inteligencia y ejecución, con otras mil prendas majestuosas, así de hombre como de rey; presentáronle la corona, mas él, tomándola en sus manos y sospesándola, decía:

—A gran peso, gran pesar. ¿Quién podrá sufrir un dolor de cabeza de por vida, tú pesando y yo pensando?

Pidió que, por lo menos, se la sustentase con dos manos un hombre de valor, porque no cargase todo el peso sobre su cabeza, mas díjole el venerable presidente del Parlamento:

—Eso, Sire, más sería tener el otro la corona en su mano que vos en la cabeza.

Llegó a vestirse la rica y vistosa púrpura, y hallándola forrada, no en martas de piedad, sino en erizos de pena, vestíasela algo holgada. Mas, diciéndole el maestro de ceremonias se la había de ceñir de modo que quedase bien ajustada, comenzó a suspirar por un pellico. Pusiéronle el cetro en la mano, y fue tal el peso, que preguntó si era remo, teniendo más tempestades que en el golfo de León; era cuando más precioso más pesado, y tenía por remate, no las hojas de una flor, sino los ojos en frutos: un ojo muy vigilante que valía por muchos. Preguntó qué significaba, y el gran canciller le dijo:

—Está haciéndoos del ojo y diciendo: «Sire, ojo a Dios y a los hombres, ojo a la adulación y a la entereza, ojo a conservar la paz y acabar la guerra, ojo al premio de unos y al apremio de los otros, ojo a los que están lejos, y más a los que están cerca, ojo al rico y oreja al pobre, ojo a todo y a todas partes, mirad al cielo y a la tierra, mirad por vos y por vuestros vasallos.» Todo esto y mucho más está avisando este ojo tan despierto. Y advertí que si tiene ojos el cetro, también tiene alma, como lo experimentaréis tirando de la parte inferior.

Ejecutólo y desenvainó un acicalado estoque, que es la justicia el alma del reinar. Leyéronle las leyes y pensiones de su cargo, que decían: la primera, no ser suyo, sino de todos, no tener hora propia, todas ajenas, ser esclavo común, no tener amigo personal, no oír verdades (lo que sintió mucho), haber de dar gusto a todos, contentar a Dios y a los hombres, morir en pie y despachando.

—Basta —dijo—, que yo también me acojo al sagrado de la libertad, y desde ahora renuncio una corona, que se llamó así del corazón y sus cuidados, una púrpura felpada de cambrones, un cetro remo, y un trono potro de dar tormento.

Acercósele un monstruo o ministro, y díjole al oído que tratase de tomar los cargos, y no las cargas.

—Reine —decía su madre—, aunque me cueste la vida.

Tocaron a aplauso los coribantes, embelesándole con ruidosa pompa, en que salió cortejado de la noble bizarría y aclamado de la populosa vulgaridad. En medio della estaba Andrenio, ponderando la majestuosa felicidad del nuevo príncipe, cuando un extremado varón, llegándose a él, le dijo:

—¿Crees tú que éste que ves es el príncipe que manda?

—¿Cuál, pues, si éste no? —respondió Andrenio.

Y él:

—¡Oh, cómo te engañas de barra a barra!

Y mostrándole un esclavo vil con su argolla al cuello, cadena al pie, arrastrando un grande globo:

—Éste es —le dijo— el que manda el mundo.

Túvolo o por necedad, o por chiste, y comenzóle a solemnizar. Mas él se fue desempeñando a toda seriedad:

—Porque, mira —le dijo—, aquella gran bola de hierros, ¿qué puede ser sino el mundo, que él le trae al retortero? ¿Ves aquellos eslabones? Pues aquélla es la dependencia: aquel primero es el príncipe, aunque tal vez, sacando bien la cuenta, es el tercero, el quinto y tal vez el décimo tercio; el segundo es un favorecido; a éste le manda su mujer; ella tiene un hijuelo en quien idolatra; el niño está aficionado a un esclavo, que pide al rapaz lo que se le antoja; éste llora a su madre, ella importuna a su esposo, él aconseja al príncipe, que decreta. De suerte que, de eslabón en eslabón, viene el mundo a andar rodando entre los pies de un esclavo errado de sus pasiones.

Pasó el triunfo, que de todo triunfa el tiempo, y guiándoles el varón de extremos, haciéndolos, llegaron a una gran plaza donde cuatro o seis personajes muy ahorrados, sin ahorrarse con ninguno y aforrándose de todos, estaban jugando a la pelota; éste le arrojaba a aquél, y aquél al otro, hasta que volvía al primero, pasando círculo político, que es el más vicioso, rodando siempre entre unos mismos, sin salir jamás de sus manos. Todos los demás estaban mirando, que no hacían otro que ver jugar. Reparó Critilo y dijo:

—Ésta parece la pelota del mundo: entre cuero y viento o borra.

—Y éste es —respondió el Extremado— el juego del mando, éste el gobierno de todas las comunidades y repúblicas. Unos mismos son los que mandan siempre, sin dejar tocar pelota a los demás, que no hay política que no tenga sus faltas y sus azares. Pero, si me creéis, dejaos de todo mentido mando y seguidme, que yo os prometo mostrar el señorío real, que es el verdadero.

—Aquí hacemos alto —respondió Critilo—. El mayor favor sería guiarnos a casa de aquel ínclito marqués embajador de España cuya casa es nuestro centro, dónde pensamos poner término a nuestra prolija peregrinación hallando nuestra felicidad deseada.

Lo que les respondió y sucedió aquí, relatará la crisi siguiente.

CRISI DECIMATERCIA

La jaula de todos

Crece el cuerpo hasta los veinte y cinco, y el corazón hasta los cincuenta, mas el ánimo siempre: gran argumento de su inmortalidad. Es la edad varonil el mejor tercio de la vida, como la que está en el medio; llega ya el hombre a su punto, el espíritu a su sazón, el discurso es substancial, el valor cumplido y dictamen de la razón muy ajustado a ella; al fin, todo es madurez y corduda. Desde este punto se había de comenzar a vivir, mas algunos nunca comenzaron y otros cada día comienzan. Esta es la reina de las edades, y si no perfecta absolutamente, con menos imperfecciones, pues no ignorante como la niñez, ni loca como la mocedad, ni pesada ni pasada como la vejez; que el mismo sol campa de luces al medio día. Tres libreas de tres diferentes colores da en diversas edades la naturaleza a sus criados: comienza por el rubio y purpurante en la aurora de la niñez, al salir del sol de la juventud, gala de color y de colores; pero viste de negro y de decencia la barba y el cabello en la edad varonil, señal de profundos pensamientos y de cuidados cuerdos; fenece con el blanco, quedándose en él la vida, que es el buen porte de la virtud, librea de la vejez lo cándido.

Había Andrenio llegado a la cumbre de la varonil edad cuando ya Critilo iba descaeciendo cuesta abajo de la vida y aun rodando de achaque en achaque. Íbales convoyando aquel varón raro, muy de la ocasión, porque, aunque habían topado otros bien prodigiosos en el discurso de tan varia vida (que quien mucho vive, mucho experimenta), mas éste les causó harta novedad, porque crecía y menguaba como él quería, estirábase cuando era menester y iba sacando el cuerpo, alzaba cabeza, levantaba la voz y hombreabase de modo que parecía un gigante, tan descomunal, que hiciera cara al mismo capitán Plaza y aun a Pepo; por otro extremo, cuando a él le parecía se volvía a encoger y se empequeñecía de modo que parecía un pigmeo en lo poco y un niño en lo tratable. Estaba atónito Andrenio de ver una virtud tan variable.

—No te admires —le dijo él mismo—, que yo, con los que tratan de empinarse y levantarse a mayores, con los que quieren llevar las cosas de mal a mal, también sé hacer piernas; pero, con los que se humillan y llevan las cosas de bien a bien, me allano de modo

que de mi condición harán cera, cuando más sincera: que tengo por blasón perdonar a los humildes y contrastar los soberbios.

Este, pues, hombre por extremos, habiéndoles desengañado de que el marqués embajador, que ellos buscaban, no asistía ya en la corte imperial, sino en la romana, con negocios de extraordinaria grandeza, y habiendo ellos resuelto, después de mucha desazón y sentimiento, proseguir el viaje de su vida hasta conseguir su alejada felicidad y marchar a la astuta Italia, ofrecióles el voluntario gigante su compaña hasta los Alpes canos, distrito ya de la sonada Vejecia.

—Y porque me empeñé —decía— en mostraros el señorío verdadero, sabed que no consiste en mandar a otros, sino a sí mismo. ¿Qué importa sujete uno todo el mundo, si él no se sujeta a la razón? Y por la mayor parte, los que son señores de más, suelen serlo menos de sí mismos, y tal vez el que más manda más se desmanda. El imperio no es felicidad, sino pensión, pero el ser señor de sus apetitos es una inestimable superioridad. Asegúroos que no hay tiranía como la de una pasión, y sea cualquiera, ni hay esclavo sujeto al más bárbaro africano como el que se cautiva de un apetito. ¡Cuántas veces querría dormir a sueño suelto el necio amante!, y dícele su pasión: «¡Quita, perro, que no se hizo para ti ese cielo, sino un infierno de estar suspirando toda la noche a los umbrales de la desvanecida belleza!» Quisiera el mísero engañar, si no satisfacer, su hambre canina, y dícele su codicia: «¡Anda, perro, ni una sed de agua, y siempre de dinero!» Suspira el ambicioso por la quietud dichosa, y grítale el deseo de valer: «¡Hola, perro, anda aperreado toda la vida!» ¿Hay Berbería tan bárbara cual ésta? ¡Eh!, que no hay en el mundo señorío como la libertad del corazón; eso sí que es ser señor, príncipe, rey y monarca de sí mismo. Esta sola ventaja os faltaba para llegar al colmo de una inmortal perfección; todo lo demás habíais conseguido, el honroso saber, el acomodado tener, la dulce amistad, el importante valor, la aventura deseada, la virtud hermosa, la honra autorizada, y desta vez el mando verdadero, ¿Qué os ha parecido —preguntó el agigantado camarada— de los bravos alemanes?

—Grandes hombres —iba a decir Critilo, cuando perturbó su definición uno que parecía venir huyendo en lo desalentado y a gritos mal distintos repetía:

—¡Guarda, la fiera! ¡Guarda, la mala bestia!

No dejaron de asustarse, y más cuando oyeron repetir lo mismo a otro y a otros, que todos volvían atrás de espanto.

—¿Es posible —dijo Andrenio— que jamás nos hemos de ver libres de monstruos ni de fieras, que toda la vida ha de ser arma?

Trataban de huir y ponerse en cobro, cuando volviéndose hacia su camarada el Gigante, no le vieron, pero le sintieron metido en uno de sus zapatos, tamañito. Creció su espanto, creyendo fuese efeto del miedo, mas él, con voz intrépida, les animó, diciendo:

—¡No temáis, no, que ésta no es desdicha, sino suerte!

—¿Cómo suerte —gritó uno de los fugitivos—, si está ahí una fiera tan cruel que no perdona al hombre más persona?

—¿Cómo nos guías por aquí? —instó Critilo.

Y él:

—Porque es el camino de más ventajas, el de los grandes hombres, y esa fiera tan temida no es para mí asombro, sino trofeo.

Dábase a las furias, oyendo esto, Andrenio, y preguntóle a uno de los menos asustados:

—¿No me dirías qué fiera es ésta? ¿Vístela tú?

—Y aun he experimentado —respondió—, por desgraciada dicha, su fiereza. Éste es un monstruo tan ruin como despiadado, que sólo se sustenta de hombres muy personas. Cada día le han de echar, para su pasto, el mejor hombre que se conoce, un héroe, y por el mismo caso que es conocido y nombrado, el sujeto más eminente, ya en armas, ya en letras, ya en gobierno; y, si mujer, la más linda, la más bella, y luego la despedaza rosa a rosa, estrella a estrella y se la traga, que de las feas y fieras como él no hace caso. Todos los famosos hombres peligran: en habiendo un sabio, un entendido, al punto le huele de mil leguas y hace tales estragos, que sus mismos conocidos se le traen, y tal vez sus propios hermanos, que el primer hombre que despedazó, un hermano suyo le condujo. Es cosa lastimosa ver un gran soldado cuanto más valiente y hazañoso cómo perece hecho víctima de su vilísima rabia.

—¿Pues qué, a los valientes se atreve?

—¿Cómo si se atreve? Al mismo Torrecuso, al animoso Cantelmo, al mismo duque de Feria, y otros tan excelentes: fiero monstruo de deshacer todo lo bueno. ¡Pues ve cómo lo malea con dientes, con la lengua, hasta con el gestillo, con el modillo y de todas maneras!

—¡Qué buen gusto debe tener! —dijo Critilo.

—Antes no, pues todo lo bueno le sabe mal y no lo puede tragar, aunque muerde lo mejor. Y si tal vez se lo traga, porque lo cree, no lo puede digerir, porque no se le cuece. Tiene malísimo gusto y peor olfato, oliendo de cien leguas una eminencia, y rabia por deshacerla. Y así, yo doy voces: «¡Afuera, lindas! ¡A huir, sabios! ¡Guardaos, valientes! ¡Alerta, príncipe! ¡Que viene, que llega rabiando la apocada bestia! ¡Guarda, guarda!»

—¡Eh, aguarda! —dijo el ya enano Gigante—. Por lo menos, no puedes negar que es grande quien así se ceba en todas las cosas grandes.

—Antes, es muy poca cosa, y aunque no hinca el diente venenoso sino en lo que sobresale, es de todas maneras ruin y revienta cada día. No hay cosa más pestilente que su aliento, como salido de tan fatal boca, mala lengua y peores entrañas. Yo la he visto eclipsar el sol y deslucir las mismas estrellas: los cristales empaña y la plata más brillante desdora. De suerte que, en viendo alguna cosa excelente y rara, la toma de ojo y de tema.

—¿No hay un paladín que degüelle esa orca tan perjudicial? —preguntó Andrenio.

—¿Quién la ha de matar? No los pequeños, que no les hace daño, antes los venga y consuela; no los grandes hombres, porque ella acaba con todos: ¿pues quién le ha de emprender?

—¿Es bruto o persona?

—Algo, aunque poco, tiene de hombre; de mujer mucho, y de fiera todo.

Ya en esto, venía para ellos un rayo en monstruo dando crueles dentelladas, espumando veneno:

—¡Aquí el remedio es —gritó el ya Enano, y mucho menos— no sobresalir en cosa, no lucir ni campear, no ostentar prenda alguna!

Así lo platicaron, y la que venía rechinando colmillos y relamiéndose en espumajos de veneno, viéndoles que tan poco sobresalían y que el imaginado gigante era un pigmeo, no dignándose ni aun de mirarles, los despreció dando la vuelta a su poquedad y vileza.

—¿Qué os ha parecido de la monstruosa vieja? —preguntó el ya otra vez Gigante.

Y Critilo:

—Yo dudé si era el Ostracismo moderno, que a todos los insignes varones destierra y querría echar del mundo no más de porque lo son. En oliendo un docto, le hace proceso de excelente hombre y le condena a no ser oído; al esclarecido, a deslucido; al valiente le hace cargos, transformándole las proezas en deméritos; al mayor ministro y de mejor gobierno le publica por insufrible; la hermosura mayor, a no ser vista; y al fin, toda eminencia, que vaya fuera y se le quite delante.

—¿Y eso ejecutaban hombres de juicio en Atenas? —replicó Andrenio.

—Y hoy pasa en hecho de verdad —le respondió.

—¿Y dónde van a parar tantos buenos?

—¿Dónde? Los valientes a Extremadura y la Mancha, los buenos ingenios a Portugal, los cuerdos a Aragón, los hombres de bien a Castilla, las discretas a Toledo, las hermosas a Granada, los bellos decidores a Sevilla, los varones eminentes a Córdoba, los generosos a Castilla la Nueva, las mujeres honestas y recatadas a Cataluña, y todo lo lucido a parar en la Corte.

—A mí me pareció —dijo Andrenio— en aquel mirar de mal ojo, en el torcer de la boca, en el hacer gestillos, en el modillo de hablar y en el enfadillo, que era la Envidia.

—La misma —respondió el Gigante—, aunque ella lo niega.

Libres ya de envidiados y envidiosos, llegaron a un paso inevitable donde asistía muy de asiento un varón muy de propósito. Éste era el que tenía en su mano la justa medida de los entendimientos de cómo han de ser. Y era cosa rara que, llegando cada instante unos y otros a medirse, ninguno se ajustaba de todo punto. Unos se quedaban muy cortos, a tres o cuatro dedos de necios, ya por esto, ya por lo otro: uno porque, aunque en unas materias discurría, en otras no acertaba; éste era ingenioso, pero candido; aquél docto, pero rústico. De modo que ninguno venía al cabal del todo. Al contrario, otros pasaban del coto y eran bachilleres, resabidos, sabihondos y aun casi locos: hablaban unos bien, pero se escuchaban; sabían otros, pero se lo presumían; y todos estos enfadaban. Así, que unos por cortos, otros por largos, unos por carta de más, otros de menos, todos perdían; a unos les faltaba un pedazo de entendimiento, y a otros les sobraba. Cuál y cuál, uno entre mil, venía a ser de la medida, y aun quedaba en opiniones. En viendo el juicioso varón que uno no llegaba, o un otro se pasaba, los

mandaba meter en la gran jaula de todos, llamada así por los infinitos de que siempre estaba llena; que de loco o simple raro es el que se escapa, los unos porque no llegan, los otros porque se pasan, condenándose todos, unos por tontos, otros por locos. Comenzó a vocearles uno de los que ya estaban dentro, y decía:

—¡Entrad acá, no tenéis que mediros, que todos somos locos, los muchos y los pocos!

Tomáronse la honra, que en la tierra de los necios, el loco es rey, y guiados de su gran hombre entraron allá. Vieron cómo los más andaban, pero no discurrían, cada uno con su tema, y alguno con dos, y tal con cuatro. Había caprichosas setas, y cada uno celebraba la suya: el uno de entendido, el otro de decidor, éste de galán, aquél de bravo, tal de linajudo, y cuál de afectado, de enamorados muchos, de descontentos de todo algunos; los graciosos muy desgraciados; los dejados muy fríos; los porfiados insufribles, los singulares señalados, los valientes furiosos, los muy voluntarios fáciles, los vulgares desestimados, los juradores aborrecidos, los descorteses abominados, los rencillosos malquistos, los artificiosos temidos. Admirado Andrenio de ver tan trascendente locura, quiso saber la causa y dijéronle:

—Advertí que ésta es la semilla que más cunde hoy en la tierra, pues da a ciento por uno, y en partes a mil; cada loco hace ciento, y cada uno déstos otros tantos, y así en cuatro días se llena una ciudad. Yo he visto llegar hoy una loca a un pueblo, y mañana haber cien imitadoras de sus profanos trajes. Y es cosa rara que cien cuerdos no bastan [a] hacer cuerdo un loco, y un loco vuelve orates a cien cuerdos. De nada sieven los cuerdos a los locos; éstos sí hacen gran daño [a] aquéllos; es en tanto grado, que ha acontecido poner un loco entre muchos y muy cuerdos, por ver si se remediaría, y como en todo cuanto hablaba y hacía le repugnaban, comenzó a dar gritos, diciendo que le sacasen de entre aquellos locos si no querían que perdiese el juicio en cuatro días.

Era de ponderar cuáles procedían sin parar un punto ni reparar en cosa, y todos fuera de sí metidos en otro de lo que eran, y tal vez todo lo contrario: porque el ignorante se imaginaba sabio, con que no estaba en sí, el nonadilla se creía gran hombre, el vil gran caballero, la fea se soñaba hermosa, la vieja niña, el necio muy discreto. De suerte que ninguno está en sí, ni se conoce ninguno en

el caso ni en casa. Y era lo bueno que cada uno preguntaba al otro si estaba en su juicio:

—Hombre del diablo, ¿estáis loco?

—¿Estamos en casa? —decía uno.

—¿Estáis conmigo? —decía otro.

Y a fe estuviera bien apañado si con él. A todos los otros imaginaban sus antípodas y que andaban al revés, persuadiéndose cada uno que él iba derecho y el otro cabeza abajo, dando de colodrillo por esos cielos, él muy tieso y los otros rodando.

—¡Qué errado anda fulano! —decía éste.

Y respondía el otro:

—¡Qué calzado por agua va él!

Todos se burlaban, unos de otros: el avaro del deshonesto y éste de aquél, el español del francés y el francés del español.

—Hay locura de todo el mundo —filosofaba Critilo—. ¡Y con cuánta razón se llamó jaula de todos!

Iban discurriendo, y toparon los ingleses metidos en una muy alegre jaula.

—¡Qué alegremente se condenan éstos! —dijo Andrenio.

Y respondiéronle estaban allí por vanos:

—Es achaque de la belleza.

Vieron los españoles en otra por maliciosos, los italianos por invencioneros, los alemanes por furiosos, los franceses por cien cosas, y los polacos a la otra banda. Había sabandijas de todo elemento: locos del aire los soberbios, del fuego los coléricos, de la tierra los avaros, y del agua, los Narcisos, y éste era simplicísimo elemento; en el quinto los lisonjeros, diciendo que sin él no se puede vivir en la corte ni en el mundo. Topaban extremadas locuras, bravos caprichos. Había dado uno en no hacer bien a nadie, y podía. Preguntóle Andrenio la causa, y respondióle:

—Señor mío, por no morirme luego.

—Antes, no —le replicaron—, que haciendo bien a todos, todos os desearán la vida.

—Engañáisos —respondió él—, que ya el hacer bien sale mal. Y si no, prestá vuestro dinero y veréis lo que pasa; los más ingratos son los más beneficiados.

—¡Eh!, que ésos son cuatro ruines, y por ellos no han de perder tantos buenos que lo reconocen y agradecen.

—¿Quién son éstos? —dijo él—, y harémosles un elogio. Al fin, señor, no os canséis, que yo no me quiero morir tan presto, que ya sabéis que quien bien te hará, o se te irá, o se te morirá.

A par déste estaba otro gran agorero, y era hombre de porte; en encontrando un bizco, se volvía a casa y no salía en quince días; que si tuerto, en todo un año. No había remedio que comiese, melancólico perdido.

—¿Qué tenéis? —le preguntó un amigo—. ¿Qué os ha sucedido?

Y él:

—Un grande azar.

—¿Qué?

—Que se volcó el salero en la mesa.

Riólo mucho el otro y díjole:

—Dios os libre no se vuelque la olla, que para mí no hay otro peor agüero que salir ella güera.

Hízoles gran novedad ver una jaula llena de hombres tenidos por sabios y muy ingeniosos, y decía Critilo:

—Señor, que estén aquí los amantes, vaya, que no va sino una letra para amentes; que estén los músicos en su traste, bien; ¡pero hombres de entendimiento!

—¡Oh, sí! —respondía Séneca—, que no hay entendimiento grande sin vena.

Trabáronse de palabras, que no de razones, un alemán y un francés; llegaron a términos de perdérselos, y el francés trató al alemán de borracho y éste le llamó loco; diose por muy agraviado el francés, y arremetiendo para él (que siempre procuran ser los agresores, y con eso ganan), juraba le había de sacar la sangre pura, que no fuera poco, y el alemán, que le había de hacer saltar los sesos, que no tenía. Púsose de por medio un español, mas aunque echó algunos votos, no podía aplacar al francés.

—No tenéis razón —le dijo—, que si él os ha tratado de loco, vos a él de borracho, con que sois iguales.

—No, mosiur —decía el francés—, más cargado quedo yo: peor es loco que borracho.

—Malo es lo uno y lo otro —replicó el español—, pero la locura es falta y la embriaguez es sobra.

—Así es —dijo el francés—, pero aquello de ser mentecato de alegría es una gran ventaja, es tacha de gusto.

—¡Eh!, que también un loco, si da en rey o papa, pasa una linda vida. Así que no sé yo de qué os dais por tan sentido.

—Siempre estoy en mis trece —dijo el francés—, que yo hallo gran diferencia de loco a borracho.

—¡Porque el uno es mentecato de secano, y el otro de regadío!

Estaba una mujer loca rematada de su hermosura, que las más déstas no tienen un adarme de juicio.

—Ésta sí —dijo Critilo— que volverá locos a ciento.

—Y aun a más —dijo Andrenio.

Y fue así, que ella estaba loca, y loca su madre con ella, y loco el marido de celos, y locos cuantos la miraban.

Daba voces un gran personaje, y decía:

—¿A mí, a un hombre como yo, de mi calidad, a un magnate intentar meterlo aquí? ¡Eso no! Si es por esto y esto, yo tuve mi razón; no se ha de dar cuenta de las acciones a todos. Si es por aquello, engáñanse. ¿Qué saben ellos de las ejecuciones de los grandes personajes, que no las alcanzan? ¿Por qué se meten a censurarlas?; que hay historiador, y aun los más, que no tocan en cielo ni en tierra.

Defendíase todo lo posible, mas los superintendentes de la jaula, tratándole muy mal, hasta ajarle, le llevaban muy contra su voluntad, diciendo:

—Aquí no se juzga de la cordura interna, sino de la locura externa. Vaya a la jaula drecho quien hizo tantos tuertos.

Llegó Critilo, y viendo era un gran personaje bien conocido, díjoles no tenían razón de meterle allí un hombre semejante.

—¡Eh!, sí, señor —dijeron ellos—, que estos hombres grandes hacen siempre locuras de su tamaño, y mayores cuanto mayores.

—Por lo menos —replicó Critilo—, no le pongáis en el común, sino aparte; haya una jaula retirada para los tales.

Riéronio mucho ellos, y dijeron:

—Señor mío, a quien perdió el mundo entero, todo él sea su jaula.

Al contrario, otro suplicaba con grande instancia le honrasen con una jaula de loco, más los del gobierno no quisieron; antes, le llevaron a las de los simples, que estaban de otra banda, y fue porque pretendía mandar; que a todos los pretendientes de mando los metían a un dedo del limbo. Había locos de memoria, que era cosa nueva y nunca vista (que de voluntad y entendimiento, ya es ordinario), y éstos eran los prósperos, los hartos, no acordándose de los hambrientos, los presentes de los ausentes, los de hoy de los de ayer, los que dos veces tropezaron en un mismo paso, los que se engolfaron segunda vez, y los que se casaron dos, los engañados entre los bobos, y el que dos veces, jaula doble; señalaron pienso a los de penseque. Estaban altercando dos cuál había sido el mayor loco del mundo, que el primero ya se sabe; nombraron muchos y bien solemnes, antiguos y modernos, en Francia a pares, y en España a nones. Concluyeron la disputa concluyendo el poema del galán Medoro.

Preguntó Andrenio por qué ponían los alegres junto a los tristes, los consolados a par de los podridos, los satisfechos de los confiados. Respondió uno que para igualar el peso y el pesar; pero otro, mejor, para que los unos curen con los otros.

—¿Pues qué, sanan algunos?

—Sí, alguno y aun ése por fuerza, como se vio en aquel que, habiéndole sanado un gran médico, no le quería después pagar. Citóle ante el juez, que admirado de tal ingratitud, dudó si había vuelto a estar loco. Respondía que ni con él se había hecho el concierto, ni le había hecho buena obra, sino muy mala, en haberle vuelto a su juicio, diciendo que no había tenido mejor vida que cuando estaba loco, pues no sentía los agravios ni advertía los desprecios, de nada se pudría: un día se imaginaba rey, otro papa, ya rico, ya valiente y vitorioso, ya en el mundo, ya en el paraíso, y siempre en gloria; pero ahora, sano, de todo se consumía, de todo se pudría, viendo cuál anda todo. Intimóle que pagase o volviese a ser loco y el escogió esto último.

Llamóles uno con grande instancia que estaba en la jaula de los descontentos. Comenzóles a hablar con grande consecuencia, quejándose de que le tenían allí sin causa. Daba tan buenas razones que les hizo dudar si la tendría, porque decía:

—Señores míos, ¿quién puede vivir contento con su suerte? Si es pobre, padece mil miserias; si rico, cuidados; si casado, enfados; si

soltero, soledad; si sabio, impaciencias; si ignorante, engaños; si honrado, penas; si vil, injurias; si mozo, pasiones; si viejo, achaques; si solo, desamparos; si emparentado, pesares; si superior, murmuraciones; si vasallo, cargas; si retirado, melancolías; si tratable, menosprecios. Pues ¿qué ha de hacer un hombre, y más si es persona? ¿Quién puede vivir contento sino algún tonto? ¿No os parece que tengo razón? Así tuviese yo ventura, que entendimiento no me falta.

Aquí se la conocieron, y grande: mal de muchos, vivir tan satisfechos de su entendimiento cuan descontentos de su poca dicha.

—¡Oh, cuántos —dijo Critilo— echan la culpa de la sobra de su locura a la falta de su ventura!

Muy confiado, uno llegó a entretenerse y a ver las gavias, mas al punto agarraron dél para revestirle la librea. Defendíase, preguntando que por qué, pues él ni era músico, ni enamorado, ni desvanecido, ni salía fianza por el mismo Creso, ni había confiado en hombres ni fiado de mujeres, mucho menos de franceses, ni se había casado por los ojos a lo antiguo, ni por los dedos a lo moderno, contando el dinero, ni había llevado plumaje ni ramo, ni se mataba de lo que otros vivían, ni suspiraba de lo que otros daban carcajadas, ni por decir un dicho había perdido un amigo, ni era de alguna de las cuatro naciones, y así que a ningún traste pertenecía. Nada le valió.

—¡Engavíenle! —gritaba el regidor mayor.

Y él:

—¿Por qué?

—Porque él solo se tiene por cuerdo, y aunque no sea loco, puede ser tenido por tal, como acontece cada día. Y entiendan todos que, por cuerdos que sean, si dan los otros en decirles: «¡Al loco, al loco!», o le han de sacar de tino u de crédito.

Ponderaba Andrenio que casi todos era hombres; no había niños ni muchachos.

—Es que aún no se han enamorado —le respondió uno.

Mas otro:

—¿Cómo han de perder lo que aún no tienen?

Defendía un físico que por ser húmedos de celebro, pero mejor un filósofo, que por vivir sin penas. Trajeron los esbirros un tudesco,

y él decía que por yerro de cuenta, que su mal no procedía de sequedad de celebro, sino de sobrada humedad, y aseguraba que nunca más en su juicio que cuando estaba borracho. Dijéronle que en qué se fundaba, y él con toda puridad decía que cuando estaba de aquel modo, todo cuanto miraba le parecía andar al revés, todo al trocado, lo de arriba abajo, y como en realidad de verdad así va el mundo y todas sus cosas, al revés, nunca más acertado iba él ni mejor le conocía que cuando le miraba al revés, pues entonces le veía al drecho y como se había de mirar. Con todo, cayó de su casa, y le dijeron que, aunque le veía al revés, no era por andar él drecho; y así, le metieron entre los alegres.

Donde quiera que se volvían topaban, o locos o mentecatos, todo el mundo lleno de vacío.

—Yo creí —dijo Andrenio— que todos los locos cabían en un rincón del mundo y que estaban recogidos allá en su Nuncio, y ahora veo que ocupan toda la redondez de la tierra.

—Podíamos responder a eso —dijo uno— lo que el otro en cierta ciudad bien noble y bien florida, que habiéndola paseado con un extranjero y habiéndole mostrado todas las cosas más célebres y más de ver (que eran tan muchas como grandes, soberbios edificios, plazas abundantes, jardines amenísimos y magníficos templos), reparó el huésped que no le había llevado a una casa de que él gustaba mucho. «¿Cuáles?, que al punto os llevaré allá.» «La casa de los que no están en ella.» «¡Oh señor!, respondió, aquí no hay casa especial: toda la ciudad lo es.»

De lo que mucho se maravillaba Andrenio era de ver locos de buen entendimiento.

—Éstos —le dijo uno— son los peores, porque no tienen cura. He allí uno que tiene el mayor entendimiento que se conoce, pero entendimiento que menos sirva a su dueño, yo dudo que le haya.

—¡Oh casa de Dios —exclamó Critilo—, poblada de orates!

Mas, al decir esto, se enferecieron todos y arremetieron contra ellos de todas partes y naciones. Viéronse rodeados en un instante de mentecatos, sin poderse defender dellos ni ponerles en razón. Aquí el Gigante, echando mano a la cinta, descolgó una bocina de marfil terso y puro, y aplicándola a la boca, comenzó a hacer un son tan desapacible para ellos, que todos al punto, volviendo las espaldas, se echaron a huir y se retiraron, aunque no con buen orden. Con esto se vieron libres de su furia, quedándoles el paso

desembarazado. Admirado Andrenio, le preguntó si era acaso aquél el cuerno de Astolfo tan celebrado.

—Primo hermano dél, aunque más moral es éste. Lo que yo puedo decir es que me lo dio la misma Verdad. Con él me he librado muchas veces, y de terribles trances, porque como habéis visto, en oyendo cada uno la verdad, luego vuelve las espaldas, unos tras otros se van y me dejan estar. Todos veréis que enmudecen en oyendo que les dicen las verdades y se van más que de paso; en diciéndole al otro desvanecido que advierta que no tiene de qué, que se acuerde de su abuelo, al punto se yela; si le decís al magnate que no adjetive lo grande con lo vicioso, luego os tuerce el rostro; si le decís a la otra que no parece tan bien como se pinta, aunque sea un ángel os para un gesto de un demonio; si le acordáis al rico la limosna y que todos los pobres le echan maldiciones, luego se sacude la capa y os sacude de sí; si al soldado, que lo sea en la conciencia y no la tendrá tan rota; si a Baldo que no sea venal ni admita todas las causas; si al marido que no sea siempre novio; si al médico que no se mate por matar; si al juez que no se equivoque con Judas; si a la doncella que no comienza ya bien con el don, ni la dama con el dar; si a la bella casada que excuse el vella, todos vuelven las espaldas. De modo que en resonando el odioso cuerno de la verdad, veréis que el pariente os niega, el amigo se retira, el señor desfavorece, todo el mundo os deja, y todos van gritando: «¡A huir, a huir!», por no oír.

Despejado el paso de la vida, fuéronse encaminando a los canos Alpes, distrito de la temida Vejecia. Lo que por allá les sucedió, ofrece referir la tercera parte, en el erizado Invierno de la Vejez.

Freeditorial